



Tipo de documento: Tesina de Grado de Ciencias de la Comunicación

Título del documento: El Cipolletazo, cartografía de recuerdos y olvidos: hechos, memoria y representaciones

Autores (en el caso de tesis y directores):

Guadalupe Gómez

María Verónica Moreira, tutora

Datos de edición (fecha, editorial, lugar,

fecha de defensa para el caso de tesis): 2009

Documento disponible para su consulta y descarga en el Repositorio Digital Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
Para más información consulte: <http://repositorio.sociales.uba.ar/>

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 4.0 (CC BY 4.0 AR)



La imagen se puede sacar de aca: https://creativecommons.org/choose/?lang=es_AR



UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
CARRERA: CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN

TESINA DE GRADO

“El Cipolletazo:

cartografía de recuerdos y olvidos.

Hechos, memoria y representaciones”

Directora: Mag. María Verónica Moreira

Alumna:

Guadalupe Gómez

// guadagomez2003@yahoo.com.ar

DNI: 28.092.914

Febrero/2009

AGRADECIMIENTOS

A mi mamá y a mi papá, por haberme inspirado a llegar hasta aquí.

A mi compañero de cada día, por haberme regalado tantas horas de nuestras vidas sin pedir nada a cambio.

A mis hermanos, por haberme acompañado en este camino.

A Inés, por haber sido un pilar en mi breve historia.

A María Graciela y a Verónica, por haber estado allí desde el principio y ser soporte teórico pero, fundamentalmente, emocional de este proceso.

A Rosario, a Romina y a Pablo, por aportar, sugerir, recomendar, escuchar, insistir...

A Adriana, por ser un estímulo para seguir adelante.

A Eda y a Cristina, por entregarme sus recuerdos.

Y a todos los que me ofrecieron sus testimonios, sus materiales, sus historias...

INDICE

<u>PRÓLOGO</u>	4
INTRODUCCIÓN	
Primeras consideraciones	5
Organización del trabajo	8
Apuntes metodológicos	8
1. EL CIPOLLETAZO: RECONSTRUCCIÓN DE UNA HISTORIA	
1.1 Consideraciones iniciales	10
1.2 Una primera aproximación	11
1.3 El contexto regional	12
1.4 Los días previos	15
1.5 El Cipolletazo	20
1.6 El comienzo del fin	25
1.7 Cordobazo, Rosariazo, Cipolletazo	26
1.8 El nombramiento del General Requeijo	27
1.9 El día después	29
1.10 Quienes salieron a la calle: la gente y el pueblo	31
2. EL CIPOLLETAZO BAJO EL CRISTAL DEL RÍO NEGRO	
2.1 Primeras consideraciones	35
2.2 El <i>Río Negro</i> : un actor político	36
2.3 Sujetos y voces presentes y ausentes	41
2.4 La lucha por hegemonizar sentidos	46
2.5 Otros recursos enunciativos	51
2.6 Según pasan los años...	52
3. EL CIPOLLETAZO DESDE LA MIRADA DEL TIEMPO	
3.1 Primeras consideraciones	54
3.2 Memorias disidentes y hegemónicas	56
3.3 Políticas de memoria y políticas de olvido	59
3.4 En la lucha por el presente se construye el pasado	64
3.5 Memoria e identidad: una relación intrínseca	70
A MODO DE CONCLUSIONES	74
ANEXO: NOTAS BIOGRÁFICAS DE LOS ENTREVISTADOS	80
BIBLIOGRAFÍA CONSULTA Y/O CITADA	81
PUBLICACIONES PERIÓDICAS (DIARIOS Y REVISTAS)	86

PRÓLOGO

Hace unos cuantos años atrás, la definición de un tema para mi tesina era motivo de desvelo. Quería encontrar uno que me interpelase y me conmoviese porque sabía que el camino por recorrer sería extenso. Sin embargo y a pesar de mis constantes esfuerzos, la operación fue a la inversa: el tema me encontró a mí. Casi de casualidad (no vale la pena relatar cómo sucedió) supe que el Cipolletazo sería mi unidad de análisis y allí comenzó este camino que encuentra en este trabajo una de sus expresiones.

Mi interés por el Cipolletazo se debe, principalmente, a que pese a formar parte de la historia reciente de Río Negro pocos saben de qué se trató, por qué y cuándo ocurrió, quiénes participaron, cómo fue, etc., etc. Como cipoleña sentí que era necesario contar esta historia pero, sobre todo, recuperar los relatos de quienes fueron protagonistas y testigos de aquellos días de primavera. Este trabajo se propone como un humilde aporte, como un granito de arena para contribuir a la construcción de la memoria colectiva local, como una pequeña pieza de ese gran rompecabezas que es la historia regional.

También, ha querido ser un modesto tributo a todos aquellos que de alguna u otra manera participaron, se comprometieron y defendieron sus convicciones. En este sentido, mi especial reconocimiento a Julio Rodolfo Salto –a quien consulté en reiteradas ocasiones- y a José Bellino, que fallecieron mientras esta investigación se desarrollaba.

Además, hago extensiva mi gratitud a todos los que me entregaron sus experiencias, recuerdos, percepciones para que yo pudiese darle forma a este trabajo.

Asimismo, agradezco a todos aquellos que –muchas veces a pesar de mí misma- confiaron en mí y me alentaron a seguir adelante, sobre todo, cuando la desorientación o la frustración amenazaban con paralizarme. En esto, María Graciela Rodríguez y María Verónica Moreira fueron fundamentales dirigiéndome, orientándome pero, especialmente, acompañándome.

INTRODUCCIÓN

Primeras consideraciones

Toda acción política, como sostiene Bourdieu (1988), busca generar e imponer representaciones mentales, verbales o gráficas del mundo social que produzcan, a su vez, efectos sobre ese mundo. El establecimiento de un determinado orden social es posible, en parte, gracias a la coincidencia entre las estructuras mentales y las objetivas porque ello permite que la arbitrariedad de tal superposición quede solapada. Entonces, una acción política herética implica una subversión cognitiva de tales estructuras, es decir, una ruptura con la adhesión al mundo del sentido común, y, por consiguiente, una lucha por el poder en la que los actores generan prácticas, producen significados, invierten emociones, comunican, negocian, toman decisiones y van más allá de la lógica mecanicista estímulo-respuesta.

Es una puesta en juego de diversidad de visiones, interpretaciones, discursos, significaciones y representaciones sociales, a través de las cuales los grupos se piensan y representan su propia realidad. Este proceso es el resultado de una disputa por imponer marcos de interpretación del mundo (Gamson, 1999; Meyer, 1999; McAdam, McCarthy, Zald, 1999; Melucci, 1994; Zald, 1999 [1996]) que encarnan en prácticas, es decir, en acciones que se materializan en la vida cotidiana como, por ejemplo, recuerdos y/o olvidos. Estos marcos son los que evalúan las circunstancias, las oportunidades, ofrecen una determinada mirada sobre el mundo al mismo tiempo que descartan otras, así como también definen a los sujetos sociales y las estrategias de organización y acción. Los medios de comunicación, por su parte, aceptan, rechazan o deslegitiman esas definiciones y pueden proponer otras que procuren constituir otro orden simbólico.

Tomando esto como disparador, el tema de esta investigación es el olvido y el recuerdo, y el análisis se centra alrededor de una acción colectiva que forma parte de la historia reciente de nuestro país. La unidad de análisis es el Cipolletazo. Se trata de un movimiento social ocurrido en septiembre de 1969 en la ciudad rionegrina de Cipolletti, donde los habitantes se opusieron a la destitución de su intendente, Julio Dante Salto, y defendieron la institucionalidad.

Desde un inicio, este trabajo se convirtió en un itinerario zigzagueante de una búsqueda de los modos en que la memoria y el olvido se implican mutuamente y se configuran en una misma trama de sentidos. Ello exigió ingresar en un terreno, por momentos pantanoso, donde he procurado detenerme, fundamentalmente, en su

dimensión significativa, es decir, en aquella donde fuera posible dar cuenta de los sentidos sociales que se producen y circulan sincrónica y diacrónicamente.

La pretensión ha sido explorar las operaciones de recuerdo y olvido que se ponen en juego en los relatos de los propios actores y los que construyen los medios de comunicación, teniendo en cuenta que los medios son uno de los espacios en los que se producen las luchas simbólicas por la imposición de significados y que muchas veces la sociedad “vive” los acontecimientos sociales a través de las representaciones que hacen de ellos los medios de comunicación. Porque “la experiencia no depende directa y linealmente del evento o acontecimiento, sino que está mediatizada por el lenguaje y por el marco cultural interpretativo en el que se expresa, se piensa y se conceptualiza” (Jelin, 2002: 34).

Las luchas y las competencias por la imposición de significados están mediatizadas por los medios de comunicación, por lo tanto, analizar sus estrategias y procedimientos es fundamental para comprender la institución de los sentidos sociales. No debemos olvidar que “las representaciones sociales también constituyen el orden simbólico y son esenciales para la creación de la subjetividad y la intersubjetividad” (Rodríguez, 2003: 3).

Dada la escasez de información que existe alrededor del Cipolletazo, una de las fuentes de consulta utilizada para reconstruir los hechos y, sobre todo, el clima político y social de la época fue el diario *Río Negro*¹ (lo cual, por momentos, se convirtió en una dificultad metodológica). Esto permitió el acceso, fundamentalmente, a los sentidos hegemónicos porque en el período estudiado era inocultable el rol preponderante de este periódico dentro del esquema político provincial y el lugar que ocupaban en sus páginas las voces de los sectores dominantes, a pesar de pretender –en apariencia- distanciarse de las gestiones provinciales.

Otras de las fuentes empleadas fueron los relatos testimoniales de quienes participaron o vivieron como testigos aquellos días, con el propósito de sopesar y contrastar las miradas. Es que, como señala Portelli, “la historia oral no es el lugar donde los sectores populares hablan por sí mismos pero el relato de una huelga en palabras y memoria de los trabajadores en lugar del de la policía o de la prensa, por lo general opositora, ayuda a balancear la distorsión implícita en esas fuentes” (en Schwarzstein, 1991: 14). Si bien en este caso no se trata de sectores populares, sí estamos frente a sectores disidentes que pueden dar cuenta de las tensiones e

¹ Esta selección se debe a que hasta 1970 este diario era el único que se editaba en el Alto Valle de Río Negro y Neuquén. Tal como sostiene Scatizza, “circulaban otros diarios de la Patagonia Norte, como *La Nueva Provincia* y *Paralelo 38*, ambos de Bahía Blanca, o el semanario *Análisis*, pero sin duda el *Río Negro* era el de mayor influencia en la región” (2005: 339).

intersecciones existentes entre su memoria y la hegemónica (Gnecco y Zambrano, 2000; Gnecco, 2000; Zambrano, 2000).

Desde un inicio mi propósito no ha sido establecer una verdad histórica ni reconstruir los acontecimientos ocurridos en Cipolletti tal como sucedieron. Por el contrario, he intentado recuperar los relatos y las significaciones sociales de los sujetos enmarcadas en los contextos en los que ocurrieron los procesos históricos, aunque sin perder de vista que la referencia es el presente. He buscado indagar acerca de los sentidos que el pasado tuvo para sus protagonistas y, al mismo tiempo, entender aquellos que esa memoria puede tener hoy. Se trata, por lo tanto, de una conexión de sentidos que permita reconocer y vincular los procesos como tales, con sus continuidades y sus rupturas, antes que la rememoración de sucesos considerados extraordinarios y aislados (Calveiro, 2006). Por ello, partimos del presente para abordar un acontecimiento que en septiembre de este año cumplirá las cuatro décadas, asumiendo que esto puede implicar la puesta en juego de diversas construcciones sociales sobre un mismo tema muchas veces, incluso, en tensión y contradicción unas con otras.

En este contexto, el objetivo general de esta tesina ha sido reconstruir el recuerdo y el olvido de los acontecimientos ocurridos en Cipolletti en septiembre de 1969 tanto a partir de las representaciones mediáticas de aquellos días como de los relatos de quienes participaron y/o fueron testigos, tomando como punto de retrospección el presente.

De este planteo se desprenden los siguientes objetivos específicos:

1. Describir el movimiento político, social y económico desarrollado en la ciudad rionegrina de Cipolletti, en el contexto de las luchas políticas, económicas y sociales desplegadas en la región del Alto Valle a fines de los años '60.
2. Analizar el modo en el que el diario *Río Negro* representó los hechos mientras sucedían (desde agosto a octubre de 1969) y cómo lo hizo con el transcurrir de los años.
3. Indagar acerca de las representaciones de los actores sociales que participaron y de las de quienes fueron testigos de aquellos hechos así como también sobre el modo en el que se han materializado en recuerdos y/o olvidos.
4. Comparar las representaciones sociales puestas en juego en los relatos mediáticos del diario *Río Negro* y en los testimoniales.

Organización del trabajo

Para Caletti (2001: 20) los problemas de la comunicación tienen que ver con la manera en que las significaciones cambian de acuerdo a la combinación de códigos que se ponen en juego en distintos contextos histórico-sociales y en cada situación particular, lo cual implica necesariamente, someter a juicio cualquier asunción unívoca respecto de aquello que las cosas parecen mostrar de sí a la observación. Desde esta perspectiva, mi hipótesis inicial ha sido que existe una tensión permanente entre la construcción de los hechos realizada por el diario *Río Negro* y la configuración de los recuerdos y olvidos no sólo de aquellos que no estuvieron sino de los propios protagonistas y testigos presenciales.

La primera necesidad que surgió para poder desarrollar este planteo fue realizar una descripción de los hechos y contextualizarlos históricamente en el marco regional. Además, era preciso contar quiénes fueron sus protagonistas y cuáles eran los intereses en disputa. De eso trata el primer capítulo.

La segunda inquietud estaba relacionada con analizar el diario *Río Negro* - en tanto actor político importante del Alto Valle- y cómo representó los hechos durante el período en el que ocurrieron (desde agosto a octubre de 1969) y con el transcurrir del tiempo. Esto implicó indagar sus modos narrativos de presentar los acontecimientos y construir sentidos. Además, era necesario ver cómo construyó el recuerdo de los hechos a partir de 1969. El segundo capítulo está dedicado a estas cuestiones.

El eje del siguiente capítulo estuvo centrado en los relatos testimoniales tratando de examinar lo que los sujetos recuerdan de aquellos días, haciendo hincapié en la forma que tiene esa representación. Cómo perciben aquellos días casi 40 años después; qué factores intervienen para que sea de un modo y no de otro; cómo convergen las relaciones de poder; cuáles son las disputas de sentidos puestas en juego; dónde están puestos los acentos de los relatos y qué elementos se destacan; fueron algunos de los interrogantes que atravesaron este apartado.

Con este desarrollo he procurado explorar las configuraciones de recuerdos y olvidos sobre el Cipolletazo generadas entre los relatos testimoniales y los mediáticos ya que ni unos ni otros existen sino es en el marco de una red de discursos y sentidos que representan al mundo, construyendo y reactualizando significados.

Apunte metodológico

Dussel, Finocchio y Gojman proponen que “la memoria colectiva se transmite oralmente o por medio de textos, monumentos o rituales colectivos” (1997: 121). Por

ello mismo, por un lado, he realizado 13 entrevistas por oportunidad a hombres y mujeres que actualmente residen en Cipolletti y fueron protagonistas del Cipolletazo, participantes activos o, simplemente, testigos silenciosos de aquellos días. Cinco de ellos son encuadrados política y partidariamente, dado que militaban políticamente – aunque con distintos grados de compromisos-, y ocho son independientes porque no se reconocen militantes orgánicos de ningún partido ni organización política. Para la selección de los entrevistados privilegié aquellos que vivían en Cipolletti en septiembre de 1969. La búsqueda de testimonios no resultó una tarea sencilla ya que fue considerable la resistencia de muchos sujetos a compartir sus experiencias o a revelar las historias que alguna vez les contaron.

A través de las entrevistas intenté indagar los modos en los que se construyeron los recuerdos y los olvidos alrededor de este hecho, los factores políticos que influenciaron, las operaciones simbólicas desplegadas, los significados y representaciones que se configuraron, el papel desempeñado por los medios de comunicación –especialmente del diario *Río Negro*- en estos procesos, y las evaluaciones realizadas sobre los acontecimientos, entre otras cuestiones. He procurado recuperar esa dimensión vívida que es intrínseca a la experiencia y la práctica, esa parte del pasado que sigue viviendo en nosotros, ya sea gracias a la experiencia directa o como resultado de una transmisión familiar, social o política.

Por otro lado, he constituido un corpus con las notas publicadas en el diario *Río Negro* desde el 15 de agosto hasta el 17 de octubre de 1969 y las que aparecieron en los años siguientes referidas al Cipolletazo. En este sentido, entiendo, junto a Rodríguez, que las representaciones producidas por los medios de comunicación, son operadores de unos dispositivos de captura que, a su vez, otorgan visibilidad a diferentes formas culturales (2003: 2). Por ello mismo, su análisis ha sido esencial para examinar las estrategias, sobre todo, discursivas utilizadas para aportar a la institución del orden simbólico en el que se construyen, sedimentan y comparten significados sociales, que luego son retomados por los sujetos en su cotidianeidad.

CAPITULO 1

LA RECONSTRUCCION DE UNA HISTORIA

*“Sólo una cosa no hay. Es el olvido.
Dios, que salva el metal, salva la escoria
Y cifra en su profética memoria
Las lunas que serán y las que han sido”.
Everness – Jorge Luís Borges*

1.1 Consideraciones iniciales

Una de las primeras dificultades con las que me encontré cuando comencé a investigar acerca del Cipolletazo, fue la carencia de información y de fuentes que desde distintas miradas explicaran o contaran lo ocurrido. Numerosos trabajos de investigación se han dedicado a abordar y analizar acciones colectivas de protesta y manifestaciones político-sociales ocurridas durante el Gobierno de Carlos Onganía. Algunos de ellos mencionan el Cipolletazo pero no se detienen a pensar específicamente en él. Sólo Aufgang (1989), lo toma como caso de análisis, junto a Casilda, de pueblada² desarrollada en la década del '60. Esa investigación aborda el contexto político, social y económico previo e indaga acerca de las causas que lo provocaron pero no da cuenta –porque no forma parte de sus objetivos- de los sentidos sociales acuñados alrededor de este acontecimiento, especialmente, con el transcurrir de los años.

En este contexto, una de las fuentes a las que recurrí fue el diario *Río Negro*³, tratando de no perder de vista en el análisis que se trata de un actor político de importancia dentro del escenario regional y que, como tal, formó parte del proceso que implicó el Cipolletazo. Partiendo de esta dificultad epistemológica, en este capítulo procuré reconstruir los hechos desde la mirada del diario (un medio donde la voz oficial tuvo un importante espacio) pero también dando cuenta, en esa misma reconstrucción, de las voces encontradas o confrontadas y de los desplazamientos que aparecen en los relatos de los actores sociales⁴ que fueron protagonistas o testigos. Porque, como sostiene Calveiro, “la multiplicidad de experiencias da lugar a muchos relatos distintos, contradictorios, ambivalentes que el ejercicio de memoria no

2 Aufgang utiliza este término para definir al Cipolletazo como un movimiento que involucró a la ciudad como conjunto y a los elementos contenidos en ella que se comportaron como corporación (1989).

3 Se edita desde 1912 en la ciudad rionegrina de General Roca y es el único diario que en este período se publicaba en la zona del Alto Valle de las provincias de Río Negro y Neuquén.

4 Para conocer quién es cada uno y, por lo tanto, desde qué lugar han aportado sus visiones, recomiendo leer el Anexo: “Notas biográficas de los entrevistados”, que se encuentra al final de este trabajo.

trata de estructurar, ordenar ni desbrozar para hacerlos homogéneos o congruentes. Por el contrario, su riqueza reside en permitir que conviva lo contrapuesto para dejar que emerja la complejidad de los fenómenos, pero también para abrir paso a diferentes relatos” (2006: 378).

A esto, Portelli (1991) agrega que no existen historias equivocadas sino que justamente la diversidad de versiones nos permite reconocer dónde están puestos los puntos de intereses, los sueños y los deseos implícitos en esas construcciones. Puede que las fuentes orales no resulten completamente confiables en términos de datos precisos pero ello, lejos de ser una debilidad, es una fortaleza porque los errores, los desplazamientos, los inventos y los mitos nos revelan los significados sociales que ellos suponen. Además, no es posible atribuirle mayor objetividad a las fuentes escritas que a las orales ya que su materialidad no es garantía de confiabilidad, principalmente, porque esos registros también han sido realizados por sujetos. Es más, como sostiene de Certeau, la memoria oficial tiende a equiparar la historia con la escritura de la historia y ello reclama con urgencia desnudar la intencionalidad y parcialidad de asumir la escritura como prueba (en Zambrano, 2000).

1.2 Una primera aproximación

Corría el año 1969 y Cipolletti⁵, una ciudad con aproximadamente 30.000 habitantes⁶, crecía con paso firme y constante, lo que la convertía en una de las más prometedoras de la provincia de Río Negro. Tanto sus habitantes como los medios de la época, solían llamarla “*ciudad progresista*”.

En este cuadro, su intendente, Julio Dante Salto⁷, desempeñaba un rol fundamental. Su alto nivel de aceptación no sólo se basaba en las obras realizadas y por concretar sino que se sostenía en un gran apoyo de la burguesía local y de los sectores medios y populares. Ese respaldo era el resultado de su profundo trabajo en la comunidad y de su importante poder de convocatoria.

Sin embargo, el 12 de septiembre funcionarios del gobierno provincial llegaron a Cipolletti para destituirlo y reemplazarlo por una figura ajena a la comunidad. La población rechazó esa decisión y en señal de protesta salió a las calles. Este hecho fue conocido como el Cipolletazo.

5 Ciudad de la provincia de Río Negro ubicada en el Alto Valle a casi 1200 kilómetros al suroeste de la Ciudad de Buenos Aires.

6 Según el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, en 1970 la provincia de Río Negro tenía una población total de 262.622 habitantes.

7 Médico militar que pertenecía a la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI). En 1963 llegó al poder democráticamente y en 1966 fue reconfirmado en el cargo.

Pero, qué fue el Cipolletazo. Lo primero que manifiestan la mayoría de los entrevistados, es que se trató de uno de los hechos históricos más importantes ocurridos en la ciudad. Sin embargo, esto no se condice con la presencia que tuvo en los registros oficiales locales y provinciales ni en los del diario *Río Negro* no sólo con el transcurrir del tiempo sino, incluso, en los años inmediatamente posteriores.

Si bien, hay ocasiones en que los sujetos no pueden ofrecer determinada información acerca de este acontecimiento porque lo ignoran o lo han olvidado lo cierto es que ninguno duda sobre su envergadura y que significó mucho para la comunidad, aunque luego no puedan decir con claridad qué sentidos implicó.

Para el diario *Río Negro* estos hechos tuvieron una presencia destacada mientras trascurrieron pero luego fueron completamente borrados de la agenda. Tal es así que en los tres primeros aniversarios lo único que publicó fueron notas informativas anunciando los actos en homenaje a Julio Dante Salto, organizados por sus seguidores. A partir de entonces, no hay más presencia del Cipolletazo en sus páginas.

Más aún, en 1997 este matutino elaboró una colección de fascículos a través de la cual reconstruyó la historia del siglo XX⁸ desde su propia perspectiva. Allí, en un anexo que se titula “Hitos, hechos y anécdotas que jalonaron la región” hay un recuadro dedicado al Cipolletazo. A lo largo del texto no especifica a cuál de estas categorías considera que corresponde.

Por todo esto, analizar cómo se contó esta historia a lo largo de los años y qué recuerdos despierta en los sujetos, han sido algunas de las inquietudes que inspiraron esta investigación.

1.3 El contexto regional

La década del '60 fue próspera para la economía del Alto Valle y, por primera vez en la historia de la región, la presencia de Cipolletti -una ciudad que crecía y se desarrollaba- provocaba desequilibrios en el mapa geopolítico, donde el eje de dominación político-económica había girado fundamentalmente alrededor de General Roca y Viedma. Como capital provincial, Viedma siempre acumuló el poder político y la única ciudad que, hasta entonces, podía disputarle esa centralidad era General Roca -la más importante del Alto Valle no sólo como polo político sino también, económico y administrativo. Así lo recuerda María Emilia Salto:

“El contexto político y económico de la época estaba haciendo cambiar el eje del poder en la provincia, que siempre fue alrededor de Roca. En esos años (...) el eje

8 Este trabajo comienza en 1912 (fecha de su fundación) y se extiende hasta 1997.

productivo se empieza a trasladar a Cipolletti, Cinco Saltos, Barda del Medio. La mayoría de los galpones se instalan en esta zona. Estamos ante una época muy favorable para la fruta. Coincide la balanza económica con la política. El crecimiento de Cipolletti empezó a ser muy molesto”.

Tanto General Roca como Cipolletti poseían la misma estructura productiva, la monoproducción frutícola con destino a los mercados internacionales, y, por lo tanto, también compartían las estructuras sociales. Sin embargo, los modos en los que las burguesías locales habían acumulado poder con respecto al resto del sistema económico del Alto Valle diferían. “Mientras Cipolletti logró centralizar comercialmente gran parte de la producción de una amplia área del valle (Cinco Saltos, Allen, Fernández Oro, etc.), General Roca era el principal centro político–administrativo en su calidad de asentamiento poblacional más antiguo de la región y cabecera de departamento” (Aufgang, 1989: 43).

En este esquema de poder, el diario *Río Negro* no quedaba al margen dado que era un actor político que tenía influencia suficiente como para definir nombres y cargos a nivel provincial. En tanto vocero y defensor de los intereses roquenses no ahorraba críticas hacia quienes pudiesen convertirse en una potencial amenaza. Así lo relatan algunos actores:

“El diario *Río Negro* era el diario de Roca” (María Emilia Salto).

“Jugó un papel decisivo. Siempre estuvo muy ligado a la política provincial. Avaló las decisiones de Roca” (Eda Ginnobili).

Comúnmente, los cuadros políticos del gobierno provincial eran ocupados por residentes de General Roca, lo cual en 1969 se convirtió en un factor de disputa. El crecimiento de Cipolletti no pasaba desapercibido, ni tampoco su comisionado, Julio Dante Salto, responsable de llevar adelante la gestión municipal.

“Siempre fuimos una provincia dominada por General Roca. General Roca siempre ha sido una población política. En cambio, Cipolletti no lo fue hasta que apareció el doctor Salto. Hasta entonces de lo único que se ocupaba era de trabajar las chacras y para las chacras. En cambio Roca vivía de los tribunales. Como la mayoría eran abogados era lógico que se dedicaran a la política. Cuando apareció el doctor Salto empezó a hacer cosas para Cipolletti y para la provincia de distinta manera” (Ricardo Diojtar).

La mayoría de los entrevistados considera a Salto como la encarnación de un proyecto de ciudad, un hombre que impulsó el crecimiento y desarrollo de la comunidad y que, sobre todo, hizo muchas obras⁹ que apuntaron a mejorar la calidad de vida de sus habitantes (son capaces de recordar cada una de ellas).

9 Entre ellas se destacan, por ejemplo, la construcción de los centros asistenciales que instaló en cada barrio (para descomprimir el hospital regional que no podía dar respuesta y cubrir a la gran demanda de necesidades); la creación de la guardería infantil; el tendido de 14.000 metros de cañerías para transportar agua potable, la licitación de 1000 hogares del plan de Viviendas Económicas Argentinas (VEA) -construidas e inauguradas con posterioridad a su sustitución- y la concreción de once centros

Si bien algunos recuerdan su afiliación a la UCRI, cuando describen las obras realizadas y el modo de concebir el desarrollo de la localidad, en ningún caso sostienen que eso era parte de las políticas propias de ese partido. Salto era el líder y había logrado construir un gran personalismo. Todos los actores coinciden en destacar sus condiciones de liderazgo y su capacidad de proyectar a largo plazo, fundamentalmente, el desarrollo de su ciudad. Asimismo, remarcan sus habilidades para conducir y gestionar, que le hicieron ganar el respeto del resto de los comisionados del Alto Valle -excepto el de General Roca- con quienes había establecido fuertes lazos políticos y económicos. Así lo explica Carlos Galván:

“En toda esta etapa Cipolletti funcionó como un núcleo casi excluyente. Para Cinco Saltos, Allen, Fernández Oro la referencia era Salto. Roca no tenía un referente de ese estilo”.

Por otro lado, señalan la gran aceptación que tenía entre los sectores trabajadores, especialmente los obreros ferroviarios y de la fruta, quienes también solían ser sus pacientes porque, como médico de familia, atendía a ambos sindicatos.

Si bien, la originalidad de Salto radicó en construir su poder, antes de junio de 1966, sobre la base de los centros comunitarios, las comisiones vecinales y el Concejo Asesor Vecinal, ello estaba en sintonía con lo que pregonaba el gobierno de Onganía, para quien la representación de los intereses (neocorporativismo) formaba parte del proceso de modernización. En este esquema, la cohesión social se plasmaba en la estructuración de la comunidad a través de la existencia de organismos de asesoramiento, nombrados por el centro, instalados junto a los poderes ejecutivos (Rouquié, 1983: 266-267). Esta era la modalidad de funcionamiento que tenía el comisionado de Cipolletti: participación consultiva combinada con unidad de mando.

Tal como afirma Rouquié, “el General Onganía, opuesto al ‘sistema partidista’, creía como toda la derecha nacionalista que ‘el hombre, en cuanto tal, se expresa a través de entidades naturales como la familia, el municipio, las asociaciones laborales o profesionales...’. Ese corporativismo vergonzante, desmentido repetidas veces, encontró grandes dificultades para concretarse y la ‘participación’ a través de asambleas de las ‘fuerzas vivas’ fracasó rotundamente” (1983: 267). Sin embargo, en el caso de Cipolletti los actores reconocen que las decisiones del Concejo Vecinal Asesor eran consideradas seriamente y que se sentían representados en las acciones y proyectos que se desarrollaban.

“Yo formaba parte del Concejo Asesor. Nosotros asesorábamos al intendente pero teníamos bastante injerencia porque, incluso en el Concejo, se habían formado comisiones” (José Bellino).

comunitarios. Estos centros, entre otras responsabilidades, delegaban un representante para integrar el Concejo Asesor Vecinal.

“No había democracia pero en Cipolletti se practicaba. El doctor Salto respetaba las resoluciones de las comisiones de trabajo. Cuando en el país nadie hacía la apertura Salto puso gente de todos los sectores: de la Cámara de Comercio, de la Cámara Junior, el Rotary, empacadores, empleados de la fruta. Él funcionaba como si hubiésemos sido elegidos democráticamente y armó las comisiones de Gobierno, de Obras Públicas, de Finanzas, etc. Era un sistema participativo. Eso hizo que Cipolletti se despegara administrativamente del resto de la provincia. La gente lo apoyaba porque veía que se hacían centros culturales, comisiones vecinales” (Néstor García).

Cuando se trata de reconstruir el marco político nacional y regional en el que se produjo el Cipolletazo, todos tienen presente la existencia del gobierno militar de Juan Carlos Onganía y también coinciden en que, pese a ello, en el Alto Valle se vivía como si estuviesen bajo un régimen democrático. Algunos atribuyen eso a la lejanía de Buenos Aires pero muchos otros, a estas estrategias desarrolladas por Salto que interpelaban a los vecinos a comprometerse y a participar en distintos ámbitos: las comisiones vecinales, el Concejo Asesor, los grupos a través de los cuales se organizaban las actividades culturales en los barrios, por nombrar algunos ejemplos.

Por otro lado, aunque la mayoría recuerda como su mayor mérito la gestión y concreción de obras, su hijo Julio Rodolfo enmarca esas acciones en el proceso impulsado por el gobierno nacional que se llamaba Tiempo Social, pese a que para Rouquié (1983) el gobierno de Onganía nunca llegó a concretarlo¹⁰. Para él, su padre no sólo se adelantó a lo que ocurría en el resto de la Argentina sino que fue su modo de responder a las demandas sociales.

Según los relatos, este impulso que Salto le imprimió a la ciudad se volvió molesto no sólo porque atentaba contra los intereses de otras comunidades rionegrinas sino también porque comenzaba a proyectarlo como posible candidato a gobernador cuando se produjera el retorno de la democracia y, en consecuencia, hubiese elecciones. Además, su condición de médico militar lo posicionaba aún mejor en el contexto nacional. En las narrativas mediáticas analizadas no se le dedicaba espacio a las proyecciones políticas de Salto, esa preocupación no formaba parte de su agenda.

1.4 Los días previos

El 21 de agosto de 1969 el General Onganía designó como el nuevo gobernador de Río Negro, en reemplazo del Comodoro Luís Homero Lanari¹¹, al ingeniero Juan

10 Al respecto, James explica que “los ideólogos de la Revolución Argentina habían previsto que a la insatisfacción del plan de Krieger Vasena, necesaria para reconstruir la economía durante el período que llamaron ‘el Tiempo Económico’, le seguirían los Tiempos ‘Social’ y ‘Político’ en los que los sectores sociales y políticos más perjudicados tendrían mayor participación. Esos calmos pronósticos acerca de cómo se manipularían lo social y lo político se hicieron trizas en mayo de 1969” (1990: 294). De todas maneras, según recuerda Julio Rodolfo, en Cipolletti algunos vecinos se sentían parte de ese Tiempo Social.

11 Interventor de la provincia desde 1966.

Antonio Figueroa Bunge, quien hasta ese momento había sido ministro de Obras y Servicios Públicos de la provincia. Ese nombramiento demostró el lugar central que las obras de infraestructura¹² ocuparían en su política.

Una de las primeras medidas implementadas por Figueroa Bunge fue la designación como ministro de Gobierno de Rolando Bonacchi, un joven abogado demócrata cristiano nacido en General Roca y abogado del diario *Río Negro*. Así lo recuerda Carlos Galván:

“Roca fue siempre la olla donde se cocinó la política en oposición a Viedma. Viedma tenía influencia política por ser capital, principalmente, en el Valle Inferior pero Roca históricamente generó candidatos hasta que el actual director del diario, Julio Raúl Rajneri, tomó la manija del diario, empezó a pensar en sí mismo como factor de influencia política en la provincia y comenzó a filtrar mediáticamente a todos los interesados en participar políticamente. Excepto, que a él le interesara. Esa es una de las razones por las que Julio Dante Salto fue cuestionado. Hasta entonces, la disputa se daba entre Viedma y Roca y de pronto en el oeste les surge un loquito, un campechano que tenía apoyo del pueblo. Bonacchi era amigo personal de Rajneri y abogado del diario *Río Negro*”.

“En aquel entonces -afirma Aufgang- el bastión del radicalismo ‘del Pueblo’ en el Alto Valle se localizaba en General Roca a través de dos expresiones: ‘rajneristas’¹³ y ‘gadenistas’, que tuvieron ingerencia en el conflicto valletano. Los Rajneri se convirtieron en voceros del apoyo a la gestión gubernamental de Figueroa Bunge y José Enrique Gadano decidió la elección de Bonacchi como ministro de Gobierno. A su vez, la influencia del radicalismo ‘del Pueblo’ roquense sobre Figueroa Bunge se apoyó en los vínculos establecidos entre ambos a lo largo de los diez años en que Bunge fue director de irrigación en General Roca. Por consiguiente, en coincidencia con el desplazamiento del ‘desarrollismo’ del gobierno provincial se produjo un avance del ‘radicalismo del Pueblo’” (1989: 42).

Por todo esto y porque Salto era un militante de la UCRI, la renuncia de Lanari y el nombramiento de Figueroa Bunge evidenciaron la rivalidad y el enfrentamiento existentes alrededor de los intereses de las comunidades del Alto Valle, especialmente, entre Cipolletti y General Roca. Según explica Aufgang, “el alejamiento de Lanari fue consecuencia de la transferencia de uno de sus principales colaboradores, el Comodoro Huerta, como gobernador de la provincia de Córdoba. En medios políticos se afirmaba que el poder gubernamental de la provincia era ejercido de hecho por un alto funcionario y que, Lanari, una figura sin peso propio, quedó

12 La realización de obras públicas en este período estaba en estrecha vinculación con la política nacional de los “polos de desarrollo”, que adquirió gran impulso a partir de la asunción de Onganía. Su interés se debía tanto a razones de seguridad como de prestigio pero, además, eran necesarias para la expansión industrial. Como parte del plan económico, entre 1966 y 1969 se duplicaron las inversiones en la energía y se triplicaron en la construcción de caminos (Rock, 1999 [1989]; Rouquié, 1983). Por esta razón, en torno a las políticas de obras e infraestructura se pretendieron generar competencias de nivel regional para crear mejores condiciones para ser designados como centros irradiadores de los polos.

13 Propietarios del diario *Río Negro*.

desguarnecido con su traslado. La transferencia de Huerta, de conocida militancia en las filas del 'desarrollismo', pero sobre todo, el nombramiento como gobernador de Figueroa Bunge, marcaron el desplazamiento de la cúspide provincial de esta línea política representativa de importantes intereses económicos de la región" (1989: 41).

Estos desplazamientos de poder que significaron los cambios de gobierno, están completamente ausentes en los relatos testimoniales. Lo que sí aparece es que se acentuó el enfrentamiento entre General Roca y Cipolletti y que una de las estrategias de Salto para enfrentar esa situación fue apoyarse en los fuertes vínculos que había establecido con los comisionados de los otros pueblos vecinos.

Ya en su discurso inaugural, Figueroa Bunge dejó bien claro hacia dónde orientaría sus esfuerzos y declaró cuáles serían las obras centrales para realizar. El diario lo reprodujo de la siguiente manera:

"No se ha de descuidar el completamiento de la infraestructura de la zona del Alto Valle y del resto de la provincia, para que todo el territorio se presente como una unidad geoeconómica compatible con el progreso que esta provincia se merece: para la primera zona se prevé la construcción del edificio de los Tribunales en General Roca; del camino que ha de unir el puente Paso Córdoba con El Chocón; del nuevo aeropuerto en General Roca y la realización de un estudio para determinar la mejor ubicación de un parque o parques industriales en el Alto Valle y de estudios que integren la red de electrificación rural" (*Río Negro*, 22/08/69: 9).

El anuncio de todas estas obras, pero especialmente, el énfasis puesto en la construcción de un camino alternativo que uniría Paso Córdoba con El Chocón sin pasar por Cipolletti ni el resto de las localidades al oeste de General Roca generó la reacción pública e inmediata de Salto, quien sabía las consecuencias económicas, políticas y sociales que tendría para Cipolletti y el resto de los pueblos afectados. Así publicó el *Río Negro* su declaración:

"Yo estimo que el mismo ni es oportuno ni es necesario y que lo único que consigue es un camino más que va a costar mil millones de pesos con el sólo objeto de llegar a El Chocón y justificar el puente de Paso Córdoba. En este momento no es necesario. De hacer ese camino, que pasará por un páramo, que será muy costoso, la provincia deja de lado otras prioridades" (25/08/69: 11).

Para entonces, Cipolletti se había convertido en territorio exclusivo de ciertos capitalistas (en general vinculados al sector frutícola) y de asalariados –la mayoría migrantes estacionales-, con excepción de un pequeño segmento vinculado a los servicios urbanos. En esta estructura económico-social la disputa de intereses regionales estaba centrada en la capacidad de apropiación de plusvalor a partir del tráfico de mercancías. Es decir, según dónde se trazara el camino, ganarían más unos capitalistas que otros y eso impactaría sobre las economías locales.

Desde una posición opuesta a la de Salto, para el *Río Negro* la disputa por el camino también era central porque se trataba de la posibilidad de tener acceso, sin

tocar territorio neuquino, a El Chocón, “la obra del siglo”. Y para este medio propiciar el desarrollo regional era uno de sus principios y así lo explicaba:

“...el problema radica en una estrategia de desarrollo rionegrino y lo fundamental es saber si Río Negro debe tener acceso directo por su territorio a ‘la obra del siglo’” (2/10/69: 11).

Al día siguiente de la reacción pública de Salto en contra de la construcción del camino, el *Río Negro* publicó una entrevista al nuevo ministro de Gobierno, Rolando Bonacchi, en la que deslizó la intención de la nueva gestión de renovar los comisionados municipales como parte de una política de cambio¹⁴. Una primera mención al tema ya se había hecho unos días antes en una nota en la que informaban que en la Casa de Gobierno había circulado la versión de que serían relevados la mayoría de los comisionados municipales (22 y 26/08/69).

Esto, según recuerdan algunos sujetos, provocó un estado de alerta entre los cipoleños:

“Lo que trasciende es que en una conversación informal en la confitería Los Molinos de Roca, a Bonacchi le estaban haciendo una broma respecto de Salto y él dijo: ‘A Salto lo voy a hacer saltar’. Salto era el intendente estrella del Alto Valle. A partir de eso Cipolletti se puso en guardia. Sabíamos que en cualquier momento podía venir una intervención porque en ese momento se ponía y sacaba un intendente según el gusto del gobernador” (Julio Fernando Salto).

“Se sabía que había toda una movida para sacar a Salto de primera línea pero no se sabía qué estrategia iban a tomar. Primero cortaban los recursos, no mandaban las coparticipaciones en tiempo y forma pero no se creía que iban a llegar al extremo de sacar a Salto” (Néstor García).

Además, el 4 de septiembre se publicó el ofrecimiento del cargo de comisionado de Cipolletti a un vecino. Esto molestó a gran parte de la comunidad y provocó la primera manifestación pública: un escrache frente a su domicilio.

Esto, para los cipoleños, era una provocación, al menos así lo recuerdan. En palabras de los actores: *chicana, burla, injusticia, maniobra autoritaria e inconsulta*.

“Es la indignación que se produce cuando el gobierno no sabe actuar y no tiene manejo político. Lo podrían haber relevado sin tanta demostración de odio o intolerancia hacia Salto. Hubo mucha chicana. Se burlaron mucho. Roca se regodeaba de gusto de que sacaran un intendente tan progresista como fue Salto” (Abraham Tomé).

“Era injusto, sobre todo, en las formas en que lo iban a sacar” (Marcelo Jaures).

“Era una maniobra totalmente autoritaria e inconsulta” (Eda Ginnobili).

14 Para Aufgang, el conflicto que inicialmente se expresó como económico en torno a la construcción de un camino, se fue cubriendo de una apariencia política. Desde el gobierno provincial se focalizó el conflicto en la destitución de Salto y desde Cipolletti, a través de la crítica a las decisiones del gobierno, se cuestionó su capacidad para representar los intereses ciudadanos y, por ende, para manipular el aparato institucional (1989).

Estos anuncios (muchos con carácter de rumor o versión extra oficial que el *Río Negro* no dudaba en difundir) alertaron a la comunidad, que se negaba al recambio de su comisionado.

El 5 de septiembre un numeroso grupo de vecinos de Cipolletti se trasladó al aeropuerto de Neuquén para recibir a Salto que regresaba de Buenos Aires. La movilización fue organizada por los referentes comunales¹⁵ (o “*fuerzas vivas*”, como se autodenominaban) y difundida por radio. Para el *Río Negro* se trató de una calurosa recepción que “cobró matices entusiastas y dio lugar a significativas expresiones de adhesión a su persona” (6/09/69: 9). Aquí, se explicita algo muy recurrente en las narrativas de los sujetos: la adhesión exclusivamente a Salto.

Las horas vividas en el aeropuerto dejaron una fuerte impronta en la memoria de muchos. Algunos, aún hoy, lo recuerdan con gran emoción

“Fuimos porque quisimos, porque queríamos recibir al doctor Salto. ‘Vamos, total si nos dan, nos dan’, pensamos con mi marido y mi papá. La gente escuchó por radio a qué hora llegaba el doctor y se fue para el aeropuerto” (Elsa Travaglini).

Otros, en cambio, para poder otorgarle la importancia correspondiente en tanto manifestación de poder ciudadano, tratan de despojarlo de esa carga emotiva:

“Sabíamos que en cualquier momento podía venir una intervención porque en ese momento se ponía y sacaba un intendente según el gusto del gobernador. Esa semana, cuando mi viejo viaja a Buenos Aires por trámites, ya se olfateaba que algo se venía y por eso se organizó la bienvenida. Fue una movilización impresionante. Con esa movilización quedó demostrado que Salto no estaba solo, que iba a ser difícil sacarlo. Yo creo que los funcionarios provinciales no supieron leer eso” (Julio Fernando Salto).

Por su parte, también la Cámara de Industria y Comercio¹⁶ reaccionó frente a la novedad del ofrecimiento y convocó al paro de actividades. Casi la totalidad de comercios se plegó a la medida. Este hecho tuvo una importante cobertura por parte del diario y está muy presente en las narrativas de los actores.

Para los intereses de Cipolletti -afirma Aufgang- la movilización social era necesaria para expresar por sí misma un poder que equiparara al del aparato institucional provincial que únicamente se presentaba investido de autoridad (1989: 50-51).

El 9 de septiembre el ministro de Gobierno convocó a una reunión a todos los comisionados del Alto Valle para comunicarles las directivas del gobernador. El único ausente fue Julio Dante Salto. Según lo que el diario relató, en ese encuentro el ministro manifestó, entre otras cosas, su preocupación por las exacerbaciones

15 En general, eran representantes de la Cámara de Industria y Comercio de Cipolletti, la Sociedad Israelita, los Centros Comunitario, la Sociedad Española, el Rotary Club, de productores de la zona y el Concejo Vecinal Asesor. En distintas ocasiones oficiaron de interlocutores ante las autoridades provinciales y nacionales.

16 Para ellos, sea cual fuese el régimen de gobierno que tuviera en sus manos los destinos del pueblo debían tratar de poner frente a él a aquellos que contaran con el apoyo mayoritario de la comunidad, en este caso, al comisionado Salto (Aufgang, 1989).

localistas que no contribuían al desarrollo regional así como el rechazo a las críticas realizadas en relación a las medidas tomadas por el gobernador.

“Ante todo, el gobierno de la provincia entiende como política que el Alto Valle de Río Negro es una región unitaria e indivisible, cuyas exigencias de desarrollo no pueden sectorizarse, singularizarse o individualizarse en ninguna localidad, por más importante que esta sea. (...) Por ello, es una preocupación fundamental del actual gobierno la exacerbación localista, de vieja data, pero que con renovadas manifestaciones aparece en el seno del Alto Valle. Esto es, por supuesto, una preocupación real, porque no se pueden planificar políticas de desarrollo por regiones si existen actitudes de enfrentamiento entre la gente, en razón de la pertenencia a determinada localidad.

... En la jerarquía de autoridad y decisión debe hacerse carne en ustedes que la máxima jerarquía en materia de decisiones corresponde al gobernador y no pueden repetirse críticas a decisiones adoptadas por el gobierno provincial” (*Río Negro*, 10/09/69).

Aunque no haya sido explícito, es posible interpretar que, estos fragmentos seleccionados, estuvieron dirigidos al ausente doctor Salto. Así era el clima que se vivía en Cipolletti los primeros días de septiembre y el diario *Río Negro* reproducía y alentaba la palabra de la gestión provincial. Para este medio, la defensa de la integración regional, la promoción de los polos de desarrollo y el respeto de la institucionalidad eran esenciales.

1.5 El Cipolletazo

Finalmente, el 11 de septiembre Figueroa Bunge ordenó la destitución de Salto. Entonces, el 12 una delegación del gobierno provincial llegó a la comuna para hacer cumplir el decreto N° 721 que designaba al escribano Domingo Daruiz como interventor.

Al instante, la emisora local LU19 alertó a la comunidad y una gran manifestación de vecinos impidió que el acto se concretara. Al día siguiente, estos acontecimientos fueron tapa del *Río Negro*:

“Un grupo de personas impidió que se pusiera en ejecución la medida haciendo irrupción en el despacho donde se hallaban los funcionarios delegados por el gobierno rionegrino, en franca actitud hostil. Frente al edificio comunal, en cuyo frente se leía ‘El pueblo dispuesto a todo en su voluntad’ y otras leyendas contrarias a la intervención, se congregó medio millar de personas que se renovó permanentemente, en expectante espera de los acontecimientos” (13/09/69: tapa).

Estos sucesos quedaron grabados en la memoria de sus protagonistas. Son relatos cargados de emotividad, anécdotas e, incluso, de un gran componente épico. Si bien no recuerdan con exhaustividad cada momento, pueden dar cuenta de los que para ellos fueron los más destacados de esa jornada, especialmente, que impidieron que se firmara el acta y el alto nivel de concentración que se produjo en la calle. En los relatos

de este momento concreto es posible advertir la intersección que se genera entre las biografías personales y lo que corresponde al campo de la historia colectiva.

“Yo vivía a media cuadra de la municipalidad. Estaba almorzando con un amigo y vemos por el noticiero al periodista que decía: ‘En este momento hay un escribano en la municipalidad que viene a tomarla y destituir a Salto’. Dejamos todo y salimos corriendo para allá. Al llegar nos encontramos con dos viejos residentes cipoleños, Buono y Espace, que estaban insultando a una persona, que después resultó ser Aller, el jefe de la policía de Río Negro. No había nadie más. Abrimos la puerta de la secretaría privada, donde estaba Segovia¹⁷. Entramos y en ese preciso momento Salto le gritó a Segovia: ‘Me olvidé los anteojos’. ‘Sí, ahora los voy a buscar’, le contestó. Era para que no firmara el acta. La municipalidad se llenó de cipoleños. Fue en diez minutos. Apretaron a todo el mundo. El escribano quedó contra la ventana. Y de ahí surgió la famosa anécdota de que lo tiraron por la ventana pero no fue así. Este pobre muchacho, que era joven, tenía pánico. Con el ingeniero Poletti le hicimos piecito y lo ayudamos a salir por la ventana. Del otro lado había un patrullero, en el que se fue. Después se publicó que se lo había tirado por la ventana pero no fue así” (Ricardo Diojtar).

“Al mediodía me llamó a casa el secretario de Gobierno diciéndome que fuera a la municipalidad porque había llegado desde Viedma un escribano que iba a ser el interventor. Cuando llegué estaba la mayoría de los concejales. Poco a poco se fue llenando la calle de gente que quería saber qué estaba pasando, que estaba molesta. La gente se había enterado por la radio. Adentro se palpaba un ambiente violento. La gente de Viedma estaba un poco nerviosa. No había nada planificado, los hechos sucedieron espontáneamente. La gente empezó a gritar dentro de la municipalidad y echaron a los de Viedma” (José Bellino).

“Estaba almorzando y ni bien escuché la noticia por la radio agarré la moto y salí para la municipalidad. Cuando llegué estaba el comandante que quería firmar el decreto, la resolución. Le copamos la cosa y se hizo una situación violenta. Al ratito se autoconvocaron los vecinos que escuchaban la noticia por la radio” (Néstor García).

La movilización continuó hasta el 15 de septiembre cuando el gobierno provincial designó como interventor de Cipolletti al comandante mayor de Gendarmería (RE) Antonio Aller, jefe de la policía provincial.

El 12 por la tarde Salto se dirigió a la comunidad a través de un mensaje transmitido por la radio y al día siguiente se difundió en los medios locales. Fue una de las pocas veces en las que, aún mediatizada, el *Río Negro* publicó la palabra de Salto. Durante el período analizado son escasas las ocasiones en las que su voz tuvo un espacio.

“Cipolletti no debe perder la manija del movimiento. Hay gente de Cinco Saltos dando la cara, solidarizándose con Cipolletti, otro tanto de Allen, hay camiones en Allen con gente para venir. Quiero decirles esto: que ya Cipolletti, como de costumbre, ha hecho punta en un movimiento y cuando se es maestro hay que actuar como maestro. Hay que actuar dando el ejemplo y el único ejemplo es ser gente bien y educada, que es la única forma como realmente nos van a apoyar. (...) Les digo todo esto para que no se nos vaya por los carriles este movimiento, para que nadie se vaya y cometa un acto de violencia que nosotros mismos luego tengamos que lamentar. (...) Se ha sugerido la posibilidad de que venga el gobernador de la provincia, que venga a hablar con el pueblo de Cipolletti. (...) El porqué de todo esto ha sido el

17 Fernando Segovia era el Secretario Privado de Salto.

manoseo del que ha sido objeto la ciudad de Cipolletti, con el comisionado al frente” (14/09/69: 32).

Aquí, Cipolletti es la protagonista, es el bloque pero también el significante que aglutina todos los sectores. Además, es construida como modelo del resto del Alto Valle. Son dos elementos, muy presentes también en los relatos testimoniales, en los que se manifiestan rasgos de identidad.

Mientras tanto, fueron días en los que se sucedieron convocatorias masivas frente a la municipalidad (que se mantenían durante el día y la noche), calles aturcidas por las bocinas de los automóviles¹⁸, comercios cerrados, refuerzos policiales que llegaban desde otras localidades de la provincia, barricadas ubicadas en distintos puntos de la ciudad, agresiones a los periodistas de la agencia cipoleña del diario *Río Negro*¹⁹, entre otras acciones. Por su parte, los referentes locales anunciaron que sólo permitirían la llegada a Cipolletti del gobernador si se derogaba el decreto de intervención y se confirmaba a Salto en el cargo.

Es interesante señalar que, durante el período abordado, el matutino roquense en ningún momento refirió en las noticias informativas o en las crónicas a los argumentos por los cuales la comunidad cipoleña defendía la permanencia de Salto. Ellos sólo aparecieron en los comunicados de prensa de quienes lo apoyaban, que eran publicados textualmente. Sí, en cambio, en distintas ediciones de sus columnas de opinión ofreció consejos para eliminar a Salto o se preguntó si Salto saltaba o no saltaba, por ejemplo. Incluso, el 5 de octubre, le agradeció su partida y los servicios prestados como inspirador de sus discursos.

La insistencia sobre la permanencia de Salto provocó una respuesta pública de Figueroa Bunge quien acusaba al funcionario municipal por su accionar rebelde y le recordaba (a él pero también a los cipoleños) su facultad (en tanto representante del Poder Ejecutivo) de remover y designar comisionados. Así lo reprodujo el *Río Negro*:

“...que la decisión adoptada obedeció a la actitud de rebeldía del comisionado pese a existir la más absoluta disposición para el diálogo, desconociendo que la convivencia es la condición básica para el desenvolvimiento y progreso de los pueblos que sustentan la necesaria autoridad y decisión.
...que es facultad privativa del Poder Ejecutivo la remoción y designación de los comisionados de acuerdo con los objetivos que el gobierno ha establecido para la política provincial” (14/09/69: 32).

El domingo 14 fue calmo pero cuando la noche caía el gobierno provincial anunció la puesta en vigencia del decreto provincial N° 733 mediante el cual el comandante

18 Según cuentan, uno de los métodos más eficaces para alertar a la comunidad y autoconvocarse.

19 Durante el Cipolletazo, los cipoleños prohibieron la distribución del diario en la ciudad o, los más enfurecidos, agredieron a los periodistas de la agencia local porque no estaban de acuerdo con la representación que proponía de los hechos.

mayor de Gendarmería (RE) Antonio Aller, asumía como interventor de Cipolletti hasta que se regularizara la situación. Sólo dos de los entrevistados recuerdan este momento con claridad, especialmente, los episodios en los que acompañaron a Salto. Nuevamente, las anécdotas y el contenido épico cobran un lugar destacado en ambos relatos:

“La segunda invasión se produjo el 14 de septiembre a la noche cuando vino el jefe de policía de la provincia, el comandante Aller, con una tropa de policías de otros pueblos de la provincia, bomberos y tomaron la municipalidad. Cuando esa caravana nos encontró a mi padre, a mi hermano, el Chato (Julio Fernando) y a mí se sorprendieron. Ya sabíamos que iba a venir la policía, el pueblo lo estaba esperando y Salto, en Roca y Sáenz Peña, le cruzó el auto a la caravana. Eran unos 50 o 60 vehículos policiales. Bajó un tipo y él le dijo: ‘Yo soy el intendente Salto, no sé quiénes son ustedes pero si vienen a tomar el pueblo los hago responsables de lo que pueda suceder. Usted está frente a una comunidad pacífica, cualquier cosa que pase acá es culpa suya’. Ese tipo tenía orden de capturar a mi padre así que Salto nos dijo: ‘Vamos’. Nos subimos al coche y arrancamos. Mientras tanto, ellos habrán estado discutiendo si era o no Salto. Eso sería a la 1 o 2 de la mañana. De ahí mi viejo se fue a Neuquén porque sabía que tenía pedido de captura en todo el territorio nacional” (Julio Rodolfo Salto).

“El domingo a la noche en la madrugada del lunes ingresó una caravana de 60 o 70 vehículos llenos de policías. Nosotros estábamos alertados. Eran las dos de la mañana, más o menos, cuando mi viejo se enteró y salimos en su falcon. Íbamos mi viejo, mi hermano Rudy (Julio Rodolfo) y yo. En la calle Roca, frente a la vieja confitería Tarcus mi viejo le cruzó el falcon a la caravana policial, se bajó del auto y pidió hablar con el jefe del operativo. Apuntándolo con un dedo le dijo: ‘A partir de este momento usted se hace responsable de la seguridad de los cipoleños’. Él dio por sentado que ante semejante demostración de fuerza no había que oponer ningún tipo de resistencia, tal como él estaba predicando a los cipoleños. Lo increíble es que mi viejo en ese momento era buscado por delito de sedición. Entonces, después de apuntarlo con el dedo se subió al auto y nos dijo: ‘Rajemos de acá porque nos van a meter en cana’. Por eso nos dejó en mi casa y se fue a Neuquén, a lo de unos amigos, donde no lo podían detener. A partir de ahí arranca otra historia...” (Julio Fernando Salto).

Finalmente, a la madrugada el jefe de la policía provincial asumió su nuevo cargo y, en un comunicado -que lógicamente el *Río Negro* publicó- adelantó cómo sería su actuación pública.

“La autoridad policial actuará con firmeza para garantizar la seguridad y tranquilidad públicas, la plena vigencia de la ley y la ejecución sin hesitaciones de las decisiones del gobierno, con la madurez y mesura con que ha cumplido su misión específica hasta la fecha en todo el ámbito de la provincia” (16/09/69: 9).

En el recuerdo permanece la imagen, a veces contradictoria, de esa policía. Por un lado, recuerdan a aquellos policías que se solidarizaban con la causa y les avisaban cuando los buscaban para detenerlos.

“Muchos de los policías que estaban en cargos menores eran conocidos de Salto, entonces buscaban evitar a cualquier precio que se produjera un enfrentamiento” (Marcelo Jaures).

“La gente tomó partido por el Cipolletazo. Hasta la policía” (Néstor García).

Para Aufgang esto se debió a que “esta fuerza policial se desarrolló en el seno de una sociedad exclusiva de propietarios como era Cipolletti, consustanciada socialmente con la población, y estaba constituida para combatir un enemigo ‘externo’. No tenía capacidad para ‘reprimir’ a quienes justificaban su existencia, sin violentar su propia inserción laboral” (1989: 56).

De todas maneras, también estaban los efectivos que habían llegado desde otras localidades y hacían uso de su fuerza y poder. Asociados a ellos, están los recuerdos de *una policía violenta y arbitraria*.

“A las personas las detenían por estar ahí. Los vehículos llevaban un crespón negro porque estábamos de luto, en señal de protesta y la policía no lo aceptaba. Entonces, al que llevaba ese crespón negro la policía lo detenía. Era muy dura, muy violenta” (Julio Fernando Salto).

Para el *Río Negro*, se trataba de policías, fuerza o personal de represión que actuaban como respuesta a la provocación de los manifestantes, lo que de alguna manera, justificaba la represión.

Una de las primeras medidas de Aller fue prohibir toda clase de manifestaciones, marchas o reuniones en lugares públicos así como también la portación de cualquier tipo de armas²⁰. Para los cipoleños fue un día de duelo.

Mientras tanto, en la Ciudad de Buenos Aires, un grupo de referentes locales tras reiterados pero infructuosos pedidos de audiencias al gobernador, se reunieron con el Ministro del Interior, Francisco Imaz, quien se comprometió a intervenir en el conflicto.

El mismo 14 se firmó el acta de transferencia de la comuna de Cipolletti. No pudo realizarse antes porque en la ciudad no había un solo escribano disponible. Julio Fernando Salto recuerda ese episodio como una de las tácticas de resistencia pacífica que se fueron implementando a lo largo de los días.

“Me acuerdo que en un momento necesitaban un escribano para que certificara el acto del traspaso del mando del municipio y todos los escribanos de Cipolletti se habían ido a pescar. Casualidad....”

Para el diario la demora también se debió a que “la intervención no había podido dar con un escribano en toda la ciudad” (*Río Negro*, 16/09/69: 11). Pese a no explicar las razones, no podía desconocer –aunque sólo fuese a través de su mención– aquellas estrategias (a lo largo de los días hubo otras situaciones) que transformaron a la cultura en arena de la lucha política (Grimson, 2004).

Durante la madrugada del 16 el clima estaba tenso: caravanas de vehículos tocando bocina; la policía que recorría las calles y evitaba las concentraciones; fogatas

20 “Para los funcionarios del gobierno provincial, que habían accedido a la manipulación del aparato estatal por cooptación, la única solución fue otorgarle a la norma legal que no encontraba legitimación, todo su carácter represivo, echando mano al recurso de la fuerza armada. Por eso dispusieron que el Jefe de la policía provincial asumiera la intervención a la comuna en un operativo nocturno” (Aufgang, 1989: 55).

improvisadas; apagones intencionales; gases lacrimógenos; incendios de pastos en terrenos baldíos. Los detenidos llegaron a ser 150 y los heridos, cinco.

1.6 El comienzo del fin

El 17 hubo un intento fallido de que el jefe del Ejército y ministro de Economía de la provincia asumiera como interventor. Esto provocó la reacción de la población que se concentró desde temprano frente a la municipalidad y aclamó fervientemente “*que se vayan, que se vayan*”. Según el *Río Negro*, había alrededor de 500 personas.

A las 10 de la mañana llegó Salto, que hasta entonces había estado prófugo en Neuquén porque tenía orden de captura. Minutos más tarde informaron que el Ejército se haría cargo de la situación y que el responsable sería el segundo comandante de la VI Brigada de Infantería de Montaña, Mario Fernando Chretien.

En este punto es interesante detenerse en los relatos testimoniales dado que, si bien no está muy claro cómo y por qué se produjo el traspaso a las manos de los militares, dan cuenta del alivio que significó. Además, en ellos se trasluce cómo concebían a las fuerzas militares a pesar de estar en época de dictadura.

“El otro día clave fue el 17 o el 18 de septiembre. La gente de acá esa mañana se hartó y decidió ir igual a la municipalidad, el centro de la policía. Salto estaba en Neuquén y también se hartó y decidió volver a Cipolletti. (...) Se hizo una negociación con un oficial que había sido su paciente y la policía retiró las tropas sin orden para hacerlo. Salto vino, la gente tomó el municipio. Supongo que ahí funcionaron los servicios de inteligencia porque Imaz ordenó a los comandos de Neuquén que intervinieran la provincia. Ahí cayó el gobierno de Bunge que estuvo 29 días” (Julio Rodolfo Salto).

“Se les escapó de las manos la situación y las fuerzas vivas de Cipolletti lograron que los militares de Neuquén se hicieran cargo de la situación. Eso significaba que iban a poner más orden y que se iba a poder negociar de otra manera porque nosotros con el gobierno provincial no queríamos saber nada. Los militares se hicieron cargo y prácticamente dejaron de lado lo que había dispuesto el gobernador” (Julio Fernando Salto).

“Yo defendí el Cipolletazo hasta que llegó un momento de mucho peligro que ya era irreversible (...) La policía estaba exaltada. Así que pedí la intervención del Ejército, que gozaba de la aceptación de la población, hasta apaciguar los ánimos y superar la situación” (Abraham Tomé).

Son explicaciones poco precisas y que hasta difieren entre sí. Sin embargo, dan cuenta de la tranquilidad que proyectó el Ejército hacia la población.

Durante el transcurso del 17 los policías trasladados desde distintas localidades fueron enviados de regreso. Además, el ministro de Gobierno Rolando Bonacchi y el comandante (RE) Aller presentaron sus renunciaciones.

También ese día el gobierno nacional, a través del Ministerio del Interior, difundió un comunicado de prensa (que el *Río Negro* publicó textualmente) en el que sostenía:

“Un episodio que es normal dentro de las instituciones públicas –la renovación o relevo de funcionarios investidos de representatividad- ha sido punto de partida para una serie de gravísimos desórdenes en Cipolletti que a la par que originar daños patrimoniales crearon una tensión pública de magnitud desproporcionada, lo que permite suponer fundamentalmente la intervención de fuerzas disociadoras que desde las sombras esperan su oportunidad brindada por la buena fe de los demás” (18/09/69: 11).

El 19, el matutino roquense publicó una entrevista a Salto. En ella insistió sobre la idea de movimiento popular de Cipolletti, también muy presente en los testimonios.

“Es otra de las tantas infamias que le debemos al gobierno de Río Negro. Porque la información de lo que significa el movimiento en Cipolletti, la dio la provincia. (...) El movimiento de la ciudad de Cipolletti es auténticamente popular. (...) El único que habla es el pueblo, nadie lo dirige al punto que los distintos barrios se entienden al toque de bocinas, pero no hay nada arreglado” (19/09/69: 11).

Es interesante pensar cómo se entiende lo popular en un movimiento donde la burguesía local tuvo un rol fundamental.

1.7 Cordobazo, Rosariazo y Cipolletazo

Hasta ese momento, a pesar de haber recibido a un grupo de miembros del Concejo Asesor, el ministro del Interior sólo había emitido comunicados sin hacer declaraciones públicas a la prensa. Sin embargo, luego de los sucesos ocurridos en Rosario²¹, debió ofrecer una conferencia. En ella, rechazó una posible relación entre el conflicto cipoleño y los sucesos en otros puntos del país.

“El problema de Cipolletti es muy localizado. Hay un problema que es, simplemente, el del reemplazo del comisionado municipal. Ya le expresé a la gente de Cipolletti que el comisionado no es elegido por el pueblo sino por el gobierno que tiene facultades de remover al funcionario” (*Río Negro*, 20/09/69: 5).

Este dato merece especial atención ya que no es casual que desde el gobierno nacional hayan tenido la necesidad de diferenciar los movimientos que se desarrollaron a lo largo del '69, principalmente, en Córdoba y Rosario. Tal como lo explica Aufgang (1989), el Cipolletazo se yuxtapuso con el Rosariazo pero en espacios sociales diferentes que no pueden ser contrastados entre sí porque, además, refirieron

21 A fines de mayo de 1969 se produjo el Cordobazo: la ciudad de Córdoba se levantó en un motín masivo, principalmente motorizado por estudiantes universitarios y obreros del sector automotriz. El nivel de desacuerdo e intolerancia que se vivía al interior de grandes sectores de la sociedad argentina era incontrolable y podía explotar ante el más mínimo estímulo. Para entonces, la Revolución Argentina ingresaba en el principio de su propio final. Bajo la superficie no habían dejado de generarse tensiones: la imagen de un Estado cada vez más aislado, arrogante y carente de legitimidad rompía con la aparente sensación de indestructibilidad del régimen y ponía fin a la desmoralizadora apatía e impotencia cívica impuesta durante tres años. Tras el Cordobazo Krieger Vasena y todo el gabinete renunciaron casi al instante (James, 1990).

También Rosario, en mayo y en septiembre, fue testigo de acontecimientos de características similares: se tomaron medidas contra el cierre de talleres, despidos y rebajas de categorías y salarios que afectaron a unos cien mil trabajadores del sector ferroviario. Asimismo, contó con el apoyo de los estudiantes universitarios. La calma política de los tres años anteriores fue repentinamente sacudida por la violencia.

a historias muy distintas. Si bien, los entrevistados parecieran ser concientes de esto, hay una tendencia a asociarlo a él y al Cordobazo aunque, al mismo tiempo, señalen las diferencias entre unos y otros. El punto de contacto es, fundamentalmente, el carácter insurreccional de los acontecimientos²².

Quizás, el mismo nombre conduce necesariamente a la relación con el Cordobazo y el Rosariazo. Llamarse Cipolletazo lo coloca en la cadena de significantes de los grandes hechos de protesta de la historia nacional, aunque ellos mismos reconozcan que una de las mayores diferencias es que se trataban de reivindicaciones de alcance local que no trascendían los intereses de la provincia. En Cipolletti la lucha se produjo al interior de los aparatos burocrático–institucionales, una diferencia sustancial con los otros movimientos que cuestionaban el régimen y buscaban transformar el sistema y las relaciones de poder.

1.8 El nombramiento del General Requeijo

El 22 Figueroa Bunge renunció, el gobierno nacional intervino la provincia y designó para ese cargo al comandante de la III Brigada de Infantería con asiento en Corrientes, general Roberto Vicente Requeijo, quien asumió al día siguiente. La posición del gobierno nacional sobre la remoción de Salto se sostuvo y eso los vecinos lo sabían.

“Con la intervención comienza la política y se rompe el Cipolletazo. Empieza y termina. No es un hito. La segunda etapa del Cipolletazo en función del líder no se puede cumplir porque él tenía otros planes. Ahí comienza la etapa en la que el pueblo le dice al interventor de Río Negro, el general Requeijo, que quiere a Salto. Y Requeijo venía con instrucciones del gobierno nacional que cualquiera menos Salto” (Julio Rodolfo Salto).

Con el propósito de abrir el diálogo, el 28 de septiembre Requeijo convocó a representantes de distintos sectores (por ejemplo, aquellos que unos días antes se habían reunido con el ministro del Interior) para consensuar el nombre de quien ocuparía el cargo de comisionado. Quienes por distintas razones integraban el círculo íntimo de Salto recuerdan ese momento como determinante en el proceso del Cipolletazo, aunque luego las evaluaciones que hagan respecto de lo que significó marquen posiciones encontradas.

“En esos días hubo una reunión en la que la gente del entorno de Salto le dijo: ‘Nosotros le vamos a plantear a Requeijo que queremos que sea usted el que siga’. Él, que sabía que eso no era posible y que venía con un antecedente de no violencia y no resistencia sin fundamentos, les dijo: ‘Si podemos tener la caja llena de caramelos, no seamos caprichosos por un caramelo que está fuera de la caja. Pongamos otra persona y empecemos un proceso de recuperación de Cipolletti’.

22 Este dato no pasó inadvertido por las páginas del *Río Negro* cuando afirmaba que “los hechos de Cipolletti han tenido repercusión internacional, es posible que por su coincidencia con otros que pueden tener distinta significación” (30/09/69: 4).

(...) Entonces, la dirigencia de la segunda línea o lo que fue después la de primera línea, le aceptó la mitad del razonamiento. Aceptó dejar el caramelo pero no lo de agarrar toda la caja. Porque su idea era poner un intendente que no fuese Salto para que se normalizara la situación institucional, esperar al 3 de octubre, el aniversario de la ciudad, y meterle al gobernador toda la población en la plaza haciendo un acto multitudinario. Él se imaginaba 20.000 personas, el nuevo intendente y un vocero de la comunidad que le dijera: 'General Requeijo, usted tiene que comprometerse a pavimentar los barrios Don Bosco y Brentana, a hacer los tendidos de red de gas que le faltan a la ciudad y tres o cuatro cosas más que hubiesen hecho de Cipolletti una ciudad boom'. Ese acto no se hizo, asumió el nuevo intendente, Salto cayó y desapareció hasta que murió a los dos años siguientes" (Julio Rodolfo Salto).

Esta consulta -para el *Río Negro*- formaba parte de las prácticas que generalmente realizaba el gobierno, sin embargo, insistía en que esos referentes o "fuerzas vivas" respondían a intereses de sectores y que, por lo tanto, su representatividad era cuestionable.

"De más está decir, que en el régimen instaurado por la revolución, los comisionados son designados por el gobierno. Es cierto, que generalmente el gobierno consulta a distintos sectores de la 'comunidad', como se dice en la jerga actual, pero las fuerzas vivas a las que se recurre son apenas un remedo de representatividad; en la práctica sólo representan intereses de sectores" (17/10/69: 15).

De todas maneras, este es un punto sensible del proceso en el que las lecturas de los sujetos tienen una alta carga emocional y donde se ponen en juego posicionamientos políticos asumidos con posterioridad.

"En esa reunión en la que se planteó lo de la canasta de caramelos quedó todo bien. Pero cuando estaba por venir Requeijo se hizo otra reunión. A mí no me dejaron entrar pero yo escuché por la ventana. Ahí fue cuando Salto bajó la línea. Hay que llenar la plaza y pedir. Que sepa Requeijo que tiene que venir con los decretos y tiene que anunciar las obras para Cipolletti con su presupuesto correspondiente. No hubo euforia ni aplausos. Todos acataron. Cuando salieron de la casa escuché que un hombre dijo: 'Salto está loco' y otro agregó: 'Es muy ambicioso'. A esos yo los llamé 'los nuevos', los que vinieron después y creyeron que los que estaban antes llegaron por generación espontánea" (Julio Rodolfo Salto).

"Se hizo una reunión con las fuerzas vivas de la ciudad y cuando terminó, mi hermano Julio Rodolfo escuchó decir a uno de los participantes: 'Salto está loco'. Es la frase del abandono, del corrimiento. Cuando llegó el nuevo interventor de la provincia no se firmó el acta" (María Emilia Salto).

"La estrategia era la siguiente: insistirle, insistirle e insistirle a Requeijo que tenía que ser Salto el comisionado y como iba a decir 'no' entonces decirle: 'Ok, pero que sea, entonces, el doctor Chertudi'. Y así fue. Entró con el mismo Concejo y se siguió con la misma política. Las cosas siguieron normalmente. En este momento, no recuerdo otro detalle" (José Bellino).

"Cuando se entregó la comuna al Ejército se hizo con la condición de que ellos nombraran un intendente que digitamos nosotros. El doctor Chertudi era buena persona pero no era Salto" (Néstor García).

1.9 El día después

El viernes 3 de octubre²³ Requeijo y sus ministros visitaron la ciudad. Durante la jornada se firmaron numerosos decretos: se levantó la intervención de la comuna, se aceptó la renuncia de Salto y se designó intendente a Alfredo Chertudi (la persona sugerida desde Cipolletti). A su vez, se aprobó la realización y culminación de obras que estaban pendientes. Sobre el acta de compromiso mencionada en los testimonios no hay registro, al menos, en la prensa.

Sin embargo, y pese a que Chertudi se comprometió a que todas las actividades continuarían desarrollándose como hasta el 11 de septiembre (confirmó a los mismos integrantes del Concejo Vecinal Asesor que acompañaron a Julio Dante Salto en su gestión, por ejemplo), las lecturas que ofrecen los testimonios respecto de lo que ocurrió después del Cipolletazo expresan una trama compleja de sentidos construidos y sedimentados a través de los años.

En primer lugar, es posible establecer dos dimensiones de análisis. Por un lado, aquella vinculada a la posteridad de Salto y, por el otro, la que refiere a lo acontecido después del Cipolletazo en el plano de la política local y regional.

Sobre Salto, fundamentalmente, se plantean dos miradas distintas. Por una parte, una posición para la cual fue traicionado por su círculo más íntimo de seguidores y, por lo tanto, abandonado, lo que le provocó un estado de profunda tristeza.

“Requeijo era un militar que resultó ser muy político y empezó a operar políticamente hasta fundar el PPR²⁴. Ese partido tuvo mucho apoyo de quienes apoyaban a Salto. Logró socavar su base y así aislarlo de su grupo más íntimo. Luego, como condición tácita para que el pueblo se tranquilizara, vino su aislamiento. El tiempo que duró hasta su muerte fue durísimo. Mucha gente de su círculo no le dio apoyo. Quienes estuvieron más cerca fueron los sectores populares” (María Emilia Salto).

“Yo creo que se cumplió la instrucción del gobierno nacional a través de la acción política del General Requeijo y gracias a la complicidad de determinados sectores de la dirigencia de Cipolletti que aceptó ese *statu quo*.

Entre quienes formaban parte de esos sectores hay mucha gente viva y otros que fallecieron que uno no les podía.... Decir quiénes estaban supone definir culpables. Yo creo que hubo un error histórico de un momento exacto donde se cometió un error y no se puede dar nombres” (Julio Rodolfo Salto).

Por otra parte, están quienes sostienen que lo olvidaron pero que ello no implicó haberlo traicionado sino que fue parte de un proceso en el que también influyó su propensión al aislamiento. Quienes opinan de este modo parecerían entender el olvido

23 Fecha del 66° aniversario de la fundación de Cipolletti.

24 Partido Provincial Rionegrino

como una consecuencia lógica de la desaparición pública y así lo colocan en un plano menos cuestionable. Como si el olvido fuese una consecuencia natural del paso del tiempo.

“Se fue alejando y desapareció. No actuó más. Él fue el que se aisló. Yo siento que esto de olvidarse cuando alguien deja de ser público es propio de los argentinos” (Marcelo Jaures).

En cuanto a lo ocurrido luego del Cipolletazo las posiciones son más diversas aún. Distintas lecturas abordan esta pregunta y quizás ello también se deba a los lugares que ocupaban los entrevistados en 1969 y a los roles que desempeñan hoy.

En primer lugar, surge una sensación de derrota o fracaso justificada por la destitución y la imposibilidad de lograr que Salto continuara en su cargo y siguiera proyectándose como candidato a gobernador. A su vez, estos entrevistados también sostienen que, si bien el Cipolletazo implicó el recambio del gabinete provincial, el General Requeijo logró conformar un partido político propio –el PPR- y sumar a sus filas a muchos de los seguidores de Salto. Esto fue acompañado, desde el propio saltismo, por la incapacidad de generar un espacio que aglutinara a todos los que habían motorizado y acompañado el Cipolletazo. Además, Chertudi no logró continuar con el proceso iniciado en el '63.

“Se sintió abandonado y traicionado. Él mismo me dijo: ‘A mí ya no me escuchan’. Era un hombre de valor, que debió ser consultado. El intendente que asumió podría haberle dado el lugar de asesor, por ejemplo. En cambio, el medicucho que asumió, prácticamente lo borró del mapa” (Abraham Tomé).

Hablar de derrota implica ganadores y perdedores y así lo entienden algunos que estuvieron involucrados. En cambio, Carlos Galván, desde su lugar de testigo, enumera las consecuencias sin definirlos como derrotas o victorias. Es un relato despojado de la carga emocional propia de quienes fueron parte del proceso.

“Requeijo armó su partido, opositor a Roca, sobre la base del saltismo. El saltismo pasó al requeijismo. Su antiroquismo fundado los llevó a apoyar a Requeijo, otro dictador” (Carlos Galván).

Otra postura tiende a ver el Cipolletazo no como un triunfo de la comunidad pero sí como un acontecimiento que valió la pena encarnar. Para ellos lo rescatable es que, a pesar del resultado, sirvió para confirmar la fuerza de un pueblo que reaccionó frente a una decisión con la cual no estaba de acuerdo. Consideran un logro que, pese a la destitución, los vecinos de Cipolletti tuvieran la posibilidad de sugerir la terna de candidatos para reemplazar a Salto. Ellos recuerdan a Chertudi como una persona que continuó con lo que Salto había iniciado, aunque el tiempo demostró que no se avanzó con la proyección estratégica que había tenido la ciudad dentro de la provincia.

“No sé si Salto se desvinculó. Las cosas siguieron normalmente. En este momento, no recuerdo otro detalle” (José Bellino)

“No consiguieron poner a quienes ellos querían. Salto entregó el mando a un integrante de la comunidad. Chertudi fue un hombre elegido por la comisión” (Marcelo Jaures).

Por último, es importante considerar a quienes no recuerdan o ignoran lo que sucedió tanto con Salto como en la gestión del comisionado o sostienen que todo siguió igual con él al poder.

Para el *Río Negro*, al menos en el modo en el que cubrió los acontecimientos, el conflicto político desplegado durante los días del Cipolletazo culminó con el nombramiento de Chertudi y, por lo tanto, el reestablecimiento del *statu quo*. Durante el período relevado ni en ninguna de las escasas notas publicadas en los años posteriores en relación a estos hechos, se abordó lo que ocurrió después del Cipolletazo.

A pesar del gran reconocimiento y todo el apoyo manifestado hacia el comisionado, Julio Rodolfo Salto recuerda dos momentos muy ilustrativos en la vida de su padre luego del Cipolletazo en los que quedó claro quiénes lo acompañaban.

“Por un lado, el primer aniversario del Cipolletazo en 1970 lo celebró en el living de su casa de 4x3, con no más de ocho personas.

Pero hubo otro momento clave. La central de teléfono fue una de las cosas que gestionó Salto y no alcanzó a inaugurar. Chertudi había dicho que la primera llamada iba a ser para un ciudadano ilustre. Entonces, ese día estaba toda la familia sentada alrededor de la mesa esperando que sonara el teléfono. Pero el teléfono nunca sonó. Después de eso, hubo una llamada obligada al ostracismo, con cómplices locales que no lo vieron”.

1.10 Quienes salieron a la calle: la gente y el pueblo

Un acápite aparte merece el análisis de los recuerdos y relatos en relación a quiénes participaron de los hechos, punto en el que surgen las mayores distancias entre las narrativas testimoniales y las que propuso el matutino roquense.

Cuando se les pregunta a los actores sobre esto, la mayoría recuerda que durante aquellos días en las calles se encontraron todos los sectores de la sociedad: desde la burguesía local hasta las clases populares salieron a rechazar la decisión. Para los sujetos ese era el *pueblo*. En este sentido, se repite la necesidad de destacar esta participación multisectorial pero, principalmente, que la burguesía local estuvo ocupando la calle a diferencia de lo ocurrido en otros hechos de protesta contemporáneos en los cuales los obreros y los estudiantes universitarios eran los sectores más proclives a la movilización política.

“No era militancia política, no estaban formados para eso. Eran personas preparadas, tenían propiedades, tenían status, no eran marginales” (Julio Rodolfo Salto).

“Fue netamente una manifestación de la ciudad: había médicos, profesionales, profesores, estudiantes, los comerciantes cerraban sus negocios” (Néstor García).

“Estuvieron, sobre todo, los comerciantes, algunos empresarios. De los barrios tal vez no tanto porque no estaban preparados para la movilización y tampoco hubo tiempo. Y las clases media y alta también porque Salto representaba sus intereses. En ese momento la gente no miraba el proceso militar más allá de lo que los afectaba. En esa línea la mayoría de la gente de Cipolletti, los grupos medios y altos, acompañaba” (Eda Ginnobili).

Otra característica que se reitera en los relatos es la espontaneidad en la reacción de sectores hasta entonces al margen de la protesta o la manifestación pública.

La concepción de la calle como un espacio de encuentro de todos los sectores sociales remarca la defensa de la ciudad como un todo homogéneo, aunque ello oculte los intereses particulares²⁵.

“Acá no salió el vecino de corbatita sino que todo el mundo estaba en la calle” (Marcelo Jaures).

“Todos: las fuerzas vivas. Salto le había dado mucha participación a toda la comunidad” (Julio Fernando Salto).

“Acá fue un corte transversal en la sociedad sin liderazgos conocidos. (...) Era toda la población frente al líder que lo estaban tocando y le estaban tocando el proceso” (Julio Rodolfo Salto).

“Todo Cipolletti tiraba para el mismo lado” (Ricardo Diojtar).

Al respecto, el *Río Negro* se refirió en una crónica sobre los sucesos del día 13 al clima popular y luego aclaró que quienes participaban eran personas de toda condición social. Con el transcurrir de las jornadas esta mirada se complejizó y, sobre todo, se volvió contradictoria.

“Alrededor de las 15, el clima popular que durante la mañana había sido de relativa tranquilidad, fue tornándose más tenso. Grupos de personas constituidos por personas de toda condición social, pero mayormente jóvenes, fueron sumándose a las barricadas, calculándose que para las 16 ascendían a 400 o 500 personas. En esos momentos, la efervescencia alcanzaba su punto crítico” (14/09/69: 15).

Durante el período analizado, la representación de los sujetos sociales realizada por el diario *Río Negro*, no fue lineal y se podría afirmar que tuvo tres momentos distintos. En una primera instancia, mientras se mantuvo el orden institucional, los

25 Para Aufgang esto era posible porque en Cipolletti se había constituido una alianza de clases que fue tomando forma de fuerza social: contenía el alto grado de formación de la burguesía y el incipiente desarrollo del proletariado (que recién en la década siguiente comenzó a incorporarse a la vida urbana como resultado de las modificaciones en los sistemas de acopio, conservación y empaque del proceso industrial). Por esta razón, se configuró una ciudad ‘burguesa’ pero sin su antagonista de clase” (1989: 48-49).

sujetos participantes eran gente, vecinos, personas, amigos, funcionarios, etc. En cambio, frente a la amenaza de quiebre del *statu quo* el “otro” pasó a ser exaltado, revoltoso, grupo organizado de personas, incluso distinguía entre público (como si se tratase de un espectáculo callejero) y quienes participaban en los piquetes. Nuevamente, cuando se restituyó el orden, las construcciones retomaron sus formas iniciales. Para este matutino no hubo pueblo en la calle, esa categoría no existió en sus relatos, aunque sí estuvo en los comunicados de prensa citados textualmente.

Al contrario de lo que sostienen los testimonios, para el *Río Negro* los hechos no fueron producto de la espontaneidad ya que había grupos organizados y ese fue un rasgo que atribuyó a la alteridad.

“Contribuyó a dar la sensación de que podrían ocurrir sucesos de resultados imprevistos la presencia de refuerzos policiales llegados desde General Roca, Fernández Oro y otras localidades, así como la actitud de grupos organizados de adolescentes que, armados con bastones y otros elementos contundentes, circulaban por las calles céntricas” (13/09/69: 10).

En cambio, para los entrevistados el carácter espontáneo era digno de orgullo. En sus narrativas esta particularidad aparece muy vinculada a la idea de que el Cipolletazo fue “apolítico” y no tanto a la falta de organización o conducción definida.

Si bien es sabido que todo acto de este tipo es político, los actores entienden que ningún partido político lo pudo capitalizar como propiedad de sus acciones; que implicó la participación de diversos sectores de la sociedad porque lo que estaba en juego era la ciudad y en ello ven una conquista. Algunos atribuyen esto también al alto nivel de participación comunitaria que se había generado a partir de la creación de las Comisiones Vecinales y el Concejo Asesor.

“De las personas que participamos no había nadie que tuviera una clara actuación política. Creo que nadie es apolítico porque todos tenemos que tener una definición, en todo caso, seremos apartidario. En aquel momento creo que todos éramos apartidarios” (José Bellino).

“Políticamente, yo no tenía nada que ver con el doctor Salto. Lo digo para que se vea que aquí no hubo una cosa política. Era algo muy especial, tirábamos todos para el mismo lado: para Cipolletti. A nosotros no nos interesaba la parte política en sí, o sea el partido político” (Ricardo Diojtar).

Estos dos testimonios resultan interesantes porque, en sus mismas contradicciones, cristalizan dos ideas muy presentes en el resto de los relatos, aunque no siempre explícitamente. Por un lado, en el caso de José Bellino sostiene que las personas que participaron no tenían una clara actuación política (parecería olvidarse que él formaba parte del Concejo Asesor y eso era tener actuación política) y, por el otro, afirma que nadie es apolítico porque toda intervención en el plano público exige una definición de este tipo. Esto permite deducir que, en todo caso, lo que para ellos es digno de méritos es que fue apartidario.

Por su parte, para Ricardo Diojtar lo político y lo partidario están en el mismo plano asociados a lo deshonroso. Justamente, para él lo rescatable del Cipolletazo fue la ausencia de banderas políticas que lo encabezaran y lo verdaderamente importante, que el eje de la movilización estuvo en la defensa de Cipolletti.

En relación a esto, los sujetos recuerdan al Cipolletazo como una reacción legítima y espontánea del pueblo frente al avasallamiento de las autoridades provinciales. Ninguno pierde de vista que estaban bajo un gobierno militar y que, por lo tanto, ese tipo de prácticas eran cotidianas. Sin embargo, remarcan que no se iban a dejar avasallar frente al autoritarismo, la arbitrariedad y/o el capricho de funcionarios. La idea de *avasallamiento*, muy presente y reiterada en los relatos, parecería haber ido tomando forma a partir de las tácticas implementadas por el gobierno: rumores, anuncios solapados, mensajes contradictorios y poco claros, entre otras.

CAPITULO 2

EL CIPOLLETAZO BAJO EL CRISTAL DEL RÍO NEGRO

“Las categorías con arreglo a las cuales un grupo se piensa y según las cuales se representa su propia realidad contribuyen a la realidad de ese grupo. (...) Las categorías de percepción del mundo social y de los grupos contruidos según esas categorías se construyen a su vez en las luchas que constituyen la historia del mundo social”.
Pierre Bourdieu

2.1 Primeras consideraciones

“La experiencia humana incorpora vivencias propias, pero también la de otros que le han sido transmitidas. El pasado, entonces, puede condensarse o expandirse, según cómo esas experiencias pasadas sean incorporadas” (Jelin, 2002: 13). Y en este proceso, los medios masivos de comunicación desempeñan un rol preponderante ya que contribuyen a estructurar y organizar la presencia del pasado en todos los ámbitos de la vida contemporánea. Por ello mismo, la pretensión de indagar acerca de las operaciones de recuerdo y olvido puestas en juego en relación al Cipolletazo nos ha exigido analizar qué fue lo que contó el diario *Río Negro* durante las semanas en las que transcurrió y cómo lo recordó con el correr de los años, para poder abordar las disputas por la imposición de significados, cristalizadas –entre otras- en las representaciones construidas por los medios de comunicación.

En el capítulo anterior reconstruí los hechos articulando y tensionando las narrativas mediáticas y las de los sujetos. En este apartado el propósito ha sido focalizar la atención en la forma del relato del *Río Negro* para tratar de comprender dónde estuvieron puestas las miradas, los énfasis y los silencios, por nombrar algunas inquietudes. Es que, como lo plantea Rodríguez, “las representaciones son fuerzas trabajando en el campo cultural, energías y formas que no sólo circulan de manera relativamente autónoma por el imaginario sino que esclarecen el mundo y revelan las conexiones internas. O su ausencia” (2003: 10).

En este sentido, cobra aún más fuerza la palabra de Jelin cuando señala que la experiencia está mediatizada por el lenguaje y por el marco cultural interpretativo en el que se expresa, se piensa y se conceptualiza (2002: 34). Por esa razón, al pensar en la construcción de las narrativas realizada por este periódico ha sido necesario remitirse al concepto de marco interpretativo (Gamson, 1999; Meyer, 1999; McAdam, McCarthy, Zald, 1999; Melucci, 1994; Zald, 1999 [1996]) porque, entre otras operaciones –como veremos- intervienen en las percepciones y hacen que determinadas posibilidades se vean más o menos atractivas. Para estos marcos, los procesos enmarcadores son fundamentales –entendiéndolos como aquellos

significados y conceptos compartidos a través de los cuales los sujetos sociales definen y evalúan una situación. En estos procesos los medios de comunicación ocupan un lugar central.

La multiplicidad de tiempos y sentidos y la constante transformación de actores y procesos históricos son algunas de las dimensiones que contribuyen a la constitución de un escenario complejo. “Los sentidos se construyen y cambian en relación y en diálogo con otros, que pueden compartir y confrontar las experiencias y expectativas de cada uno, individual y grupalmente. Nuevos procesos históricos, nuevas coyunturas y escenarios sociales y políticos, además, no pueden dejar de producir modificaciones en los marcos interpretativos para la comprensión de la experiencia pasada y para construir expectativas futuras”, postula Jelin (2002: 13).

Por esa razón, este capítulo se ha centrado en el análisis de los marcos cognitivos desde los cuales este medio de comunicación construyó sus relatos sobre el Cipolletazo en 1969 y con el correr de los años.

“A los efectos de los análisis comunicacionales -siguiendo a Rodríguez- lo que interesa es pensar en términos de lo social y de lo político, entendiendo que este pasaje no puede efectivizarse sin la inserción del sujeto en un régimen de prácticas (acciones con significado), en una red de discursos que organizan el espectro de una cultura y en un marco de significados de pertenencia común a una sociedad” (2003: 10).

2.2 El Río Negro: un actor político

Los marcos interpretativos o cognitivos, como los define Zald (1999 [1996]), son metáforas, representaciones simbólicas, interpretaciones, significaciones sociales a través de las cuales los grupos presentan conductas y eventos de modo evaluativo con la finalidad de forjar formas compartidas de considerar el mundo y así definir –no siempre concientemente- sus prácticas. Mediatizan las percepciones y, por su intermedio, los grupos se piensan a sí mismos, definen los sujetos políticos y representan su propia realidad.

Los marcos interpretativos, explica Mumby, están interrelacionados con el contexto cultural, en tanto escenario de circulación de discursos sociales. “La narrativa es un acto socialmente simbólico en un doble sentido: a) adquiere sentido sólo en un contexto social, y b) desempeña un papel en la construcción de ese contexto social como espacio de significación en el que están involucrados los actores sociales” (1997 [1993]: 16). Es que, como lo indica de Certeau (1999), “la autoridad de una representación no se vincula sólo con su pretensión de verdad sino, más bien, con la

capacidad de articular las relaciones de cada individuo con los otros respecto de una verdad” (en Rodríguez, 2003: 9).

Por todo esto, pensar en los marcos interpretativos elaborados desde el diario *Río Negro* ha sido casi urgente ya que permite analizar de qué modo sus narrativas aportaron o no a la construcción del contexto social; qué sentidos circularon a través de sus páginas; cuáles fueron las posibilidades que promovieron en relación a la acción colectiva; cómo se definió a sí mismo y a los sujetos políticos participantes del conflicto y de qué manera representó los acontecimientos; entre otras variables.

En tanto actores del sistema político, los medios de comunicación forman parte de los conflictos y establecen relaciones de disputas con otros actores. Esta situación les exige tomar una posición al respecto, especialmente, al momento de narrar y comentar aquellos conflictos políticos que han decidido incluir y jerarquizar en su agenda (Borrat, 1989). El *Río Negro* nunca estuvo al margen de este esquema y desde sus inicios formó parte del escenario político regional, sin dejar nunca de lado su origen roquense. Este rasgo identitario se convirtió -durante el Cipolletazo- en un dato de relevancia para los sujetos involucrados y despertó en algunos sectores de la comunidad cipoleña reacciones violentas contra los periodistas de la agencia local.

En sus discursos este enunciador no disimulaba su procedencia roquense. En muchas ocasiones -por ejemplo, a través de sus columnas de opinión- se hacía eco del enfrentamiento que históricamente caracterizó a las localidades de General Roca y Cipolletti. Aquí se ofrecen dos fragmentos, incluso anteriores al período analizado, en los que se aprecian estas tensiones:

“Hace unos días paseaba por la calle Tucumán de Roca, haciendo ‘la vuelta del perro’. (...) En eso estaba, cuando al llegar a una esquina me encuentro con mi amigo Pepe, acodado en un buzón y con la mirada perdida en el infinito.(...) No pude menos que preguntarle: -¿Te pasa algo, Pepe?-. La respuesta fue apenas audible: -La nena, viejo, la nena. (...) Pensé lo peor. Los chicos se habían dejado llevar por la pasión y.... -Bueno, sería cuestión de que se casen rápido- dije yo. A Pepe se le salieron los ojos de las órbitas, se puso rojo como una manzana (cualquier manzana, nacional o provincial, no interesa). -¿Que se casen?- gritó- ¿pero vos qué tenés en la cabeza? A mí no me importaría tanto que hubieran hecho lo que pensás si el candidato fuera de aquí; al fin de cuentas, yo también he sido joven. ¿Pero te das cuenta qué significa para un roquense tener un tipo de Allen en la familia? Me di cuenta. Y sin pensarlo demasiado, afanoso de dar un buen consejo a un amigo, le dije: -Claro, ahora caigo. ¿Y si tratás de conseguirle un nuevo novio de otra parte? ¿Cipolletti, por ejemplo? -¿Quééééé?- vociferó Pepe; ¿pero vos me querés hundir? ¿querés que me echen del pueblo? - 18 de abril de 1969”. (Gadano, 1999: 27).

“Señor director:

El paniaguado que escribe en su diario escudándose bajo el seudónimo Ana Tole, cuya mediocridad alcanza un grado sólo comparable al de su estupidez, se ha permitido publicar en la bastarda columna que redacta una carta que -según él- le fuera remitida por un vecino de Cipolletti, tendiente a demostrar la superioridad de dicha ciudad sobre la nuestra.

No puedo menos que sonreír frente a semejante pretensión, sólo apoyada en algunas circunstancias materiales de irrisoria significación. Roca, señor director – me dirijo a usted porque con su escriba no quiero tener nada que ver- es la ciudad más antigua, con tradición, con prosapia. Quizás no produzca tantas manzanas como Cipolletti, pero registra en su haber tantos hombres ilustres, incorporados ya a la historia nacional, como gobernadores, diputados, senadores, dirigentes estudiantiles. Roca nació como un fuerte de avanzada en la lucha contra el indio, liberando las tierras donde posteriormente se asentarían allenses, cipoleños, etc.. 'Cría cuervos y te sacarán los ojos', dice el refrán.

Y si de progresos materiales se trata, conviene recordar al cipoleño que no las tiene todas consigo. El hombre parece haber olvidado que si quiere justicia tiene que venir a buscarla a Roca; que si pretende jubilarse tiene que iniciar los trámites en Roca; que si desea operar en la Caja de Ahorros también debe hacerlo en Roca. Quisieron hacer una Fiesta de la Manzana, y les salió una fiestita. En cambio, la de Roca fue un fiestón. Y por fin: ¿ignoran, acaso, los cipoleños que el hospital más importante de la región es el de Roca? - 26 de abril de 1969" (Gadano, 1999: 31).

En su editorial del 14 de septiembre –en la cual cuestionó las agresiones sufridas por sus periodistas y defendió el derecho a la libertad de prensa- se declaró como una voz imparcial, objetiva, serena, responsable y de una inquebrantable lealtad al lector. Lo significativo es que, si bien rechazó las supuestas conexiones con el gobierno provincial, para hacerlo debió necesariamente retomar los discursos que circulaban y, de alguna manera, responder a ellos:

"De buena o mala fe, muchas personas creen al parecer, que existe relación entre *Río Negro* y las decisiones del gobierno provincial. En realidad, la sospecha se dirige a los 35.000 habitantes de Roca, como si todos fuesen partícipes de sus disposiciones" (*Río Negro*, 14/09/69: 10).

En este punto es interesante retomar la mirada de Carlos Galván cuando manifiesta la influencia que tenía el diario en la definición de los nombres de los funcionarios del gobierno provincial, la apuesta inicial que hizo a la breve gestión de Figueroa Bunge y recuerda que Bonacchi era el abogado del diario en ese momento.

En tanto escenario de configuración y disputa de sentidos –lo que reforzaba su carácter de actor político-, una preocupación constante fue contribuir a la consolidación de la unidad e identidad valletana y patagónica. Para ello, publicaba artículos de opinión y editoriales orientados a reafirmar el sentimiento de pertenencia a la región y enfatizaba sus cualidades económicas –en tanto polo de desarrollo productivo- y sociales (Scatizza, 2005). Durante el período estudiado, esta posición se manifestó con claridad, sobre todo, cuando criticó fuertemente a Salto por su rechazo a la construcción del camino y lo acusó de defender intereses locales, comportamiento que –a su criterio- no aportaba a la integración provincial.

"Porque en el fondo del problema de los localismos, subyace la realidad de un proceso de desintegración provincial, de falta de unidad en los objetivos comunes y de conciencia provincial, que se ha agudizado particularmente en los últimos años por la indiferencia oficial respecto de cuestiones menudas que, como la Fiesta de la

Manzana, han sido una simiente permanente de agravios y suspicacias recíprocas, alentadas por la demagogia de algunos comisionados y el 'dejar hacer' del gobierno provincial, que ha asistido con indiferencia a las querellas entre los municipios sin encauzar orgánicamente la política provincial" (*Río Negro*, 17/10/69: 10).

Aquí, el comisionado demagogo era Salto y la gestión provincial que 'dejó hacer', la de Lanari. Para este medio, no había dudas sobre la necesidad de reemplazar a Salto y así lo sugería en algunas sus columnas de opinión cuando, por ejemplo, ofrecía consejos para eliminarlo.

"Es evidente que el nuevo gobierno de Río Negro desea remover de su cargo al comisionado de Cipolletti, como también que los pasos dados en pos de ese objetivo no han sido muy felices.

(...) Con semejante ambiente, la remoción del comisionado-médico va a resultar harto problemática. Es por eso que, deseoso de ayudar al gobierno provincial, he confeccionado algunos consejos, que someto a su consideración, junto con los reparos que me merecen.

- a. Envenenarle la comida (este método está muy desprestigiado desde que los Borgia hicieron abuso de él).
- b. Nombrarlo embajador en algún país extranjero, bien alejado, como podría ser Tanzania (con este sistema se podría resolver el problema en Cipolletti, pero se le crearía una complicación al país: el doctor Salto como se sabe, no es muy ducho en el manejo de las relaciones exteriores).
- c. Descerrajarle un balazo en la cabeza...
- d. Enviarlo preso a Martín García...

Como están las cosas, no se puede garantizar la eficacia de ningún método, por bueno que pueda parecer en teoría. Hay otro modo de salir del pantano, consistente en dar marcha atrás y dejarlo al doctor Salto donde está. Quizás sea éste, ahora, el más viable. Pero que quede claro que todo aquel que se mete en un pantano no puede menos que salir embarrado" (*Río Negro*, 7/09/69: 11).

En este intento por erigirse como una voz objetiva e imparcial, se presentaba como un escenario legítimo de discusión en el que cada sector tenía espacio para expresar sus posiciones respecto del conflicto aunque esto no implicaba necesariamente que construyera un discurso polifónico. Sin embargo, el desequilibrio de las relaciones de poder era evidente y, casualmente, no favorecía a las voces disidentes o subalternas, sobre todo en lo que a su capacidad de interpelación se refería.

En este sentido, una situación muy gráfica es cómo representó la palabra de Salto. La única entrevista que le hicieron apareció el 19 de septiembre, mientras que los funcionarios del gobierno provincial y el farmacéutico Sánchez (a quien en los primeros días de septiembre previos al Cipolletazo le ofrecieron el cargo en su reemplazo) fueron entrevistados en reiteradas ocasiones. Incluso, en las crónicas hay registro de conversaciones telefónicas con Bonacchi, el jefe de la policía y demás funcionarios involucrados en el conflicto, a través de las cuales se confirmaban o descartaban versiones, por ejemplo. Pero con Salto parece no haberse utilizado el mismo criterio. Hasta la entrevista del 19, la única presencia de su voz fue a través de la publicación textual de sus comunicados de prensa o de sus mensajes radiales

dirigidos a la comunidad. Algo similar ocurrió con los referentes comunales que lo apoyaban, cuyas voces aparecieron, principalmente, a través de los comunicados o la cobertura de sus conferencias de prensa. En ambos casos se trataba, generalmente, de discursos indirectos²⁶, lo cual reforzaba esta desigualdad. Asimismo, llaman la atención las cinco cartas de lectores publicadas en relación a los acontecimientos porque tres de ellas se manifestaban en contra de Salto o de los intereses de Cipolletti; otra desplegaba argumentos a favor del médico y la otra exigía reflexionar acerca del curso de los hechos. Estas tensiones ilustran, de alguna manera, el complejo contexto en el que las prácticas sociales se articularon y cómo el diario aportó configurando sentidos.

El proceso de creación de marcos es estratégico, colectivo y dinámico y funciona en todas las fases de las acciones colectivas, aunque en cada etapa los contextos no sean necesariamente los mismos. Los sujetos no siempre son concientes de lo que generan y al principio pueden no tener plena conciencia de su participación en un proceso interpretativo de importancia aunque sí lo hagan en las etapas posteriores, en las que diversas facciones -en el interior del movimiento- compiten por imponer su mirada.

Según McAdam, McCarthy y Zald (1999), en estos procesos intervienen distintos factores y elementos. Entre ellos, el bagaje cultural a disposición de los sujetos²⁷; las estrategias enmarcadoras por las que optan los grupos; las luchas que se generan entre los grupos que desean estructurarse e imponerse sobre el resto de los agentes de la acción colectiva; el impacto cultural que el movimiento puede tener con la modificación de elementos culturales que constituyen su razón de ser; y la estructura y el papel desempeñado en esa batalla por los medios de comunicación.

En el caso del diario *Río Negro* es difícil sostener que no fuese conciente del proceso del que era parte, ya que compete a su labor (hoy y siempre) contribuir a elaborar la percepción pública de las acciones, sobre todo en el Alto Valle. Ello se cristalizó, por ejemplo, en las transformaciones que sufrieron los repertorios a lo largo de la cobertura de los acontecimientos. Como hemos marcado en el capítulo anterior, mientras la acción colectiva no rompía el orden instituido y se desarrollaba dentro de los parámetros esperados, para el periódico los sujetos participantes eran vecinos, gente, personas, amigos, funcionarios, etc. y las descripciones generaban un clima de

26 Si bien, todos los relatos son construcciones y, por lo tanto, eso implica un primer nivel de representación, con discurso indirecto me refiero a aquellos en los que las voces no aparecen “directamente” (como podría ser el caso de una entrevista) si no que su representación está sometida a una doble operación: la primera ocurre cuando es elaborado el comunicado de prensa y la segunda, cuando el medio recupera esa información y la publica.

27 Forma parte de este bagaje, por ejemplo, la existencia de movimientos anteriores o de mayores dimensiones que pueden servir de modelo al ofrecer marcos-maestros sobre los que pueden trabajar los movimientos más nuevos.

“orden” en el que los hechos estaban contemplados. En cambio, frente a la amenaza de quiebre del *statu quo*, el “otro” pasó a ser exaltado, revoltoso, grupo organizado y armado, incendiario –por mencionar algunos- y las adjetivaciones construían un paisaje caótico (jóvenes congregados, escaramuzas, tránsito enmarañado, granadas lacrimógenas, incendios de vehículos, y la lista continúa). Cuando se restituyó el orden, las representaciones volvieron a ser como al principio. Es muy elocuente la crónica sobre la designación de Chretien (18/9) en la que los sujetos nuevamente encarnaron en gente, personas, representantes de fuerzas vivas, miembros de las fuerzas económicamente activas, multitud, muchedumbre; cuyas acciones eran agruparse, congregarse, aglomerarse o tomar los altavoces para pedir calma. El cuadro se desplegaba dentro de los cánones aceptables para este periódico. En estos relatos puede observarse, con Mumby (1997 [1993]), la transición gradual que va desde diferencias notables pero aceptables, pasando por la desviación inaceptable, hasta llegar a las amenazas directas para el grupo que narra la historia, y luego volver a las diferencias aceptables. Cuanto más amenazadoras para el grupo son las historias, más prototípicas resultan y, por lo tanto, más persuasivas para construir el argumento negativo.

2.3 Sujetos y voces presentes y ausentes

Dado que las luchas y las competencias por la imposición de significados están atravesadas, entre otros agentes, por los medios de comunicación -espacio y vehículo de la difusión de los marcos-, sus estrategias y procedimientos resultan fundamentales para seguir ahondando en los repertorios.

Entonces, preguntarse quiénes fueron los actores contruidos por el diario, cuáles fueron las voces representadas y por medio de qué estrategias enunciativas, resulta sustancial para comprender cómo se definió a sí mismo y a los demás sujetos sociales.

Todo enunciado es el producto de un diálogo y no de una creación individual porque, siguiendo a Voloshinov, “la palabra es el producto de las interrelaciones del hablante y del oyente” (1976: 121). Por su intermedio los sujetos se constituyen a sí mismos desde el punto de vista del otro. En función de una relación particular con el proceso discursivo, cada discurso prescribe ciertas identidades sociales situando a los sujetos como actores sociales o miembros de un grupo social. Todas estas inscripciones identitarias producen una diferencia material en la medida en que el modo en el que cada uno actúa en ciertas situaciones depende de la manera en la que esas situaciones son definidas.

Pêcheux (1978) agrega a esta perspectiva que tales lugares no responden a las condiciones objetivas de existencia de los sujetos sino que son representaciones construidas al interior de los procesos discursivos donde son puestos en juego. Por lo tanto, lo que funciona es una serie de formaciones imaginarias que construyen la imagen que ellos se hacen de su propio lugar y del otro. Esto habilita la representación de una misma situación desde muchas posiciones y el despliegue de estrategias discursivas por parte de los actores que, en su devenir, los transforman en tanto responden a los discursos que a ellos se dirigen. Esta mirada, que rompe con la referencialidad del lenguaje, asume al referente como un objeto imaginario. Se trata del punto de vista de un sujeto y no de la realidad física.

En este caso, el diario *Río Negro* se construyó como un enunciador para el cual defender las instituciones, las garantías de la libertad de prensa y la integración regional era una preocupación constante. Esto queda en completa evidencia durante el período abordado ya que aquello que podía ser una amenaza para alguna de estas tres preocupaciones era digno de cuestionamientos y de convertirse en alteridad.

En relación a la defensa de las instituciones, es importante señalar una actitud contradictoria: “cuestionaba la represión policial pero también la ‘ruptura de la paz social’ y muchas veces terminaba alivianando la violencia estatal –cuando no justificándola- en función de la existencia de una contra-violencia en manos de algunos sectores de la sociedad” (Scatizza, 2005: 82). En este sentido, por ejemplo, es posible leer frases como “la policía atenta para reprimir cualquier movimiento sospechoso”; “incidentes muy serios que obligaron a repetidas intervenciones policiales”. En ambos casos, la fórmula era la misma: si bien la represión era cuestionable, pareciera transformarse en aceptable cuando respondía a la provocación de los manifestantes. Porque para este medio nada justificaría el uso de la violencia por parte de la sociedad, más allá de la legitimidad que posea o no el gobierno de turno. Por ello, cuando el periódico relataba las acciones desarrolladas por funcionarios del gobierno utilizaba frases como “funcionarios que se hicieron presentes”, “grupos de policías que llegaban desde otras localidades”. Las acciones estaban descritas como si formaran parte de los procedimientos habituales: presentarse, llegar. En cambio, cuando se trataba de retratar lo que los “*otros*” hacían recurría a frases como “irrumper violentamente”, “intimar al interventor con violencia”, “hacerse cargo violentamente de la situación”, “encaramarse en el techo”, “copar el edificio”, entre otras. Ya hemos señalado los cambios en los repertorios utilizados para referirse a quienes protagonizaron los acontecimientos.

El valor que le atribuía a la institucionalidad también se cristalizó en la posición asumida en relación con la destitución de Salto.

“El reemplazo de los comisionados debe ser un acto normal en estos momentos de cambio en las esferas provinciales (...) Es indudable que ningún comisionado puede, sin incurrir en lamentable error, pretender mantener en el cargo desde una posición de fuerza ni convertir a su ciudad en un feudo por el ejercicio irrestricto del poder en un período excesivo de mandato” (*Río Negro*, 8/09/69).

Estos argumentos explican por qué para el diario era admisible querer “quitarse de encima al doctor Salto” (5/10/69) u ofrecer “consejos para eliminarlo” (7/09/69). Al respecto, Scatizza destaca “la debilidad que subyace en la creencia del diario cuando en su discurso antepone el respeto a las instituciones frente a la movilización popular, toda vez que esas instituciones fueron producto del golpe militar” (2005: 93-94).

Por otro lado, en cuanto a la promoción de la unidad regional, es posible sostener que, para el periódico, quien atentara contra ella se convertía en una amenaza. Nuevamente, el doctor Salto aparecía en el banquillo de los acusados dado que su rechazo a la construcción del camino -porque defendía los intereses comunales, entre otros motivos- era entendido como una acción en pos de alentar la desintegración provincial.

En este sentido, para el *Río Negro*, Salto era un comisionado demagogo que levantaba la bandera de los intereses cipoleños y pretendía perpetuarse en el poder. Y, como se aprecia, eso era considerado como un atentado contra la promoción regional patagónica, esencial para el desarrollo económico:

“Todo cuanto permita promover la unidad regional, descartando localismos agresivos, contribuirá al afianzamiento de los verdaderos intereses sociales de la comunidad” (*Río Negro*, 27/08/69).

A su vez, en sus diferentes relatos, este enunciador convocaba distintas voces provenientes, sobre todo, de dos ámbitos: la comunidad cipoleña y el Estado.

De Cipolletti, fundamentalmente, le asignaba espacio en sus páginas a la palabra de los referentes comunales (o de las “fuerzas vivas” o “fuerzas económicamente activas”, como también los llamaban); la Cámara de Industria y Comercio; el Concejo Asesor; algunos funcionarios del comisionado y Salto.

Si bien, “los vecinos de Cipolletti” era un sujeto colectivo reconocido en sus relatos, en tanto tal, no tenía voz propia, como si no hubiese tenido capacidad de autonominarse. Lo mismo ocurría con los sindicatos y con quienes protagonizaban las manifestaciones (aunque, por supuesto, eran actores sociales que formaban parte de sus narrativas). Desde su perspectiva, Aufgang sostiene que en Cipolletti “el ser ‘vecino’ definía a un propietario concreto y particular” (1989: 50). En cambio, para el diario los propietarios estaban dentro del universo de “las fuerzas vivas o las fuerzas económicamente activas”. Los vecinos eran todos aquellos que no podían ser nombrados como referentes pero tampoco como exaltados o revoltosos.

Consideración aparte merecen los sectores populares. Había crónicas que describían la presencia de carteles donde figuraba la palabra “pueblo” o transcribían comunicados firmados o dirigidos al “pueblo” de Cipolletti. Sin embargo, para este enunciador el pueblo era una categoría negada porque para él no había pueblo en las calles. Sólo en la crónica que narraba el recibimiento a Salto en el aeropuerto aparecían mencionados los obreros:

“En los galpones de empaque importantes hubo una total paralización de los trabajos cotidianos. En la mayoría, los obreros no asistieron al trabajo espontáneamente y en otros casos, la misma patronal había adherido a la paralización de actividades. (...) Personas, funcionarios, amigos, colaboradores inmediatos y personas de condición humilde” (*Río Negro*, 6/09/69).

Pero entonces, ¿quiénes eran estos obreros?, ¿a quiénes se refería con los términos “personas de condición humilde” si no eran personas, funcionarios, amigos ni colaboradores?

En este punto es importante señalar el amplio campo semántico que el diario desplegaba alrededor de su concepción de la alteridad. Se trataba de un “otro” que podía nombrarse de diversos modos: “grupos organizados de adolescentes, armados con bastones y otros elementos contundentes”, “exaltados”, “grupos aparentemente organizados”, “grupos perfectamente organizados que de ninguna manera pueden identificarse con la tradicional cultura de la población”, “revoltosos”, “francotiradores”, “incendiaros”, “manifestantes”, “los malos de Cipolletti”. Ellos no eran “vecinos”, “gente”, “personas”, ni “público”. Esta última categoría merece una especial atención ya que prescribe la existencia de un show o un espectáculo donde, en general, el público es el espectador.

Esto confirma la observación de Mumby, para quien la narración de los acontecimientos presupone conocimientos y creencias de los que realizan las coberturas que, a la vez, legitiman o cuestionan, como en este caso, el conocimiento, las identidades, las actitudes y las ideologías del o los grupos afectados. Ello contribuye a la reproducción de las percepciones acerca de ese grupo (1997 [1993]: 164). También era parte de esta operación el empleo de conceptos y términos provenientes del mundo bélico. Tal es así que llegó a definir el conflicto como “una guerra fría entre los cipoleños y los grupos represivos” (16/09/69: 11).

“Si toda lucha social implica un conflicto, entonces puede pensarse, con de Certeau (1995, 1999), que por lo que se lucha es por las categorías, por el significado de esas categorías y su valoración y por los marcos dentro de los cuales hacen sentido estas categorías. Probablemente allí se encuentre la resistencia: en la persistencia de pensar en términos de otro campo de interlocución, uno en el cual la representación del ‘otro’ no se agote en la mera visibilidad sino que haga posible, también, la toma de

la palabra” (en Rodríguez, 2004: 15). Ese debió ser el desafío de los sujetos que participaron del Cipolletazo y se leían en las páginas del matutino.

Por otro lado, en relación al Estado, las voces representadas eran las de instituciones de nivel municipal, provincial (el gobierno y la policía, especialmente) y nacional (al gobierno y al Ejército se le atribuía un valor sustancial, por ejemplo) o, en ciertos casos, las de determinadas figuras.

De Salto y su equipo ya he explicado cómo lo concebía. En cuanto al resto, es interesante señalar que mantenía una conducta pendular porque criticaba la lentitud de algunas gestiones, la incapacidad para tomar decisiones acertadas y conducir un proceso pero, también, veía con buenos ojos las intervenciones de la policía o de los funcionarios, por nombrar a algunos, cuando se trataba de recomponer el *statu quo*. La editorial del 17 de octubre -la última en la que se refirió al Cipolletazo- resulta ilustrativa porque en ella cuestionaba a todos los actores que eran parte del conflicto, muchos como miembros del Estado:

“Nada sería más erróneo que considerar superados los factores profundos que determinaron aquel insólito estallido de violencia, sin advertir con objetividad que el problema puede responder a condiciones falentes que en cualquier momento, en ése o en otros lugares de la provincia, se pueden volver a crear las mismas insólitas derivaciones vividas en aquella población.

Se puede objetar que es difícil que un gobierno reitere la suma de errores que cometió el del ingeniero Figueroa Bunge en el breve período de su gestión, pero en la desproporción entre los factores irritativos creados desde el gobierno y la insospechada reacción, hay un largo proceso de erosión que se remonta a gobiernos anteriores y que tuvo en el período del gobernador Lanari una época particularmente desfavorable a la unidad provincial. Porque en el fondo del problema de los localismos, subyace la realidad de un proceso de desintegración provincial, de falta de unidad en los objetivos comunes y de conciencia provincial, que se ha agudizado particularmente en los últimos años por la indiferencia oficial respecto de cuestiones menudas que, como la Fiesta de la Manzana, han sido una simiente permanente de agravios y suspicacias recíprocas, alentadas por la demagogia de algunos comisionados y el ‘dejar hacer’ del gobierno provincial, que ha asistido con indiferencia a las querellas entre los municipios sin encausar orgánicamente la política provincial.

... La disolución de los partidos políticos ha contribuido al aislamiento de las comunidades y el surgimiento de nuevos líderes locales, reclutados en general en organizaciones empresariales de relativa representabilidad y escasa visión provincialista. (...) Los hechos de Cipolletti constituyen una demostración más de la incompatibilidad de la realidad social y política del país con un sistema de gobierno donde, además de estar ausente la consulta popular, no existen canales reales de comunicación entre un pueblo que quiere decidir sobre sus destinos y un gobierno que niega en los hechos la participación que pregoná” (*Río Negro*, 17/10/69: 10)

Es que, tal como explica Scatizza, este periódico combinó permanentemente su aliento a la implementación de acciones liberales que generaran en el país –y en especial en la región- un mayor desarrollo económico y social de la sociedad a la que pertenecía, con la condena de todas aquellas acciones que atentaban contra el *statu quo* de ese entonces. Fueran éstas protagonizadas por mendigos, “revoltosos” o por “rebeldes comunistas”: tanto los unos como los otros eran potenciales subversivos del

“orden” existente, y su existencia atentaba directamente contra la reproducción del sistema que el diario *Río Negro* se esmeró en apuntalar (2005: 52 y 53).

2.4 La lucha por hegemonizar sentidos

Dentro de la lucha por la imposición de sentidos -cuyos esfuerzos siempre son políticos-, también es función de los marcos evaluar las oportunidades políticas para llevar adelante un acto herético, hecho que suele desencadenar desacuerdos internos sobre las estrategias a seguir y los convierte en un espacio potencialmente apto para la controversia (lo que explica y permite comprender la convivencia de distintas miradas). Esto sucede tanto al interior del movimiento como entre los protagonistas de la acción en relación con el resto de la sociedad. “Los movimientos sociales, sus líderes y participantes ocupan posiciones diferenciadas en la estructura social. Por lo tanto, buscan los repertorios y marcos interpretativos que, estando a su disposición, sean compatibles con las capacidades, orientaciones y estilos de los grupos de los que se componen” (Zald 1999 [1996]: 378). Mientras tanto, quienes están por fuera realizan lo mismo: evalúan y buscan repertorios. En este sentido, el *Río Negro* no fue la excepción.

En general, los grupos poseen diversidad de marcos cognitivos que compiten entre sí por imponer un sentido, pretensión que -debido al exceso de significaciones que es constitutivo de la sociedad- jamás puede ser satisfecha.

Hegemonizar significa llenar un vacío existente, imponer un sentido, ganar la batalla en la lucha por ejercer el dominio de la acentuación sígnica (Voloshinov, 1976). Es que, paradójicamente, ese vacío resulta imposible de ser significado. No obstante, dado que reclama su ocupación siempre hay significantes que ostentan ese lugar, aunque sea fallidamente. Se trata de los puntos nodales (Laclau y Mouffe, 1995) que tienen como finalidad fijar ciertos significados como puntos discursivos privilegiados, aunque sólo sea transitoriamente.

Para que este proceso de articulación de sentidos se produzca es necesaria la existencia de significantes flotantes, es decir, de significantes que han perdido su fijación a un determinado sentido, que han sufrido una dislocación entre significante y significado y que, por ello, gozan de un vacío. Esta condición de ausencia de ataduras es la que abre la posibilidad de la existencia de un terreno de lucha por hegemonizar sentidos. Por su parte, el flotamiento requiere que el término flotante se articule diferencialmente a cadenas discursivas opuestas y que dentro de estas cadenas discursivas funcione no sólo como componente diferencial sino también como equivalencial respecto de los otros elementos de la cadena. Los puntos nodales son

momentos dentro de las cadenas significantes en los que las narrativas intentan detener el flujo de las diferencias y constituir un centro. Esto, a su vez, evidencia el dinamismo y la labilidad del proceso de establecimiento de puntos nodales que está siempre abierto a la impugnación y al cambio.

Tal como explican Laclau y Mouffe, un significante vacío “sólo puede surgir si la significación está habitada por una imposibilidad estructural y si esta imposibilidad sólo puede significarse a sí misma como interrupción (subversión, distorsión, etc.) de la estructura del signo” (1995: 70). El vaciamiento de un significante de aquello que lo liga a un significado diferencial y particular es lo que hace posible la emergencia de significantes vacíos como significantes de una falta, de una totalidad ausente. Por esta razón, el ser del sistema social, que es representado a través de significantes vacíos, es constitutivamente inalcanzable. Dado que toda formación discursiva es parte de una totalidad cuya imposibilidad de sutura es inherente a su existencia también todo sistema significativo arrastra dicha imposibilidad.

Aquello que constituye la condición de posibilidad de un sistema significativo –sus límites- es también su condición de imposibilidad –un bloqueo en la expansión continua del proceso de significación.

Si bien a lo largo del período analizado no aparece el término Cipolletazo (ni por parte del diario, del gobierno o de los protagonistas), considero que, aún así, la construcción de los hechos ocurridos en Cipolletti en septiembre de 1969 es una idea o representación nodal que puso en movimiento una cadena de asociaciones connotativas pero también permitió cierto anclaje. Lo interesante es que concebir de este modo a los acontecimientos nos permite abordar las disputas por hegemonizar el significado en las que el diario jugó abiertamente. Es justamente esta condición representacional la que habilitó al periódico -28 años después- a sostener que pudo tratarse de un hito, un hecho o una anécdota (en el marco de la historia regional) sin aclarar en qué categoría suscribe los sucesos, a pesar de que los protagonistas lo consideren uno de los hechos históricos más importantes ocurridos en la ciudad. Sin duda, para el *Río Negro* no fue así. Incluso cada año, al cumplirse un nuevo aniversario, las únicas palabras publicadas al respecto fueron las solicitadas de los seguidores de Salto. Ocurre lo mismo que durante septiembre del '69 cuando sus voces aparecían –básicamente- a través de sus propios comunicados de prensa.

Esta condición de flotabilidad, también le permitió al diario concebir los hechos en sus crónicas y noticias informativas bajo una mirada que tendía a despojarlos de su inherente carga política, mostrándolos sólo como una acción colectiva en rechazo a la decisión del gobierno provincial de destituir al comisionado. Si bien, es una obviedad que se trataba de un hecho político dado que involucraba una decisión política, el

modo de contarlos a partir de la abundancia de anécdotas (como si esa fuese la información relevante), por ejemplo, hacía perder de vista las tensiones y disputas reales que estaban en juego. Únicamente en las transcripciones textuales de los comunicados de los referentes cipoleños había explicaciones, por ejemplo, sobre por qué defendían la permanencia de Salto:

“...intérprete y representante de los intereses de la comunidad a la vez que celoso ejecutor de los objetivos de la Revolución Argentina y cuenta con la simpatía de su vecindario” (*Río Negro*, 13/09/69).

No obstante, está clara la distancia entre el enunciador, quien no se identificaba con esa posición, y el relato. Es que los medios, en un intento de despolitizar las acciones de protesta y restarles fuerza, construyen sus narrativas negando el proceso de producción de la acción e ignorando de esa manera algunas dimensiones, como por ejemplo, las que se relacionan con las disputas de significaciones sociales y los retos simbólicos. Para Bourdieu (1988), los sectores dominantes hacen todo lo posible por anular la política generando un discurso político despolitizado impregnado de la simplicidad y la transparencia del sentido común. Esto es, justamente, la operación que activaba el diario: neutralizaba, impugnaba y pretendía restaurar el estado de inocencia originario de la doxa²⁸. Este reduccionismo político propio de las narrativas periodísticas subestima las dimensiones sociales y culturales de la acción colectiva. El resultado puede ser “una miopía de lo visible que centra su atención en los aspectos mensurables de la acción colectiva e ignora la producción de nuevos códigos culturales” (Melucci, 1994: 165), por ejemplo. Si bien el *Río Negro* comentaba algunas de las estrategias espontáneas de lucha desarrolladas por distintos grupos -cerrar los comercios para no venderle comida ni bebida a la policía o tirar bolsas con gatos frente a los perros entrenados con el sólo propósito de enloquecerlos, por nombrar algunas-, no veía en ello un acto de resistencia y lucha política en el que se expresaran retos simbólicos sino sólo un hecho anecdótico propio de una nota de color.

Una vez más, es necesario retomar, con Scatizza, una contradicción existente entre sus modos de contar las noticias y el de manifestar sus opiniones. Es que “para el *Río Negro* la opinión quedaba plasmada, en forma expresa, en sus editoriales y columnas (con y sin firma), y de manera tácita y sutil, en sus relatos informativos” (2005: 44). Esto le permitía, justamente, poner en práctica un doble discurso entre sus artículos informativos y editoriales. Mientras en los primeros abundaban las objetivaciones

28 Ya hemos analizado que en el caso de la provincia de Río Negro, al menos en el contexto de este conflicto, este diario era un medio en el que los sectores dominantes tenían gran espacio para expresarse.

mitificantes sobre los sujetos manifestantes, en los segundos se dedicaba a criticar la represión, por ejemplo.

En este punto, es necesario volver a la idea de condición de flotabilidad dado que ella nos permite afirmar que para los discursos informativos el Cipolletazo se trató de un “conflicto institucional”, un “problema planteado por la intervención en la comuna” (22/09/69); de “desórdenes” (30/06/69); de “un insólito estallido de violencia” (17/10/69) que comenzó “cuando el gobierno de Río Negro decretó la intervención a la comuna” (20/09/69). En cambio, en las editoriales y en las notas de opinión (escasas en relación a la magnitud de la cobertura en general), los argumentos que se esgrimían eran que el gobierno detentaba la facultad de remover comisionados y, por lo tanto, había que aceptarlo, así como también que Salto era un promotor del localismo y eso contribuía a la ruptura de la integración regional. Y, como dijimos, preservar la institucionalidad para el *Río Negro* era un valor inquebrantable. En un mensaje dirigido a la comunidad (a través de la radio) Salto definió a los acontecimientos como un movimiento popular. Para el diario no existió tal cosa (ni hubo movimiento ni hubo pueblo que lo acompañara).

Hasta aquí es posible observar cómo el término Cipolletazo articula diferencialmente a cadenas discursivas opuestas ya que, según el marco interpretativo desde el que se lo conciba, puede ser interpretado como una acción colectiva amenazante para el orden institucional establecido o, todo lo contrario, como una reivindicación de los intereses locales. Incluso, esto se extendió al interior del propio diario, de manera que pudo ser enunciado –descontextualizadamente- como desorden o estallido insólito de violencia, por nombrar algunos de los modos elegidos, y luego en sus editoriales y columnas de opinión, expresar el sentido político de los hechos. “Lo que históricamente es visto como un levantamiento popular en defensa de un proyecto de gobierno que beneficiaba a un importante sector de la sociedad cipoleña, para el *Río Negro* de fines del '60 fue atentado contra las instituciones establecidas” (Scatizza, 2005: 93-94). Porque para el matutino si lo que “correspondía” era el recambio periódico de los comisionados municipales, aquello que lo impidiese, por fuera de los márgenes de la ley, sería considerado un elemento subversivo del orden existente.

En este mismo sentido, es interesante detenernos en la serie en la que el diario inscribió al Cipolletazo a partir del diseño de las notas. Aunque en sus artículos no estableció relación con otros hechos de protesta contemporáneos -es más, en uno de ellos aclaró que si bien coincidió con otros sus significaciones diferían-, hubo notas sobre el Cipolletazo en la página 24²⁹ junto a otras sobre movimientos de protesta en

29 En el período analizado en la página 24 generalmente se publicaron notas sobre huelgas, manifestaciones, paros, protestas, etc. ocurridas en otros puntos del país o del mundo.

Rosario, Córdoba, La Plata, etc.. En el período estudiado el diario no estaba organizado por secciones y las notas comenzaban en una página y continuaban en otra que, generalmente, no coincidía con la inmediatamente siguiente. A pesar de que no había un orden lógico aparente no es posible atribuir al azar el modo de mostrar la información. Esto ocurrió el 11, 13, 15, 16, 17 y 18 de septiembre, lo cual coincidió con los días de mayor efervescencia política y social.

Está claro que no existe neutralidad por parte de ningún medio de comunicación en el proceso de creación de los marcos cognitivos (Zald 1999 [1996]: 382), lo cual se manifiesta, por ejemplo, en la elección de los discursos e imágenes empleadas para mostrar la importancia e intensidad de los temas debatidos. Además, existen diferencias en su habilidad para cubrir la información, generar respuestas emocionales, dramatizar los sucesos, centrar la atención sobre determinados temas y descuidar otros, distribuir la información en sus páginas, diseñar la presentación, etc..

Otra de las estrategias del diario tenía que ver con el diseño de la tapa. “Salvo esporádicas excepciones, el mayor porcentaje del espacio de tapa estaba ocupado con temas nacionales e internacionales, los cuales incluso se desarrollaban allí mismo, mientras que a los regionales se les dedicaba un espacio reducido, pocas veces ‘abrían’ el diario y generalmente se presentaban sólo con el título” (Scatizza, 2005: 36). No obstante, durante el período analizado en 12 ocasiones fueron publicadas en la tapa notas referidas directamente a los acontecimientos de Cipolletti mientras que en cuatro oportunidades apareció información referida indirectamente como, por ejemplo, las declaraciones de Figueroa Bunge en relación a los comisionados rionegrinos, la asunción de Requeijo, etc..

“Políticamente, las noticias que más gravitaban en el diario eran las ‘nacionales’, ya que las ‘regionales’ versaban generalmente de temas que tenían más que ver con las problemáticas típicas de las localidades de la zona. Salvo los ‘grandes temas’ a los que le preocupaba el diario –como los referidos a la capitalidad de la provincia- que sí tenían un amplio desarrollo informativo, la sensación que produce leer sus páginas es que no había conflictos en la región” (Scatizza, 2005: 41). Sin embargo, como hemos visto, frente al Cipolletazo no pudo hacerse el distraído. Ya a fines de agosto difundió versiones no confirmadas acerca del recambio de todos los comisionados y del supuesto ofrecimiento del cargo a otro vecino de Cipolletti. No obstante, la cobertura intensa de los acontecimientos comenzó recién el 13 de septiembre. Hasta entonces, sólo se publicaron algunos comunicados de prensa del gobierno, de Salto y de quienes apoyaban su gestión. Es que los hechos vinculados a la ruptura de la

institucionalidad y, por lo tanto, a su correspondiente reestablecimiento fueron los que parecen haber prevalecido durante esos días como criterios de noticiabilidad. Las renuncias, remociones y asunciones tenían un lugar privilegiado en la agenda.

Durante el ongiato, explica Scatizza (2005), el *Río Negro* registraba escasa conflictividad social en la región, en comparación con la información que ofrecía sobre lo que sucedía en Córdoba, Santa Fe o Corrientes. Prácticamente, no había noticias sobre manifestaciones importantes ni represiones a sus protagonistas. No obstante, hubo dos acontecimientos que transformaron a la región en noticia nacional e internacional, y e hicieron que pasara a formar parte de la crisis institucional por la que atravesaba la Revolución Argentina desde el levantamiento cordobés de mayo del '69: el Cipolletazo y las huelgas obreras de El Chocón de diciembre de 1969 y febrero de 1970.

2.5 Otros recursos enunciativos

Otro recurso que el diario utilizó para configurarse como enunciador y definir al resto de los actores sociales fue el uso de las fuentes. Para este medio era primordial construir un discurso polifónico pero, como ello no era posible, debía mostrar un escenario en el que –al menos en apariencia- todos los actores sociales del sistema pudiesen tener espacio. Lo cierto es que, como ya hemos visto, hubo sujetos que tuvieron presencia en sus narrativas pero ello no se materializó en la posibilidad de tomar la palabra.

Asimismo, “se notaba un claro interés por demostrar que el horizonte del periodismo era la ‘verdad’, lo que ‘realmente pasó’ y por ello, ni las agencias en sus crónicas ni el diario en sus transcripciones osaban alterar el curso de lo acontecido” (Scatizza, 2005: 42). Esto puede observarse durante el desarrollo del Cipolletazo cada vez que transcribía los comunicados de prensa tal cual los originales, abundaba en detalles descriptivos que poco valor agregaban a la información o informaba la hora de los acontecimientos con precisión, por ejemplo, “5 y 18 de la madrugada”.

La difusión textual de los comunicados, al parecer, creaba una sensación de transparencia en la cobertura de los hechos que reforzaba para sí mismo su carácter de voz imparcial y objetiva. Sin embargo, lo interesante es ver la distancia o cercanía que establecía con los relatos en sus propias notas de distintos géneros (informativas, crónicas, editoriales o columnas de opinión). Se podía apropiarse de algunas posiciones planteadas en los comunicados del gobierno provincial pero marcaba una rotunda alteridad con, por ejemplo, todo lo que provenía de “grupos perfectamente organizados

que de ninguna manera pueden identificarse con la tradicional cultura de la población (por Cipolletti)”.

Por otro lado, Scatizza explica que “el diario se valía mucho de las fuentes oficiales, y no contrastaba en un mismo artículo con otra versión de los hechos. Como si la consigna generalizada hubiera sido: ‘Si lo dicen las fuentes oficiales, así debe ser’. (...) Y si la fuente oficial lo decía no había por qué ponerlo en duda” (2005: 43).

En muchas ocasiones en las que la fuente era desconocida, poco confiable o no era posible revelarla el diario presentaba la información haciéndose eco de “rumores” o “versiones que circulaban”. Este recurso era muy utilizado, sobre todo, para difundir información que podía tener gran impacto en la comunidad. Y, en el contexto del Cipolletazo, por ejemplo, en algunos momentos provocó el estado de alerta entre los vecinos.

2.6 Según pasan los años.....

Como hemos visto, los acontecimientos ocurridos en Cipolletti durante septiembre de 1969 tuvieron una amplia presencia en las páginas del *Río Negro* mientras transcurrieron. Sin embargo, parecería que para el matutino no fueron hechos que merecieron el recuerdo. Podría afirmar que su presencia durante esos días fue directamente proporcional a la ausencia que caracterizó los años venideros. Ya no formaron parte de su agenda.

Tal es así que el 12 de septiembre de 1970, al cumplirse el primer aniversario, la única mención que apareció fue una solicitada -firmada por los sujetos participantes- en la que reivindicaron estos hechos como “el pronunciamiento cívico que conmovió al país”, como un momento en el que “el pueblo convocado por sí mismo dictó una clase brillante y magistral de democracia” (*Río Negro*, 12/0970: 15). La misma historia se repitió en 1971 y 1972 cuando lo que publicó fueron únicamente recuadros anunciando los actos en homenaje a Julio Dante Salto, organizados por sus seguidores. A partir de entonces, no hubo más presencia del Cipolletazo en sus páginas. Pareciera que la mejor manera de olvidarlo fue borrarlo de la agenda, aunque sea de la propia.

Sin embargo, resulta muy ilustrativo (por lo contradictorio) las palabras que publicó el diario el 2 de abril de 1971 luego del fallecimiento, dos días antes, de Julio Dante Salto. Se trató de una extensa columna en la que, sobre todo, enalteció su figura y sus obras realizadas. En relación al tema convocante expresó:

“Si a los hombres públicos hay que juzgarlos por sus obras, es indudable que supo imprimir a su gestión al frente de la comuna cipoleña un especial dinamismo (...) Su nombre ha de quedar ligado a un acontecimiento de innegable repercusión, el

'cipolletazo', un producto rotundo de su ductilidad política del cual fue no sólo el destinatario ostensible de la manifestación popular, sino su verdadero artífice y creador" (*Río Negro*, 2/04/71).

Por única vez, el Cipolletazo fue definido como un acontecimiento de innegable repercusión. Sin embargo, es necesario volver sobre una idea aquí manifiesta: la ductilidad política de estos hechos. Ello, ahora en palabras del propio diario, remite nuevamente al concepto de representación nodal. A mi criterio es, justamente, esa condición la que habilita esta construcción -contradictoria- que hizo el diario de los hechos.

Es más, en 1997 cuando publicó la colección de fascículos a través de la cual reconstruyó la historia del siglo XX en la región, el país y el mundo, destinó un recuadro dedicado al Cipolletazo. Se trataba de un apartado (bajo el título "Hitos, hechos y anécdotas que jalonaron la región") que estaba junto a otros textos: "El Barilochazo", "El puente de Conesa completa el mapa de la integración", "La eterna polémica de la "b" de Paso Córdoba", "La tradicional Fiesta de la Manzana", "El fenómeno de Ceferino Namuncurá", "Un fragmento de la historia regional rescatado en Europa", entre otros. En cambio, en el capítulo 8, dedicado a la década del '60, los temas que se abordaron fueron: "Aparecen industrias básicas", "Idevi y el desvío de sus objetivos", "Los '60 o el mundo está loco, loco", "Medio Oriente entra en acción", "Cipolletti le sacó el jugo a las represas", Illia, una alternativa democrática débil", "Onganía y los bastones largos", "Vietnam se grabó a fuego en una generación", "La energía genera nuevos horizontes para Cipolletti", "El Cordobazo", "La cruzada Lanusse-Aramburu", "La Luna es del hombre".

Llama la atención que, habiendo sido definido como un acontecimiento de innegable repercusión que, además, tuvo una fuerte presencia (hecho que no era habitual) en sus páginas (incluso al punto de ocupar en reiteradas oportunidades espacio en las tapas), haya ido a parar a un anexo y no fuese parte de los sucesos más relevantes de la década del '60. Como si fuera poco, el título "¿Hitos, hechos o anécdotas?" da cuenta de la contradicción inherente que caracterizó siempre al *Río Negro* en relación a este tema.

CAPITULO 3

EL CIPOLLETAZO DESDE LA MIRADA DEL TIEMPO

“La memoria es algo que llevamos en el corazón. Lo peor que nos podría suceder es olvidar. (...) Es el cáncer del ser, de su identidad. Después de eso no hay nada: no más fervor, no más curiosidad, no más memoria”.
Elie Wiesel

3.1 Primeras consideraciones

En el primer capítulo me dediqué a reconstruir el relato sobre el Cipolletazo contrastando las perspectivas de los testimonios recogidos y las narrativas que el diario *Río Negro* ofreció en 1969 y con el transcurrir de los años. A lo largo de sus páginas pudimos acercarnos, fundamentalmente, a los contenidos de esos discursos.

En el capítulo siguiente analicé la forma del relato del *Río Negro*, tratando de ensayar razones y/o circunstancias que expliquen los resultados encontrados.

En esa misma línea, este apartado ha estado dedicado a indagar sobre el modo en el que se han configurado el recuerdo y el olvido en los relatos de los actores sociales entrevistados, partiendo de la premisa que uno implica necesariamente la existencia del otro. El análisis tiene como eje las formas que asumieron esos relatos y representaciones y los posibles motivos que acompañan y sostienen esos procesos.

El punto de interés está puesto en la dimensión de la memoria colectiva, tal como la entiende De Romilly³⁰, ya que concebimos la memoria como una construcción en la que intervienen diversas operaciones simultáneas: selección, olvido, imaginación, deseos, narrativas, prácticas, silencios, gestos, saberes, emociones, huecos, fracturas (Gómez, 2000; Jelin, 2002) y ello no puede ser el resultado de un proceso individual.

Entiendo que el presente es el punto de partida para abordar este acontecimiento que ocurrió hace ya casi 40 años. Ello exige retomar la idea de marco cognitivo desarrollado en el capítulo anterior para intentar comprender las conexiones de sentidos establecidas entre el pasado y el presente y desde qué perspectivas han sido realizadas porque no existen memorias neutrales sino formas diferentes de articular lo vivido con el presente. La disputa por imponer marcos de interpretación del mundo se cristaliza en prácticas, es decir, en acciones que impactan sobre la cotidianeidad. En este caso: recuerdos, olvidos, apropiaciones de la palabra, silencios.

30 “La relación entre la memoria y la historia puede entenderse en dos planos distintos: el de la memoria individual, que es la primera fuente, muy imperfecta, del conocimiento histórico, y el de la memoria colectiva, infinitamente valiosa, que representa la suma de los hechos conocidos con mayor o menor exactitud” (De Romilly, 2007 [1999]: 43).

Siguiendo la propuesta de Calveiro, reconozco la necesidad de “historizar los procesos y recuperar las memorias, comprenderlos en sus conexiones y sentidos más profundos a la luz de las urgencias del presente. Comprender pasado y presente desde su propio sentido y desde allí rastrear las mutaciones y las réplicas” (2006: 381).

Otra consideración que articula este análisis es que la relación entre la memoria y el olvido está enmarcada en una disputa por el poder, es decir, asumiendo la existencia de memorias hegemónicas y disidentes (Zambrano, 2000). Esta perspectiva permite pensar quién y en qué circunstancias de sujeción, dominación y control ha decidido qué y cómo se recuerda y/o olvida, por ejemplo. ¿Cuáles han sido las operaciones puestas en juego en el caso del Cipolletazo? ¿Cómo se configuró ese escenario?³¹ Es que, “más allá de un contenido fijo, trascendente e inmutable, lo que compromete la relación memoria-olvido es el enfrentamiento entre historias hegemónicas e historias disidentes. Las tácticas y movidas específicas de las historias disidentes se encaminan por senderos divergentes porque lo que está en juego es la vida, la persistencia y el futuro de los sujetos subordinados, cruzados por múltiples sistemas de desigualdad y diferencia” (Zambrano, 2000: 20).

El poder de las palabras no es intrínseco a ellas sino que es el producto de una construcción social y su poder radica, justamente, en la autoridad que representan y en los procesos ligados a las instituciones que las legitiman. “La memoria como construcción social narrativa implica el estudio de las propiedades de quien narra, de la institución que le otorga o niega poder y lo/a autoriza a pronunciar palabras, ya que, como señala Bourdieu, la eficacia del discurso performativo es proporcional a la autoridad de quien lo enuncia” (Jelin, 2002: 35).

Esta mirada reclama, entonces, pensar acerca de las políticas de memoria y olvido que se han implementado, en este caso, en los escenarios provincial y local para poder comprender en qué contextos se han configurado esas memorias disidentes y hegemónicas y cómo han operado en el marco del Cipolletazo. Es que sabemos, junto a Calveiro, que “pueden haber memorias acalladas y que, sin embargo, permanezcan e irrumpen de maneras imprevisibles, indirectas o que pueden haber actos abiertos de memoria como ejercicio intencional, que se orienten por el deseo básico de comprensión o de justicia. Se trata en estos casos de una decisión consciente de no olvidar, como demanda ética y de resistencia a los relatos cómodos” (2006: 377). Por

31 De todas maneras, indagar acerca de quién y en qué circunstancias ha decidido a lo largo de los años qué y cómo se recuerda y/o olvida el Cipolletazo no es tarea sencilla (y ello excede enormemente la pretensión de este trabajo) ya que exige desarmar, entre otras cosas, el complejo entramado de sentidos que se ha ido construyendo, sedimentado y resignificando durante el transcurso de casi cuatro décadas.

lo tanto, lo que se pretende es indagar sobre las estrategias puestas en juego desde una y otra perspectiva.

Pensar en las presencias, ausencias, rupturas, silencios, acentos también permite analizar el modo en el que los sujetos legitiman el presente desde la experiencia pasada, ya sea propia o transmitida. En ese entramado confluyen elementos que habilitan a cada uno a comprender que lo que es hoy es producto de lo que fue ayer porque sin memoria no hay sujeto histórico. Al respecto, Pollak afirma que “la memoria proporciona a la identidad el sentido de continuidad y coherencia de una persona o de un grupo en su reconstrucción de sí mismo” (en Jelin, 2002: 25). Por su parte, Dri agrega: “Es como la raíz que estuvo al principio y que sigue alimentando al árbol” (1996: 21).

3.2 Memorias disidentes y hegemónicas

Hablar de memorias disidentes y hegemónicas implica, necesariamente, referirse a un escenario conformado por grupos dominantes y dominados, cuyas historias hayan sido elaboradas en esos mismos términos. Ambos tipos de memorias, en tanto prácticas, encarnan en voces, narraciones, textos, imágenes, objetos, acciones y silencios que se despliegan en espacios de confluencia y confrontación, de dominación y subordinación, de lucha e hibridación entre agrupaciones inter e intrasociales diversas y dispares (Gnecco y Zambrano, 2000: 11). Es que como dijimos, en general, al interior de las sociedades los grupos poseen diversidad de marcos cognitivos que compiten entre sí por imponer un sentido, es decir, una mirada desde donde comprender la realidad: el pasado, el presente y el futuro. No obstante, esta pretensión -debido al exceso de significaciones- jamás puede ser satisfecha y siempre está en disputa.

La memoria colectiva no es la suma de las memorias individuales que cada uno atesora sino aquellas experiencias y percepciones que se han ido sedimentando a través de los años y que se alimentan de la multiplicidad de relatos que surgen de las diversas apreciaciones de un mismo acontecimiento. Es necesario respetar las memorias plurales y renunciar al intento de reducirlas forzosamente a una memoria única que no de cuenta de la diversidad ni permita su reconstrucción. Además, es cualidad de la memoria trascender la marca de lo vivido y asignarle a ello uno o varios sentidos para convertir así una experiencia única e intransferible en algo transmisible y comunicable. Son procesos de construcción de sentidos que suponen la presencia de distintos actores sociales y las disputas y negociaciones de sentidos del pasado en escenarios diversos.

Por ello, abordar el análisis desde la perspectiva de las memorias hegemónicas y disidentes puede iluminar la comprensión de lo ocurrido con el Cipolletazo ya que, en un primer acercamiento, estos hechos parecieran estar cubiertos de un halo de olvido o silencio, fundamentalmente, en los registros de la historia oficial. Sin embargo, la recuperación de las voces de los protagonistas y testigos de aquellos días (algunos más allegados que otros a Salto) ha permitido vislumbrar que el escenario de la historia regional y provincial está configurado por una matriz de memorias hegemónicas y disidentes, que se disputan el relato del recuerdo de aquellos acontecimientos casi cuatro décadas después, procurando imponerse unas sobre otras.

Para sostener que los relatos sobre el Cipolletazo se entrelazan en el campo de la memoria disidente es necesario ubicarlos dentro del marco de la historia provincial porque en el contexto local las disputas son y han sido otras. Allí también se extiende esa lucha pero es en el contexto rionegrino donde adquiere su mayor expresión. Tal como se indicó en el primer capítulo, la provincia de Río Negro estuvo históricamente dominada política y económicamente por el binomio General Roca – Viedma, lo cual permite comprender por qué esta historia de Cipolletti no ha formado parte del relato oficial. El desarrollo y crecimiento de esta ciudad (especialmente a partir de mediados de la década del '60) así como la emergencia de los acontecimientos de septiembre del '69 demostraron fracturas en ese esquema político, económico y social que tan bien había funcionado hasta ese momento. No obstante, era necesario solaparlas para que esa acción colectiva no se instalara como modelo de otras comunidades. Aquí podemos observar cómo la dominación política implica la definición de la historia y de la memoria, que se expresa en la imposición de versiones particulares y parciales como universales y comunes, en la oclusión, exclusión y silenciamiento del sentido vivido del pasado de los grupos subordinados (Zambrano, 2000).

Posiblemente, durante los primeros años posteriores al Cipolletazo la vigencia de regímenes dictatoriales haya sido suficiente para contribuir a la construcción de un relato de la historia regional en el que estos hechos estuviesen ausentes. Lo que resta saber (y ello puede inspirar trabajos futuros) es cuáles fueron las operaciones que intervinieron luego de la llegada de la democracia.

El optimismo que rodea la posición, ya señalada, de algunos sujetos que consideran que, a pesar de la destitución de Salto, el Cipolletazo fue un acontecimiento que valió la pena vivir porque sirvió para confirmar la fuerza de un pueblo que reaccionó frente a una decisión con la cual no estaba de acuerdo y, además, para que los vecinos de Cipolletti sugirieran la terna de candidatos para reemplazarlo, puede ser comprendido en el marco del enfrentamiento que

históricamente ha existido entre las ciudades de General Roca y Cipolletti. Se trata de una construcción desde la perspectiva de la memoria disidente. Es que, de otro modo, resulta complejo entender tal postura ya que no sólo Salto desapareció definitivamente de la escena política sino que, además, no hubo continuidad en el proceso de desarrollo del cual él había sido su principal impulsor.

Esto podría pensarse como un ejemplo del modo en el que la memoria social ha sido domesticada desde la perspectiva disidente ya que, pese a la diversidad de grados de compromiso y participación en los hechos por parte de los actores, hay una tendencia a concebirlos en términos de hecho histórico sin igual.

No obstante, también surge con claridad cómo recordamos lo que la memoria hegemónica quiere que recordemos y del modo en el que quiere que lo hagamos. No es un dato menor que gran parte de la memoria del Cipolletazo haya sido construida a lo largo de las décadas alrededor de anécdotas. Esa forma de construir los relatos ha descomplejizado la discusión y, en consecuencia, despolitizado los acontecimientos, a pesar de su inherente carga política. El conflicto parecería reducirse a un enfrentamiento personal del gobierno provincial con el comisionado de Cipolletti, Julio Dante Salto. La forma en la que lo cuentan, da la sensación de haber sido el resultado o la respuesta a un capricho autoritario de un funcionario. Pero, ¿qué intereses estaban en discusión? ¿A quién representaba Salto? ¿A quién defendía la gestión provincial? Para estos interrogantes las respuestas de los sujetos son confusas y poco precisas. Pocos, quizás sólo aquellos que luego continuaron vinculados a la militancia política, pueden dar cuenta del marco en el que estaba inserta la ciudad y las disputas políticas y económicas en juego.

En general, los entrevistados recuerdan que el diario *Río Negro* estaba en contra del Cipolletazo y que desde sus páginas reproducía y alentaba las decisiones del gobierno provincial. Para ellos, el sólo hecho de ser un matutino de General Roca lo volvía opositor a los intereses de Cipolletti. Esto, que a simple vista podría encuadrarse en la disputa entre localidades, no puede pasar desapercibido ya que en este proceso, como he señalado, tuvo gran influencia y participación, no sólo como único medio de comunicación del Alto Valle sino como actor político y social.

Para poder comprender la significación y la relevancia de los sentidos históricos, políticos o no, es necesario enmarcarlos en el contexto ya que es allí donde se manifiesta la tensión entre la hegemonía y la insubordinación. “Así, esta doble perspectiva desemboca, aunque por distintos caminos, en el examen de los contextos de dominación de las voces hegemónicas y de insubordinación de las voces históricas disidentes” (Zambrano, 2000: 13).

Asimismo, este entramado de sentidos da cuenta que tanto para las perspectivas hegemónicas como para las disidentes la tradición se inventa: es selectiva, intencionada y moral. La historia domestica políticamente la memoria social estableciendo relaciones de continuidad temporal por fuera de requerimientos de contigüidad y causalidad. De todas maneras, ello no implica que los efectos de poder de una y otra perspectiva tengan la misma fuerza (Gnecco, 2000).

3.3 Políticas de memoria y políticas de olvido

El abordaje de las memorias disidentes y hegemónicas exige pensar cuáles son y han sido sus operaciones de construcción, es decir, cuáles han sido las políticas de memoria y de olvido implementadas por cada una de ellas.

Las políticas de olvido son aquellas a través de las cuales se persigue eliminar de la memoria colectiva determinados acontecimientos, implementando estrategias para ocultar y/o destruir pruebas y rastros. Como resultado de estos actos voluntarios, se vuelve difícil y, en ocasiones imposible, recuperar la memoria en el futuro (Jelin, 2002; Rousso, 2007 [1999]).

Por el contrario, las políticas de memoria son aquellas acciones que tienen como finalidad aportar activamente a los procesos de transformación simbólica y de elaboración de sentidos del pasado. En general, en el plano colectivo, es necesario recurrir a las políticas de memoria para tratar de superar las repeticiones, los olvidos y los abusos políticos; tomar distancia y, al mismo tiempo, promover el debate y la reflexión activa sobre ese pasado y su sentido para el presente y el futuro.

Si bien los sujetos entrevistados no distinguen entre las acciones llevadas a cabo por las autoridades provinciales o municipales en cuanto a la promoción de la memoria del Cipolletazo, no tienen presente que se hayan desarrollado medidas destinadas a reflexionar sobre ese pasado (sin importar quién fuese su impulsor). En su lugar, sostienen que no se hizo nada al respecto.

De todas maneras, en el ámbito local algunos pocos recuerdan la construcción de un mausoleo para Salto ubicado en el cementerio local. Sin embargo, son concientes, también, que muy pocos habitantes de la ciudad conocen su existencia y, mucho menos, su sentido. Entonces, quizás no sea equivocado afirmar que esta obra no tuvo grandes repercusiones sobre la construcción de la memoria ni como aporte para instalar la discusión. Así lo confirma Elsa Travaglini:

“Con el paso de los años, el Cipolletazo no fue muy recordado. Por motivos políticos.... Los medios por ahí se acuerdan de la fecha pero nunca más. Yo creí que cuando se construyó el mausoleo después de eso se iba a continuar pero no...”.

Parecería que toda la acción se agotara en la edificación de un monumento. No obstante, su mera existencia no lo vuelve necesariamente el soporte de una política de la memoria si no es acompañado por otras definiciones y voluntades, también, políticas. Es que, en palabras de Calveiro “la memoria articula pasado, presente y futuro pero no necesariamente constituye una práctica resistente. En realidad, según cómo se acople la memoria del pasado a los desafíos del presente, se estará construyendo un relato que puede ser resistente o funcional al poder” (2006: 379). La presencia de huellas del pasado en distintos tipos de soportes no garantiza su evocación. Para que ello ocurra es necesario que sean activadas por los sujetos, es decir, que estén acompañadas por acciones orientadas a dar sentido al pasado, interpretándolo y trayéndolo al escenario del drama presente. Con el mausoleo no hubo tal cosa, ni siquiera se trabajó para que los cipoleños sepan acerca de él. Así, resulta funcional al poder: ni tensiona el relato de la memoria colectiva, ni cuestiona las incongruencias ni denuncia el silencio. El desafío, no cumplido en este caso, debe ser lo que plantea Dri (1996), rememorar las luchas del pasado como un arquetipo (un modelo, un referente) cuyo plus de significación debe ser realizado en el presente.

Por otro lado, en la mayoría de los relatos el olvido pareciera subsumirse o confundirse en el desconocimiento. Ello permite afirmar que una política de olvido (aunque muchas veces no sea percibida como tal por los propios actores) ha sido no fomentar el estudio y la investigación, es decir, el conocimiento de lo sucedido en el Alto Valle durante la primavera del '69. En esto, no es posible atribuirle toda la responsabilidad a las gestiones provinciales (uno de los lugares privilegiados donde se elabora la historia oficial de Río Negro) dado que a nivel local tampoco han habido estrategias eficaces que contribuyan a la construcción de la memoria disidente. La omisión, la inacción, la ausencia de difusión de la propia historia, la falta de promoción del recuerdo, la poca –y a veces nula- producción de conocimiento sobre el tema, la descomplejización del relato; son mecanismos que han propiciado el olvido.

Al respecto, Perrot sostiene que, en general, el silencio de la historia rodea la vida de los vencidos y olvidarlos es una forma de negarlos, de robarles sentido porque “lo que no se cuenta no existe. Lo que nunca ha sido el objeto de un relato, de una historia, no existe” (2007 [1999]: 61). En el esquema actual de la política de Río Negro, la disputa de poder en el Alto Valle sigue vigente. Por lo tanto, olvidar el Cipolletazo u otorgarle un lugar marginal dentro de los anaqueles de la historia provincial es una estrategia de dominación necesaria en la lucha contemporánea de poderes. No debemos perder de vista que desde la perspectiva dominante la historia del dominado

sólo debe ser la hegemónica. De lo contrario, se constituye un sujeto capaz de cuestionar y revelarse frente a la situación de dominación (Dri, 1996).

Es que, desde la perspectiva de los sectores dominantes, el Cipolletazo expresó reivindicaciones que sólo aportaron a desestabilizar el esquema de poder. Por ello mismo, es necesario insistir en que el silenciamiento de las voces disidentes es una política de domesticación que aparece con reiteración de la mano de la falta de estrategias de los sectores disidentes que promuevan la palabra alrededor de estos acontecimientos. Esto puede ser un factor más para pensar, también, las razones por las cuales en Cipolletti pocos hablan del Cipolletazo. Los testimonios surgen de esa porción de la población que como testigo o partícipe fue parte de los hechos. Sin embargo, las generaciones más jóvenes desconocen en qué consistió. Las palabras de Elsa Travaglini son ilustrativas porque para ella, *“lo hicieron desaparecer”*:

“Los jóvenes conocen poco lo que sucedió porque se habló durante dos meses y después lo hicieron desaparecer. No se siguió hablando en las escuelas. No ha habido otro. No entiendo por qué no se incorporó a la historia de la ciudad. Algo hubo pero no sé qué. Con los militares se entiende pero después con la llegada de la democracia debería haber surgido de otro modo”.

Los sujetos ni siquiera tienen registro de la realización de rituales que tuviesen o tenga como propósito preservar la memoria de aquellos días. Los homenajes se han limitado a la construcción del mausoleo, la denominación de una calle con el nombre de Julio Dante Salto, el nombramiento de un plan de viviendas como Barrio 12 de Septiembre y la organización de actos de conmemoración de algunos aniversarios (especialmente los primeros). Esto grafica el vacío de prácticas de resistencia generado desde la perspectiva disidente que termina resultando funcional al poder. Frente a ello, la demanda de algunos entrevistados no se hace esperar:

“Hay desconocimiento. Creo que los pueblos tienen una gran tendencia al olvido. Les pasa a todos. No tenemos la costumbre de escuchar a los más viejos para que nos cuenten las tradiciones, esas historias que se pasan de boca en boca. Todos los pueblos tienen ese problema y Cipolletti no es la excepción. Las fiestas tradicionales de los pueblos son un momento de encuentro entre las generaciones que sirve para sostener las historias locales y regionales” (Miguel Ángel Barcos).

Aquí se expresa la necesidad (en tanto ausencia) de generar rituales o momentos de encuentro donde la memoria colectiva se materialice y, al mismo tiempo, se reactualice para propiciar su continuidad y apropiación por parte de las generaciones más jóvenes.

Por otro lado, llaman especial atención aquellas cuestiones sobre las que se ha generado un halo de silencio y los entrevistados evitan opinar y/o prefieren no hablar cuando se les pregunta específicamente. Por ejemplo, un tema que provoca esta reacción es cuando se indaga sobre lo ocurrido con Salto después del Cipolletazo, sus últimos meses vividos en soledad, la *“traición”* de su círculo íntimo (tal como lo

plantean algunos). Aquí es posible sostener, con Ricoeur (2007 [1999]), que no se pueden asumir todas las memorias, la capacidad de recordar aplica una especie de operación selectiva y, como ocurre en este caso, el olvido, la omisión o el silencio emergen como posibilidades de cicatrización. Según este autor, esto podría definirse como un olvido evasivo dado que refleja un intento de no recordar lo que puede herir y su contracara es el silencio. Para él, muchos de estos silencios pueden ser impuestos por temor a la represión en regímenes dictatoriales de diverso tipo. Sin embargo, en el caso de los silencios sobre memorias disidentes no sólo se dan en relación a un Estado dominante, sino también en relaciones entre grupos sociales, tal como sucede en este caso. Hay voluntad de silencio, de no contar o transmitir para cuidar a los otros, como expresión del deseo de no herir ni contagiar sufrimientos (en Jelin, 2002).

Así lo sugiere Julio Rodolfo Salto cuando intenta explicar por qué Salto terminó sus días rodeado sólo por su familia. Para él es preferible dar vuelta la página y pensar en un error histórico donde las responsabilidades no tienen nombre propio:

“Empieza a correr la habilidad política del General Requeijo que tiene instrucciones de aceptar a todos menos a Salto. Yo creo que se cumplió la instrucción del gobierno nacional en la acción política del General Requeijo y en la complicidad de determinados sectores de la dirigencia de Cipolletti que aceptó ese *statu quo*.

Hay mucha gente viva y otros que fallecieron que uno no les podía.... Decir quiénes estaban supone definir culpables. Creo que hubo un error histórico de un momento exacto donde se cometió un error y no se puede dar nombres”.

Como podemos observar, las narrativas socialmente aceptadas, los encuadramientos sociales y las censuras dejan su impronta, tanto en los procesos de negociación como en los permisos y en los silencios, en lo que se puede y no se puede decir, en la distancia entre narrativas y discursos públicos. Sobre todas estas formas de olvido es importante tener en cuenta, parafraseando a Jelin, que el olvido es la presencia de una ausencia, la representación de algo que estaba y ya no está, que ha sido borrada, silenciada o negada. Por ello, siempre está cargado de sentidos y su existencia no puede ser más que el resultado de operaciones y mecanismos políticos (2002: 27).

Concebir las memorias como hegemónicas y disidentes y, al interior de cada una, tratar de indagar acerca de sus políticas de olvido y de memoria implica también preguntarse por los modos de transmisión de los relatos, de las presencias pero también de las ausencias.

Hemos visto que, en tanto memoria disidente, el relato del Cipolletazo no ha formado parte –ni históricamente ni tampoco hoy- de la historia oficial. Por ello, podríamos afirmar que la transmisión generacional ha jugado un papel relevante en la construcción de los recuerdos. Esto demuestra que “la lucha de los grupos

subordinados contra el poder hegemónico es, en buena medida, la lucha de sus memorias sociales contra el olvido forzado” (Zambrano, 2000: 17). En un contexto donde la transmisión generacional³² ha sido esencial para incorporar las vivencias de aquellos días a las experiencias del presente, es fundamental tener en cuenta las estrategias utilizadas en ese proceso porque de ellas depende que el pasado se condense o se expanda.

Esto reclama pensar la experiencia y/o la memoria en su dimensión intersubjetiva porque ella es una representación del pasado construida como conocimiento cultural compartido por generaciones sucesivas y por diversos/as otros/as (Jelin, 2002). En este proceso es interesante retomar una vez más el concepto de marco interpretativo dado que, en tanto construcción cultural, colectiva y dinámica, nos permite comprender desde dónde han sido elaboradas las representaciones, cómo se han constituido los sujetos y cuáles han sido y continúan siendo los sentidos en disputa.

En sus testimonios, María Emilia Salto, Elsa Travaglini y Eda Ginnobili expresan que la transmisión social de las experiencias fue un pilar en cada una de ellas para la reconstrucción de los acontecimientos dado que, por distintas circunstancias no estuvieron en el momento del desarrollo de los hechos. María Emilia sostiene: “Cuando llegué me fui enterando”; Elsa, relata lo que le contaron y Eda, recuerda “la interpretación que se hizo de los hechos...”. Lo interesante de estos tres testimonios es que muestran cómo, a pesar de no haber estado allí, los sujetos se han convertido en testigos de aquellos días generando historias y miradas a partir los relatos ajenos. El nivel de apropiación es tan intenso que alcanza un punto en el que les implica un esfuerzo distinguir entre lo vivido, lo recordado y lo que saben porque se lo contaron o lo leyeron. Queda pendiente indagar acerca de los mecanismos de esa transmisión.

Rémond explica que son frecuentes las distancias entre la memoria individual y la colectiva (privada e institucional, en palabras de esta autora). Las razones que ella sugiere son diversas. En ocasiones, los protagonistas de una acción colectiva no se reconocen a sí mismos en la imagen recreada por historiadores de una generación posterior, sobre la base de archivos y documentos. Otro problema es el desfase, inevitable quizás, entre el grado de avance alcanzado por la investigación y las necesidades de la enseñanza, que -por estar dirigida a una población joven y/o adolescente- está obligada a hacer simplificaciones que descomplejizan la historia. A estos desencuentros se agrega un tercer modo que es el más potente y eficaz de todos: el que efectúan los medios de comunicación. “Son verdaderos intermediarios entre la memoria erudita y el conocimiento vulgar, al igual que entre las distintas

32 Especialmente a través de la tradición oral porque han sido muy escasos los documentos escritos generados al respecto.

generaciones. (...) Este tercer modo está sujeto a exigencias imperativas y elementales. Por razones de espacio y de tiempo, le es imposible entrar en la complejidad de los hechos, con lo cual está expuesta a caer en el simplismo” (2007 [1999]: 71-72). A estas restricciones también debemos incorporar la línea editorial que define, entre otras cosas, qué puede ser contado, cómo y de qué fuentes valerse³³.

Pero, insisto, el alcance del efecto de los medios no se limita al modo de la cobertura sino que, en muchos casos, son ellos los que otorgan visibilidad a un acontecimiento y pueden generar interés o desmotivarlo, en la medida en que contribuyen o entorpecen su difusión. Son ellos los que estructuran y organizan la presencia del pasado en todos los ámbitos de la vida contemporánea (Jelin, 2002)

Esta perspectiva fundamenta, a su vez, -un dato que no resulta menor- por qué los entrevistados atribuyen responsabilidad tanto a la acción como a la inacción de los medios de comunicación, especialmente, del diario *Río Negro* y de los dirigentes políticos que no han trabajado –o al menos así es percibido- para promover el recuerdo ni para profundizar el conocimiento y el debate sobre lo ocurrido. Por momentos, el relato hegemónico construido parecería contentarse con repetir lugares comunes, con propagar ideas generalmente admitidas. Por ello, la autora se pregunta si el verdadero desafío “¿no sería, quizás, más que la lucha contra el olvido, combatir las simplificaciones y las falsificaciones interesadas que proliferan como la mala hierba?” (Rémond, 2007 [1999]: 72).

3.4 En la lucha por el presente se construye el pasado

La memoria no es todo pasado. Si bien recordar es traer a la memoria algo que pertenece a un tiempo anterior, esas presencias latentes se nutren siempre de las representaciones y preocupaciones del presente porque son relatos contruidos en el aquí y ahora. “Constituye toda esa parte del pasado que sigue viviendo en nosotros, sea gracias a la experiencia directa, vivida, o bien como el fruto de una transmisión familiar, social o política” (Rousso, 2007 [1999]: 87). Porque las vivencias individuales sólo se transforman en experiencias con sentido en la interacción con discursos culturales.

La memoria es una construcción en la que intervienen los hechos pasados, pero también las percepciones presentes cargadas de imaginación, deseos, sueños, fantasías, frustraciones, experiencias, prácticas y representaciones. Por ello, es

³³ En el mismo sentido, “Martín Barbero señala que la transformación del acontecimiento en suceso desarrollado en el proceso de la noticia implica ‘el vaciado de espesor histórico’ que sufre el acontecimiento ‘y su llenado, su carga de sensacionalidad y espectacularidad’ (1987:60), principios, estos últimos, de la lógica masiva y comercial que rige a la prensa masiva” (Rodríguez, 2004: 10-11).

imposible pensar en los recuerdos y reflexiones de los sujetos sin hacerlo desde sus categorías actuales y sin asumir que el valor no está en reconstruir exactamente los hechos tal cual sucedieron sino en tratar de descubrir los sentidos que allí emergen (Portelli, 1991). No podemos abordar la memoria en términos de verdades o errores porque ello niega la posibilidad de contemplar los desplazamientos y las condensaciones de sentidos e incluso develar en qué puntos están focalizados los intereses.

Esta perspectiva requiere, una vez más, volver sobre el concepto de marcos cognitivos ya que si toda experiencia nunca es directa y, por ende, está mediada es necesario repensar la supuesta distancia y diferencia entre los procesos del recuerdo y olvido individuales y los procesos socioculturales compartidos por la mediación de mecanismos de transmisión y apropiación simbólica, entre otros³⁴. Aún aquellos que vivieron el acontecimiento deben, para poder transformarlo en experiencia, encontrar las palabras, asignar sentidos compartidos, ubicarse en un marco cultural que haga posible la comunicación y la transmisión. Además, este marco no sólo permite y garantiza la comunicación sino que interviene en las lecturas que cada sujeto hace del pasado. Es que, como sostiene Swidler, “la cultura como herramienta nos ofrece una estructura que nos permite reflexionar sobre el aprendizaje institucional y los procesos de bricolaje a través de los cuales los distintos elementos de un stock cultural se recombinan para crear modelos específicos o ejemplos de lo que es la conducta socialmente definida” (en Zald, 1999: 376). Por esta razón, por ejemplo, los sujetos entrevistados son capaces de encontrar en el Cipolletazo más elementos positivos que negativos aún cuando, en términos objetivos, no se haya conseguido lo que se perseguía. Quizás, ello pueda deberse a que, en general, a nadie le gusta sentirse parte de un proyecto fracasado. Ante eso suele ser mejor hallar razones que justifiquen su intervención. Otra situación opuesta pero también ilustrativa de los mecanismos de legitimación del presente desde los hechos pasados puede verse cuando algunos entrevistados citan proyectos de Salto que con el tiempo se concretaron. Parecería una manera de demostrar que no estaban errados cuando confiaban y defendían la gestión de ese comisionado tan cuestionado desde las altas esferas del poder político.

34 En este punto es interesante señalar que en ocasiones esta distinción entre memoria colectiva e individual no es tan clara para los sujetos involucrados. Por ejemplo, tanto Ricardo Diojtar como Néstor García en determinados momentos de sus entrevistas, detienen sus relatos y afirman: “A partir de aquí comienza mi historia”. Parecería haber una ruptura entre la propia experiencia y el relato construido colectivamente; entre la instancia subjetiva e intersubjetiva. Como si esas experiencias que aportan a la memoria colectiva estuviesen desarticuladas de las biografías personales y los sujetos no pudiesen comprender que ellas están traspasadas por experiencias, muchas veces, ajenas.

Asimismo, este bagaje cultural del cual disponen los sujetos, es el que habilita ciertas miradas y no otras sobre el pasado³⁵, el que despliega el repertorio de términos y conceptos con el cual se piensa en esa experiencia, el que establece relaciones y conexiones entre hechos que, tal vez, desde otras perspectivas, serían imposibles. La existencia de acciones colectivas de mayores dimensiones que pueden servir de modelo a los movimientos más nuevos o más pequeños, por ejemplo, forma parte de este andamiaje. Tomando esto como ejemplo, podríamos pensar en posibles razones por las cuales muchos sujetos comparan el Cipolletazo con el Cordobazo, a pesar de señalar que fueron distintos. Es notable cómo esta asociación (que sólo puede ubicarse del lado del deseo porque así lo demuestran las condiciones objetivas) pareciera permitir construir ese carácter épico que todo el tiempo se está procurando destacar. Como si eso permitiese incorporar este hecho al esquema de protestas de impacto nacional y así cobrara mayor relevancia, aunque su valor se deba a otros factores históricos.

Por otro lado, algunos otros elementos que intervienen en los procesos enmarcadores son las estrategias enmarcadoras que seleccionan los grupos; las disputas entre los sectores que desean imponer su mirada sobre el resto de los sujetos que participan de la acción colectiva; y el impacto cultural que el movimiento puede tener a partir de la modificación de elementos culturales que constituyen su razón de ser. Este último factor ha sido importante en el caso del Cipolletazo ya que a pesar de los resultados, muchos sujetos están convencidos que sirvió para definir una personalidad de la comunidad y ello implica -necesariamente- la configuración y reconfiguración de la matriz cultural sobre la que desplegaron las acciones y la propia identidad.

El proceso de conformación de marcos es histórico y social, lo que exige que su análisis sea abordado contextualmente porque, tal como postula Voloshinov, “cada época y cada grupo social tiene su repertorio de las formas discursivas de la comunicación ideológica real. A cada grupo de formas homogéneas (que, a su vez, están determinadas por las relaciones de producción y por la formación político social), es decir, a cada género discursivo concreto, le corresponde su conjunto de temas” (1976: 46). En la misma dirección, Pêcheux señala que “en cada época de la sociedad existe un específico y limitado círculo de temas expuestos a la atención de la sociedad y en los que esta atención suele depositar un acento valorativo” (1978: 47). Sólo este grupo de temas puede manifestarse en signo (en tanto signo de una época) pero,

³⁵ Es, justamente, en esa articulación precisa, y no en una u otra lectura del pasado, donde reside la carga política que se le asigna a la memoria (Calveiro, 2006).

siempre que involucre, aunque sea parcialmente, las bases de la existencia material del grupo comprometido.

Pensándolo desde esta perspectiva, no es casual que los sujetos se refieran al Cipolletazo empleando categorías y repertorios propios, sobre todo, de las décadas '60 y '70, aunque esas lecturas se disparen siempre desde el presente. En primer lugar, una categoría que surge con mucha fuerza y se reitera en la mayoría de los entrevistados es *el pueblo* como protagonista de aquellos días. El pueblo como un significativo capaz de articular y condensar distintos campos semánticos. Para los sujetos participantes el pueblo encarnó a toda la comunidad: los propietarios, los comerciantes, los referentes barriales, los sectores populares, los estudiantes, etc. Aquí aparece como sinónimo de otro significativo que también tuvo el mismo destino: Cipolletti, en tanto bloque de sectores. Asimismo, en ocasiones (pocas) se lo emplea para referir únicamente a los sectores populares.

Otra conexión inevitable que se plantea en los relatos es, como ya lo señaláramos, la comparación con el Cordobazo y el Rosariazo. En todos los casos, saben que tuvieron características distintas, sin embargo, no pueden escapar de la asociación. En este mismo sentido, otro de los términos que se repite es el de *revolución*. Para Néstor García, “cuando Salto hizo la revolución social en la ciudad lo quisieron sacar”; para Julio Rodolfo Salto, el gobierno nacional sintió que Salto estaba “revolucionando el país, después del Cordobazo y antes del Rosariazo”. Por su parte, Abraham Tomé define al Cipolletazo como “una rebelión contra el poder, como el Cordobazo”. Nuevamente, no es casual que para referirse a una de las décadas más efervescentes de la historia nacional utilicen esos términos. Ello le ofrece mayor investidura a los acontecimientos pero también demuestra el modo en el que determinados temas se manifiestan en signo según el momento histórico.

Prácticas, rituales, experiencias colectivas que se entrecruzan y se enredan para construir esa compleja matriz de sentidos sociales que es la memoria y permitir que el pasado se perciba de una manera particular, inextricablemente ligada a la forma en que se perciben el presente y el futuro. Por esta razón, la significación de la memoria social es flotante, casi idiosincrásica (Gnecco, 2000). Por ello, es posible que, en función de los contextos, las percepciones y los recuerdos cambien. Es un proceso que ocurre en simultáneo con la modificación de los marcos interpretativos, cuya condición intrínseca es el dinamismo y la reactualización constante.

Por otro lado, es interesante analizar qué otras operaciones se han puesto en juego desde la perspectiva disidente en la construcción de la memoria del Cipolletazo. Lo que surge es que, en general, a partir de diversos modos todas contribuyen a “inventar” la tradición, a elaborar ese mito movilizador que legitime el presente a partir

de los hechos del pasado. Así, identificar los eventos que los entrevistados señalan como importantes, los que aparecen en sus relatos bajo el manto de la hipérbole, los que están más cerca de los deseos que de la realidad, las conexiones establecidas, puede orientarnos a hallar algunas respuestas.

En palabras de Gnecco, “para la historia (...) no cuenta la contigüidad, la causalidad y la linealidad de los eventos sino el sentido que se les otorga desde el presente y desde la imaginación del futuro. La continuidad (imaginada) con el pasado es esencial en la movilización política que la historia hace de la memoria social. Además, el pasado legitima el orden social contemporáneo y la movilización histórica de la memoria social legitima la acción y aglutina los colectivos sociales” (2000: 172).

La ruptura de la cronología, la presencia de desplazamientos y condensaciones, la emergencia de deseos y fantasías, la abundancia de anécdotas y la construcción de un carácter épico de los acontecimientos son las operaciones más recurrentes que contribuyen a elaborar un relato atravesado por un profundo deseo de trascendencia del Cipollettazo.

En algunos testimonios se percibe que, en ocasiones, hay una tendencia a alterar la ubicación temporal de ciertos hechos. Esto, que a simple vista podría ser considerado como un error o una confusión de los entrevistados, permite rastrear hacia dónde se realizan esos movimientos. Lo que aparece, entonces, es una ruptura de la cronología en pos de la epopeya. Los siguientes comentarios resultan ilustrativos:

“Yo estaba estudiando en Córdoba. Mi bautismo político fue el Cordobazo. Entonces, desde allá, yo lo puse rápidamente en el marco político. Estaba viviendo el Viborazo, la cola del Cordobazo. Yo estaba muy metida, fascinada” (María Emilia Salto).

No es casual que el desplazamiento se produzca hacia el Viborazo que ocurrió dos años después. Se trata de un hecho que tuvo impacto a nivel nacional y colocar al Cipollettazo en esa misma cadena le otorga, aún, mayor relevancia.

“El contexto del Cipollettazo está dado en el marco de un proceso que venía desarrollando Salto a nivel municipal y que el gobierno nacional llamaba Tiempo Social” (Julio Rodolfo Salto).

Lo mismo sucede en este caso en el que sostener que Salto estaba llevando adelante políticas que se enmarcaban en el Tiempo Social, lo convierten en un dirigente de vanguardia para su época.

En la misma línea, los desplazamientos y las condensaciones de sentidos nos permiten analizar dónde están puestos los acentos o con qué otros hechos se los asocia porque, tal como señala Portelli, “las causas deben ser buscadas no en el evento en sí mismo sino en el significado derivado del estado mental de los actores en ese momento, en la relación con los acontecimientos históricos asociados, en la

actividad de la memoria y la imaginación” (1991: 15)³⁶. Así, por ejemplo, Elsa Travaglini cuenta que cuando piensa en el día que asistió al aeropuerto para recibir a Salto se acuerda de las estampas del 25 de Mayo y comprende lo que deben sentir quienes van a la Plaza de Mayo. No es un dato menor que compare la concentración de gente que se produjo ese día con las históricas imágenes del 25 de Mayo ni con lo que sienten quienes se movilizan a la plaza más simbólica de la Argentina, un espacio que condensa multiplicidad de significaciones.

También, en otro momento frente a la pregunta si existen otros lugares y/o monumentos, además del mausoleo, que recuerden al Cipolletazo ella responde:

“No, pero me encantaría aunque sea que hubiese una placa en la plaza, como la que recuerda a las chicas del triple crimen³⁷”.

Nuevamente, no es casual que el deslizamiento se produzca hacia un hecho que ha calado hondo en la comunidad y que está muy vivo en la memoria colectiva. Lo que sus palabras parecieran reclamar es mayor trascendencia.

Otro ejemplo lo ofrece Julio Fernando Salto para quien el Cipolletazo supuso la renuncia de Figueroa Bunge, Bonacchi pero también del ministro del Interior de Nación. Esto trasluce la fantasía de un impacto político mayor al real.

También, frente a la preponderancia de anécdotas en los recuerdos surgen dos cuestiones interesantes para remarcar. Por un lado, que en muchos casos son la puerta de entrada para conocer la historia y eso, a los fines de la construcción de la memoria colectiva, igualmente resulta relevante. Y, por el otro, que son otro modo de aportar a la configuración de ese carácter épico. Incluso en aquellos casos en los que la creatividad popular parecería ser la protagonista, abona a construir la idea de un pueblo heroico, resistente, capaz de trasladar también al campo cultural la lucha política.

“Una rebelión pacífica, por ejemplo, fue tirarle bolsas con gatos a los perros de los policías que se enloquecían y los arrastraban.

En ese momento llegaron entre 300 y 400 policías a los que había que darle comida y alojamiento pero los comercios se negaban a venderle comida. Entonces, los jóvenes tiraban bebidas frente a ellos cuando los veían sedientos. Esa protesta desgastó a las fuerzas policiales.

Cuando los policías iban a comprar un paquete de galletitas, le pedían a cambio \$50.000. Una locura, pero la idea era no venderles” (Julio Fernando Salto).

“Ellos tenían un milico en cada esquina pero no sabían mucho qué hacer porque, sobre todo, tenían hambre. Entonces, a nosotros, los más jóvenes, nos preparaban unos sándwiches grandes de lomito y la consigna era darle un par de mordiscos en frente de ellos y luego tirarlos y pisarlos. Se hacían manifestaciones donde se pudiera” (Julio Rodolfo Salto).

36 La traducción es mía.

37 Este triple crimen se produjo el 9 de noviembre de 1997. Se trató del asesinato de dos hermanas y una amiga (las tres jóvenes) que habían salido a dar un paseo durante la tarde de ese domingo. Este acontecimiento conmovió a los cipoleños.

Por otro lado, hay una tendencia a recordar experiencias personales en las que el valor aparece ligado a “haber estado ahí” o “haberse animado”. En estos casos, los resultados son relatos teñidos de un gran contenido heroico.

“La gente no tenía miedo, estaba dispuesta a cualquier cosa. El asunto era que el doctor Salto no dejara de estar donde estaba”
(Elsa Travaglini).

No importaba lo que podía ocurrir porque todos estaban dispuestos a asumir las consecuencias, como sucede en los grandes hechos históricos.

“Yo defendí el Cipolletazo hasta que llegó un momento de mucho peligro que ya era irreversible (...) La policía estaba exaltada. Así que pedí la intervención del Ejército, que gozaba de la aceptación de la población, hasta apaciguar los ánimos y superar la situación” (Abraham Tomé).

Aquí, Tomé plantea que, desde su lugar de periodista, solicitó la intervención del Ejército. Parecería querer dar a entender que la asunción de Chretien es producto de su manifestación pública.

También, la utilización de la hipérbole contribuye a generar el mismo efecto: el deseo de otorgarle a los hechos una mayor trascendencia de la que realmente tuvieron. Como dice Portelli, una muerte no es una masacre pero la hipérbole prepara el paso de la noticia de la muerte de Luigi Trastulli a un acto épico (1991: 4). En nuestro caso, esto podemos verlo, por ejemplo, cuando Néstor García y Julio Rodolfo Salto dicen que en Cipolletti se había producido una revolución social o cuando algunos entrevistados insisten sobre el carácter democrático y participativo de la gestión participativa de Salto, tal como lo resalta Néstor García:

“No había democracia pero en Cipolletti se practicaba”.

Algo similar ocurre con la sentencia de Julio Rodolfo Salto “con la intervención comienza la política y se rompe el Cipolletazo”, como si el Cipolletazo podría haber durado para siempre. Esa expresión deja traslucir un deseo, un sueño, más que la posibilidad de una realidad.

Entonces, es dable afirmar que el empleo de estas operaciones confluye, en la mayoría de los casos, en la configuración de un espíritu épico con el cual legitimar el Cipolletazo pero, sobre todo, el presente a partir de ese pasado. Es importante sentirse orgulloso de haber sido parte de algo muy importante en la historia regional.

3.5 Memoria e identidad: una relación intrínseca

Hasta aquí, hemos demostrado que en la lucha por el presente se constituye el pasado porque es lo que permite legitimar lo que cada uno es y comprender las

razones. Porque reafirmar o desconocer el pasado es hacer lo mismo con el presente. La memoria se dispara desde las categorías actuales e implica un esfuerzo por construir los relatos propios que den cuenta no sólo de esa historia pasada sino del proceso de constitución de identidad que supone esa práctica. En este caso, desde la perspectiva de la memoria disidente, prácticamente no ha habido políticas de memoria claras orientadas a recuperar y fortalecer ese pasado. No obstante, en los significados que se configuraron alrededor del Cipolletazo y que surgen con mucha fuerza en los testimonios, es posible identificar elementos que hacen a la constitución de la identidad local, es decir, del ser cipoleño.

La supresión de la memoria anula la identidad dado que es, justamente, la memoria del pasado la que nos dice por qué somos los que somos. “El hombre se define por su memoria individual que está, a su vez, ligada a la memoria colectiva. La memoria se halla indisolublemente unida a la identidad, de manera que las dos se sustentan mutuamente. Olvidar a los muertos es matarlos de nuevo; es negar la vida que ellos vivieron, la esperanza que los sostenía, la fe que los animaba”, afirma Wiesel (2007 [1999]: 12).

Sostenida y atravesada por una compleja matriz de experiencias, percepciones e intereses, la memoria debe construirse y reconstruirse constantemente a partir de la historia, las disposiciones, el momento y el lugar. Es el principal espacio de conformación de la identidad ya que en tanto construcción social define identidades y puntos de referencias comunes para todos (Dussel, Finocchio, Gojman, 1997; Gnecco, 2000). Además, es el espacio desde donde disputar políticamente el relato de la historia oficial. Es en el campo de la memoria donde se produce la lucha por las categorías, es decir, por las representaciones sociales a través de las cuales se instituyen sentidos y, por lo tanto, el orden simbólico.

Partiendo de ello, una primera consideración que se debe señalar es que a pesar de la ausencia de estrategias definidas y de una política clara de memoria, se ha observado la presencia de elementos que permiten afirmar que ha habido un intento por construir el mito del Cipolletazo, estableciendo hitos, referentes pero, sobre todo, exaltando algunos acontecimientos frente a otros. Los desplazamientos, las condensaciones, las hipérboles y los relatos épicos son algunas de las operaciones inconscientes que sustentan estos procesos y explotan en los discursos orales. Se cueñan indisimulablemente en las voces de los sujetos y atiborran los sentidos producidos.

“Para fijar ciertos parámetros de identidad el sujeto selecciona ciertos hitos, ciertas memorias que lo ponen en relación con ‘otros’. Estos parámetros se convierten en marcos sociales para encuadrar las memorias” (Jelin, 2002: 25).

Tal como explica Grimson (1998), no existe ninguna esencia que defina un grupo ni una persona. La identidad se construye en un proceso en el que se ponen en juego tres dimensiones. En primer lugar, es relacional porque la definición de un “*nosotros*” supone también la de un “*ellos*”.

En función de esto, un elemento que se reitera es la definición del ser cipoleño, es decir, del “*nosotros*”. En los testimonios emergen dos rasgos fundamentales. Por un lado, hay una tendencia a definirlo a partir de la negación del ser roquense (el “*ellos*”³⁸). Es que defender los intereses cipoleños implica, necesariamente, oponerse a los roquenses. Tal vez, es por eso que ninguno de los entrevistados percibe o recuerda la oposición de Salto a la construcción del camino como una forma de pretender romper la integración regional (como se lo acusó desde el gobierno) sino como un modo de proteger los intereses locales, lo cual irritaba a los sectores hegemónicos de la provincia. Por otro lado, se trata de un pueblo honesto que se ha edificado sobre la base del trabajo y la voluntad y el Cipolletazo no es la excepción: se requirió esfuerzo y sacrificio para demostrar su valor inquebrantable.

“En Cipolletti todo se hizo por iniciativa de los vecinos: la biblioteca, la Cooperativa 12 de octubre, el colegio Manuel Belgrano, etc.” (Nora Ginnobili).

“Lo que recuerdo de aquellos años es que me encantó la dulzura del pueblo y el esfuerzo de la comunidad por llevar adelante proyectos como, por ejemplo, la biblioteca popular” (Miguel Ángel Barcos).

También, otra cuestión que aparece y contribuye a construir un “*nosotros*” amplio es considerar que el protagonista de los acontecimientos fue el pueblo o la comunidad de Cipolletti, y bajo estos significantes quedan cubiertos todos los sectores: desde los propietarios de tierras hasta los obreros de los galpones de empaque, por nombrar algunos.

Asimismo, este “*nosotros*” requiere un referente comunitario que se sostenga en el tiempo y ese lugar es ocupado en todos los relatos por Julio Dante Salto. Aunque ninguno lo exprese literalmente la mayoría exalta su figura y destaca sus cualidades. Es que Salto sintetiza una idea de ciudad en la cual se sentían contenidos, representados, identificados³⁹.

“Hace dos años (en el 2004) se empezó a trabajar en un proyecto que se llama *Cipolletti 100* y que consiste en una propuesta de 100 obras que deberían hacerse en cada una de las áreas. Es el resultado de un trabajo de dos años del que participamos 128 instituciones cipoleñas. El modo participativo de funcionar es una herencia de las formas utilizadas por el doctor Salto. Nosotros no inventamos nada” (Néstor García).

38 En este punto, es importante destacar que el “otro”, en el contexto del Cipolletazo, también estaba encarnado por los funcionarios del gobierno y todos aquellos que representaban el poder provincial y nacional y/o los intereses de General Roca.

39 De todas maneras, no es posible afirmar que Salto sea un referente reconocido ni asumido como tal por toda la comunidad. Es un fenómeno que surge entre los entrevistados.

Otro dato que surge con gran insistencia en los testimonios es el sentimiento de orgullo por haber sido parte de los acontecimientos de septiembre del '69 porque, a pesar de los resultados, para los sujetos se demostró que *Cipolletti no se deja avasallar*. Además, para la mayoría, estos hechos dejaron una fuerte impronta y mostraron que se trata de una comunidad que, como dice Marcelo Jaures, “consiguió tener su personalidad”. Es más, para Néstor García, Cipolletti “siempre ha sido la municipalidad mejor administrada de la provincia porque tiene un espejo donde mirarse, en aquella época”. El sentimiento, tanto por haber sido parte de un hecho histórico como por ser miembro de un pueblo que no se deja atropellar, fortalece el sentimiento de arraigo a la comunidad de Cipolletti. Aquí vemos cómo la memoria desempeña un papel altamente significativo, como mecanismo cultural para fortalecer el sentido de pertenencia a grupos o comunidades.

Por otro lado, la relación entre el binomio “*nosotros-otro*” es el resultado de sedimentaciones de un proceso histórico como una contingencia sujeta a transformaciones, lo cual demuestra que “el proyecto identitario es siempre inacabado, estratégico, coyuntural, es decir, histórico” (Gnecco, 2000: 174). Las propias nociones de pasado y presente son culturalmente variables e históricamente construidas y eso, lógicamente, tiene consecuencias sobre las identidades. Se trata de procesos fluidos, con límites cambiantes, con actores que se van formando y transformando, con escenarios y marcos interpretativos siempre en proceso de (re)construcción (Jelin, 2004).

Por último, tal como sostiene Grimson (1998), no existe identidad fuera de las relaciones de poder porque la producción de la diferencia es constitutiva de toda relación de desigualdad. A lo largo de este trabajo hemos podido ver que el Cipolletazo está atravesado por las relaciones desiguales de poder y, por ende, también la identidad del ser cipoleño que de allí emerge. La construcción de identidades es un proceso relacional y dinámico cuyos resultados afectan otro tipo de definiciones: objetivos, modos de actuar, evaluaciones, entre otras; que adoptan ese mismo carácter dinámico que la identidad.

Estamos frente a un proceso de lucha permanente en el que estas memorias disidentes resisten y disputan su lugar en el conjunto de las representaciones sociales, la mayoría de las veces construidas desde la perspectiva hegemónica (y en esto el diario *Río Negro* ha desempeñado un rol importante, por ejemplo). Por ello, es necesario retomar la propuesta de Vázquez: “Fundamentalmente, en el terreno simbólico radica la fuerza de la memoria en la construcción de identidades que buscan posicionarse políticamente” (2000: 327) Esto es, tomar la palabra, cobrar visibilidad, ocupar un lugar, exigir su consideración.

A MODO DE CONCLUSIONES

A partir del trabajo realizado quisiera plantear algunas consideraciones a modo de conclusiones que, de ninguna manera, pretenden ser una clausura del tema. Por el contrario, desde un inicio, he deseado que esto sea un punto de partida de futuras inquietudes.

En primer lugar, es importante señalar que nos hemos encontrado frente a relatos que, en el contexto político, social y económico del Alto Valle rionegrino, pertenecen a los campos de la memoria hegemónica, por un lado, y la memoria disidente, por el otro. Ello ha constituido un escenario complejo atravesado por tensiones y contradicciones de poder en el que la disputa es, fundamentalmente, política.

Desde un primer momento, el Cipolletazo se planteó⁴⁰ desde la historia oficial como un acontecimiento de insubordinación que no debía formar parte de los hechos memorables de la historia provincial, como efectivamente sucedió. Por esta razón, este fragmento de la historia de Cipolletti debió ser reconstruido, necesariamente, desde la perspectiva de la memoria disidente.

Entonces, la primera gran diferencia que surge en el cruce entre las narrativas del diario y de los entrevistados, es que para los sujetos el Cipolletazo fue uno de los hechos históricos más importantes ocurridos en la ciudad. En cambio, para el *Río Negro*, esto no fue así. Si bien hizo una intensa cobertura de los sucesos mientras transcurrieron (incluso fue una de las pocas ocasiones en las que publicó tanta información sobre una manifestación social local), luego los borró completamente de su agenda, lo que permite inferir que no le asignó esa envergadura histórica. La presencia en sus páginas del Cipolletazo mientras se desarrollaba fue directamente proporcional a la ausencia que marcó los años venideros, incluso a los inmediatamente posteriores. Para este periódico el conflicto culminó con el nombramiento del nuevo comisionado, Alfredo Chertudi y, por lo tanto, el reestablecimiento del *statu quo*. Más aún, las pocas notas publicadas luego del Cipolletazo coinciden con las fechas de sus aniversarios (hasta el tercero) y corresponden a las solicitadas publicadas por quienes participaron de los acontecimientos o a las noticias informando sobre los actos de homenaje.

Esta forma opuesta de concebir los hechos, exigió examinar las prácticas desarrolladas por una y otra perspectiva en términos de políticas de memoria y de olvido, lo que demostró, a su vez, que se encuadran en marcos cognitivos diferentes. Ellos son los que, entre otras cosas, habilitan ciertas miradas y no otras sobre el

40 Si bien no fue explícito, las prácticas implementadas dan cuenta de ello.

pasado; los que despliegan los repertorios de temas y categorías desde dónde abordarlas; los que establecen las conexiones, asociaciones y evocaciones. En otras palabras, los que contribuyen a la legitimación o no del presente desde el pasado a partir de la elaboración, entre otros elementos, de representaciones sociales que encarnan en prácticas como, por ejemplo, recuerdos, olvidos, evocaciones, relatos, imágenes. Cada uno de estos marcos provoca efectos de poder desiguales.

En este sentido, considero que la eliminación del Cipolletazo de la agenda del diario *Río Negro* es parte de una política de olvido definida desde los sectores hegemónicos que busca alimentar el silencio y/o el desconocimiento sobre este hecho histórico. Este silenciamiento de las voces disidentes, concebido como parte de una política de domesticación de los sectores de dominación, estuvo claramente acompañado por la ausencia de políticas efectivas de resistencia de los sectores disidentes.

Lo relevante de la estrategia implementada por el diario *Río Negro* se debe, entre otras razones, a que, como hemos visto junto a Rémond (2007 [1999]), los medios de comunicación son intermediarios vitales entre las generaciones, por lo tanto, la ausencia o presencia de un acontecimiento (en este caso) en sus páginas tiene un severo impacto sobre los sentidos constituidos. Ellos estructuran y organizan la presencia del pasado en todos los ámbitos de la vida contemporánea aportando los marcos interpretativos y las categorías que los individuos emplean para definir y organizar el orden de las cosas. En otros términos, producen efectos definiendo temas e instalándolos en la agenda de discusión así como también proporcionando las categorías con que esos problemas pueden ser pensados (Rodríguez, 2003). De aquí la importancia de pensar el modo en el que el periódico construyó el relato y el recuerdo del Cipolletazo y la intersección con las representaciones de los actores.

Desde sus inicios, este diario se convirtió en un actor político de peso dentro del escenario político regional, cuyo poder le permitía intervenir en las definiciones de nombres y cargos dentro de las gestiones provinciales. Por esta razón, al menos en el contexto del conflicto analizado, los sectores dominantes tenían gran espacio para expresarse, lo que lo posicionó muy próximo al discurso oficial.

Este medio defendía tres principios, para él, incuestionables: la integración regional, la promoción de los polos de desarrollo y el respeto de la institucionalidad (una institucionalidad que, además de ser contradictoria en sí misma -porque, por un lado, criticaba la represión por parte del Estado pero, por el otro, la “comprendía” cuando era una respuesta a la violencia generada desde distintos sectores de la sociedad-, se oponía a la que defendía la comunidad de Cipolletti. Para los cipoleños, y así lo recuerdan los actores sociales, se trataba de resguardar la permanencia de un comisionado que había sido elegido democráticamente mientras que el diario lo que

buscaba era garantizar las instituciones, el *statu quo*, más allá de quién respaldara su legitimidad. Este posicionamiento se materializaba, por ejemplo, en los repertorios utilizados para describir acciones y sujetos involucrados.

Todo aquello o aquel que amenazara alguno de estos principios, podía suscitar las mayores críticas de este medio. Y, para el *Río Negro*, Salto era una amenaza: con sus actitudes impulsaba los intereses locales (en oposición a la integración regional y los polos de desarrollo) y ello ponía en crisis las instituciones.

Este enunciador se presentaba como un espacio polifónico. No obstante, en sus narrativas el tratamiento de las voces representadas era diferencial. Tal es así que hubo sujetos que formaron parte de sus relatos pero no tuvieron espacio para tomar la palabra. Lo ocurrido con Salto, con quienes lo apoyaban y protagonizaron las manifestaciones, con los sindicatos e, incluso, con los “vecinos de Cipolletti”⁴¹, son ejemplos de ello. Había poco espacio destinado a estos sujetos. De ellos básicamente se publicaban sus comunicados de prensa y los mensajes que transmitían por la radio. Por su parte, el Estado (sobre todo provincial y nacional) tenía un lugar privilegiado donde manifestarse.

En relación a la representación de los sujetos participantes de los acontecimientos hubo tres momentos que estuvieron marcados por el impacto de los hechos en el mantenimiento de la institucionalidad. Así, tanto la forma de la cobertura como los repertorios y las categorías utilizadas respondieron a la clasificación propuesta por Mumby (1997 [1993]). En una primera instancia fueron portadores de diferencias aceptables; luego, productores de desviaciones inadmisibles y, por último, nuevamente hacedores de contradicciones tolerables.

Otra característica de este enunciador es que en ningún momento explicó las razones por las cuales los miembros de la comunidad de Cipolletti defendían a Salto. Estos argumentos sólo figuraban en los comunicados de prensa de los referentes comunales y de algunas instituciones que eran publicados textualmente. La distancia establecida con estos discursos era inocultable.

En cuanto a la representación de los hechos⁴² construida por el diario considero que actuó como una representación nodal dado que fue construida de modo tal que le permitió ubicar a los acontecimientos en cadenas discursivas opuestas y que, pese a ello, se articulen diferencial pero también como equivalencialmente. Esta condición de flotabilidad lo habilitó a preguntarse, casi 30 después, si se trató de un hito, un hecho o una anécdota. Asimismo, le permitió concebir los sucesos en sus crónicas y noticias

41 Los “vecinos de Cipolletti” era un sujeto colectivo utilizado para nombrar a todo aquel que no fuese referente comunal ni “revoltoso”. Era reconocido en los discursos pero carecía de voz propia.

42 El término Cipolletazo no se utilizó durante el período analizado.

informativas bajo una mirada que tendía a despojarlos de su inherente carga política, mostrándolos sólo como una acción colectiva en rechazo a la decisión del gobierno provincial de destituir al comisionado. En cambio, en las editoriales y en las notas de opinión (escasas en relación a la magnitud de la cobertura en general), los argumentos que se esgrimían eran que el gobierno detentaba la facultad de remover comisionados, por lo tanto, había que aceptar su decisión y no poner en crisis las instituciones. También, sostenía que Salto era un promotor del localismo y eso contribuía a la ruptura de la integración regional. Esto nos muestra que para dominar políticamente ha sido necesario definir la historia y, por ende, la memoria.

Hasta aquí, hemos podido observar que “la memoria oficial, construida desde el poder hegemónico, elabora relatos para legitimar y perpetuar su supremacía; narraciones en las que figura como protagonista de las principales transformaciones que orientan el progreso y como baluarte de valores inequívocos para erigirse en modelo. Historias donde los otros aparecen en papeles secundarios o desaparecen por efecto del silencio como parte fundamental en las políticas de memoria oficial” (Vázquez, 2000: 328).

Frente a este panorama, la memoria disidente ha buscado reapropiarse de ese pasado que le pertenece y desde allí es que han sido abordados los relatos de los actores sociales entrevistados. Claramente, la dialéctica entre memoria y olvido se define dentro de las apuestas por el poder y a veces sólo alcanza con callar algunos acontecimientos para acomodar la historia hegemónica a sus intereses.

Desde la perspectiva disidente, no ha habido políticas de memoria claras destinadas a recuperar, fortalecer y reflexionar sobre ese pasado. En los relatos, es muy recurrente la presencia del olvido subsumido en el desconocimiento. Ese olvido en tanto ausencia, cargado de sentido y resultado de operaciones y mecanismos políticos, como lo define Jelin (2004).

Sin embargo, la historia disidente parece no rendirse y, aunque por momentos investida de fragilidad, pelea para darle forma a su propia memoria. Por ello, hemos podido ver a lo largo del análisis de los relatos la necesidad de otorgarle al Cipolletazo mayor relevancia histórica, mayor trascendencia. En este punto, encontramos, nuevamente una distancia considerable con las narrativas mediáticas. Mientras en la memoria hegemónica se procura olvidarlo, eliminarlo, desde la disidente los esfuerzos se orientan a vestirlos de un espíritu épico, casi heroico.

En este proceso de disputa, la invención de la tradición ha sido necesaria para poder definir desde dónde mirar ese pasado que se pretende recuperar y actualizar. Las elecciones y selecciones de eventos, hitos, referentes, mitos, entre otros elementos, delimitan el camino escogido para recorrer esa memoria. Operaciones

como la ruptura de la cronología, la presencia de desplazamientos y condensaciones, la emergencia de deseos y fantasías, la abundancia de anécdotas, el empleo de la hipérbole y la construcción de un carácter épico de los acontecimientos han contribuido a elaborar un relato atravesado por un profundo deseo de trascendencia del Cipolletazo, con el cual legitimar estos hechos pero, sobre todo, el presente a partir de ese pasado. En esta misma perspectiva, los testimonios recuerdan algunas estrategias de resistencia y creatividad popular que atravesaban sus prácticas como instancias de lucha política. En cambio, para el diario parecían ser sólo detalles ilustrativos de las notas color.

Otra cuestión para considerar que surge de los relatos es la existencia de algunos temas, como por ejemplo, lo que ocurrió después del Cipolletazo o el comportamiento de algunos miembros de la comunidad (algunos deslizan la idea de traición), sobre los que los sujetos no hablan. El diario tampoco lo hace, del mismo modo que no indaga sobre otras aristas de este tema.

Otra diferencia evidente entre las narrativas del diario y de los actores es que para éstos últimos quien protagonizó el Cipolletazo fue el pueblo, un significante que, en tanto flotante, encarnó a todos los sectores sociales. Para el *Río Negro* no hubo pueblo en la calles (no estaba en las noticias ni en las crónicas informativas, aunque sí en los comunicados de prensa publicados textualmente). Para el matutino fueron gente, personas o vecinos los que en un inicio salieron a la calle. Luego, ese lugar fue ocupado por exaltados, revoltosos, por nombrar algunos términos utilizados.

Estos marcos interpretativos que, de alguna manera, han prescripto representaciones del mundo y de los sujetos sociales participantes, intervienen en los procesos de construcción de la memoria y, por lo tanto, de la identidad. El diario *Río Negro* exaltaba la construcción de una identidad valletana y patagónica mientras que para los cipoleños lo que importa es reivindicar la identidad local en oposición a la roquense. Se trata de ocupar un lugar, de reclamar el derecho a ser tenidos en cuenta dentro del contexto rionegrino.

Lo que somos hoy, como sujetos históricos, es producto de lo que fuimos ayer. Por ello, para los sujetos es necesario remarcar que se sienten parte de un pueblo que no se ha dejado avasallar, que están orgullosos de haber participado de acontecimientos tan importantes para la historia de la ciudad, que el Cipolletazo “sirvió para marcar un perfil”. Recuperar estos sucesos y resignificarlos desde el presente es una urgencia de la que deben hacerse cargo hoy los sujetos de la comunidad y de la que hasta ahora no han podido dar cuenta. En ese proceso de lucha permanente en el que las memorias disidentes se resisten y disputan su lugar en el conjunto de las representaciones sociales, “la memoria reinterpreta el pasado, busca en el presente o

crea los elementos que considera necesarios para legitimarse” (Vázquez, 2000: 328). Allí reside su potencialidad de cambio desde donde disputar el relato de la historia oficial. Es uno de los territorios desde donde disputar políticamente las categorías, es decir, las representaciones sociales a través de las cuales se instituyen sentidos y, por lo tanto, el orden simbólico que, hasta ahora, ha mantenido en los anaqueles de la memoria disidente este fragmento de historia cipoleña.

En síntesis, siguiendo las palabras de Gnecco, considero que “la lucha que se ha librado y se libra entre las historias hegemónicas y las historias disidentes se puede caracterizar como la lucha entre formas distintas de construcción de identidad. El territorio de lucha que supone el encuentro identitario, sin embargo, es un símbolo palpable de las posibilidades de realización de la alteridad” (2000: 185).

Espero que este trabajo que aquí finaliza y que empecé a pensar y moldear a mediados de 2005, haya ofrecido algunos elementos y/o herramientas para poder comprender algunas de las aristas del Cipolletazo pero, sobre todo, comenzar a retirar el velo de olvido y desconocimiento que durante tantos años ha acompañado el relato de los acontecimientos de aquellos días de primavera. A lo largo de estas páginas, he repetido en reiteradas ocasiones que la memoria está viva y se recrea desde el presente en una relación dialéctica entre el olvido y el recuerdo. Por ello, el desafío que propongo es recuperar esta siempre inacabada construcción del pasado en pos de abrir nuevos interrogantes que aquí no han sido abordados.

ANEXO

NOTAS BIOGRÁFICAS DE LOS ENTREVISTADOS

Barcos Miguel Ángel: odontólogo. Acompañó el proceso. Durante la gestión de Salto fue presidente de la Comisión de Cultura de la municipalidad.

Bellino José Antonio: ingeniero agrónomo. Formaba parte del Concejo Asesor y durante aquellos días hubo ocasiones en las que fue su vocero. Falleció en 2006.

Diojtar Ricardo: participó de los acontecimientos.

Galván Carlos: periodista. Trabajaba en la agencia de Cinco Saltos del diario *Río Negro*. Le tocó cubrir los hechos cuando agredieron al periodista responsable de la agencia cipoleña.

García Néstor: empresario. Era el presidente de la Cámara Junior e integraba el Concejo Asesor. Formó parte del grupo de referentes locales que dialogaron con las autoridades provinciales. Luego apoyó al General Requeijo.

Ginnobili Eda Clelia: trabajadora social. Trabajaba en la Municipalidad de Cinco Saltos. Fue testigo de los acontecimientos.

Ginnobili Nora: escribana. Trabajaba como docente. Fue testigo de los hechos.

Jaures Marcelo: chofer de Salto. Llevaba varios años trabajando a su lado.

Salto María Emilia: hija de Salto. En ese momento estudiaba Psicología en la Universidad Católica de Córdoba y militaba en una agrupación estudiantil. Hoy preside la Fundación Margarita.

Salto Julio Fernando: hijo de Salto. Tenía 19 años cuando ocurrió el Cipolletazo. Estuvo detenido durante tres días.

Salto Julio Rodolfo: hijo de Salto. Lideró el movimiento de jóvenes que apoyó a su padre. Luego se convirtió en el líder del partido político Movimiento Patagónico Popular. Falleció el 16 de diciembre de 2006

Tomé Abraham: periodista. Tenía a su cargo el noticiero del mediodía que se transmitía por Canal 7 de Neuquén. También conducía un programa de radio.

Travaglini Elsa: Docente. No pudo participar ni salir a la calle como hubiese querido porque tenía una hija muy enferma. Fue testigo de los hechos.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA Y/O CITADA

- Angremy, J-P.** (2007) [1999]: "Tercera parte. Capítulo primero: La gloriosa memoria. La transmisión del patrimonio. La Biblioteca Nacional de Francia", en Barret-Ducrocq, F. (dir.): *¿Por qué recordar? Foro Internacional Memoria e Historia UNESCO 25 de marzo de 1998 – La Sorbonne 26 de marzo de 1998*, Granica, Buenos Aires.
- Anguita, E., Caparrós, M.** (2006): *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina. Tomo 2 / 1969-1973. El cielo por asalto*, Buenos Aires, Editorial Planeta.
- Aufgang, L.** (1989): *Las puebladas: dos casos de protesta social. Cipolletti y Casilda*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- Barona, G.** (2000): "Memoria y olvido: pasión, muerte y renovación de la colonización del imaginario" en Gnecco, C., y Zambrano, M. (editores) *Memorias hegemónicas, memorias disidentes. El pasado como política de la historia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia –ICANH-, Colciencias y Universidad del Cauca.
- Borrat, H.** (1989): "El periódico, actor de conflictos" en *El periódico, actor político*, Editorial Gustavo Gili S.A., Barcelona.
- Bourdieu, P.** (1988): "Describir y prescribir: las condiciones de posibilidad y los límites de la eficacia política", originalmente publicado como "Décrire et prescrire. Note sur les conditions de possibilité et les limites de l'efficacité politique", en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, N° 38, mayo, 1981 (pp. 69-74).
- Caletti, S.** (2001): *Elementos de Comunicación*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.
- Calveiro P.,** (2006): "Los usos políticos de la memoria" en Caetano G. (comp.): *Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina*, CLACSO, Buenos Aires.
- de Certeau, M.** (1996): "El tiempo de las historias" (87-99), en de Certeau, M. (1996): *La invención de lo cotidiano I. Artes de Hacer*, Universidad Iberoamericana, México.
- (1999): "Las revoluciones de lo creíble" (21-34), "Minorías" (119-130) y "Conclusión: de los espacios y de las prácticas" (189-204), en *La cultura en plural*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- De Romilly, J.** (2007) [1999]: "Primera parte. Capítulo primero: Memoria e historia. La historia entre la memoria individual y la memoria colectiva", en Barret-Ducrocq, F. (dir.): *¿Por qué recordar? Foro Internacional Memoria e Historia UNESCO 25*

de marzo de 1998 – La Sorbonne 26 de marzo de 1998, Granica, Buenos Aires.

Dri, R., (1996): *Identidad, memoria y utopía. Estado, legitimación y sentido*. Colección Estudios de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dussel I., Finocchio S., Gojman S. (1997): “La memoria y el olvido” (117-149), en *Haciendo memoria en el País de Nunca Más*, EUDEBA, Buenos Aires.

Eco, U. (2007) [1999]: “Cuarta parte. ¿Sólo puede construirse el futuro sobre la memoria del pasado?. Preámbulo”, en Barret-Ducrocq, F. (dir.): *¿Por qué recordar? Foro Internacional Memoria e Historia UNESCO 25 de marzo de 1998 – La Sorbonne 26 de marzo de 1998*, Granica, Buenos Aires.

Editorial Río Negro S.A. (1997): *Diario de 85 años. Crónica viva del siglo XX*, General Roca.

Espinosa, M. A. y Escobar, L. A. (2000): “El papel de la memoria social en el cambio de imaginario político local y nacional, Cauca 1970” en Gnecco, C., y Zambrano, M. (editores) *Memorias hegemónicas, memorias disidentes. El pasado como política de la historia*, Instituto Colombiano de Antropología e Historia –ICANH-, Colciencias y Universidad del Cauca, Bogotá.

Gadano, J. (1999): *Éramos tan libres. Periodismo en los '70*, Editorial de la Universidad Nacional del Comahue, Neuquén.

Gaillard, J-M. (2007) [1999]: “Primera parte. Capítulo primero: Memoria e historia. La etapa Ferry: la escuela de la república entre mitología en realidad”, en Barret-Ducrocq, F. (dir.): *¿Por qué recordar? Foro Internacional Memoria e Historia UNESCO 25 de marzo de 1998 – La Sorbonne 26 de marzo de 1998*, Granica, Buenos Aires.

Gamson, M. (1999): “Marcos interpretativos de la oportunidad política”, en McAdam, McCarthy, Zald (edit.) *Movimientos Sociales: perspectivas comparadas*, ISTMO, Madrid.

Gnecco, C. (2000): “Historias hegemónicas, historias disidentes: la domesticación política de la memoria social” en Gnecco, C., y Zambrano, M. (editores) *Memorias hegemónicas, memorias disidentes. El pasado como política de la historia*, Instituto Colombiano de Antropología e Historia –ICANH-, Colciencias y Universidad del Cauca, Bogotá.

Gómez, H. (2000): “De los lugares y sentidos de la memoria” en Gnecco, C., y Zambrano, M. (editores) *Memorias hegemónicas, memorias disidentes. El pasado como política de la historia*, Instituto Colombiano de Antropología e Historia –ICANH-, Colciencias y Universidad del Cauca, Bogotá.

- Grimson, A.** (1998): "Introducción. Construcciones de la alteridad y conflictos interculturales", en *Cuaderno 60 de Comunicación y Cultura/La comunicación de las agendas globales 1º parte*, material de la cátedra Comunicación II - Aníbal Ford, CECESO, Buenos Aires.
- (2004): "Introducción" en Grimson, A., (comp) *La cultura en las crisis latinoamericanas*, CLACSO, Buenos Aires.
- Héritier, F.** (2007) [1999]: "Tercera parte. Preámbulo", en Barret-Ducrocq, F. (dir.): *¿Por qué recordar? Foro Internacional Memoria e Historia UNESCO 25 de marzo de 1998 – La Sorbonne 26 de marzo de 1998*, Granica, Buenos Aires.
- Hoffman, O.** (2000): "La movilización identitaria y el recurso de la memoria (Narino, Pacífico colombiano)" en Gnecco, C., y Zambrano, M. (editores) *Memorias hegemónicas, memorias disidentes. El pasado como política de la historia*, Instituto Colombiano de Antropología e Historia –ICANH-, Colciencias y Universidad del Cauca, Bogotá.
- James, D.** (1990): "Los trabajadores y la Revolución Argentina: de Onganía a la vuelta de Perón. 1966-73" en *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina. 1946 – 1976*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- Jelin, E.** (2002): "La memoria en el mundo contemporáneo", "¿De qué hablamos cuando hablamos de memoria?" y "Las luchas políticas por la memoria", en *Los trabajos de la memoria*, Siglo XXI, Madrid.
- (2004): "Reflexiones (localizadas) sobre el tiempo y el espacio" en Grimson, A., (comp) *La cultura en las crisis latinoamericanas*, CLACSO, Buenos Aires.
- Laclau, E.** (2002): "Muerte y resurrección de la ideología", en *Misticismo, retórica y política*, Fondo de Cultura Económico, Buenos Aires.
- (1995): "¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?", en *Emancipación y diferencia*, Ariel, Barcelona.
- Laclau, E., y Mouffe, C.** (1987): "Más allá de la positividad social: antagonismo y hegemonía" en *Hegemonía y estrategia socialista*, Siglo XXI.
- (2004): "Prefacio a la segunda edición en español" en *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Fondo de Cultura Económico, Buenos Aires.
- McAdam, McCarthy, Zald,** (1999): "Oportunidades, estructuras de movilización y procesos enmarcadores: hacia una perspectiva sintética y comparada de los movimientos sociales", en McAdam, McCarthy, Zald (edit.) *Movimientos Sociales: perspectivas comparadas*, ISTMO, Madrid.

- Melucci, A.** (1994): Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales, en *Zona Abierta*, N° 69.
- Mumby, D.** (1997) [1993]: "Introducción: Narrativa y control social" (11-25), en Mumby, D. (comp.) *Narrativa y control social. Perspectivas críticas*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Pêcheux, M.,** (1978): "Orientaciones conceptuales para un teoría del discurso" y "Formación social, lengua y discurso" en *Hacia un análisis automático del discurso*, Gredos,.
- Perrot, M.** (2007) [1999]: "Primera parte. Capítulo primero: Memoria e historia. Las mujeres y los silencios de la historia", en Barret-Ducrocq, F. (dir.): *¿Por qué recordar? Foro Internacional Memoria e Historia UNESCO 25 de marzo de 1998 – La Sorbonne 26 de marzo de 1998*, Granica, Buenos Aires.
- Portelli, A.** (1991): "The Death of Luigi Trastulli: Memory and the Event" (capítulo 1) y "Research as an Experiment in Equality" (capítulo 2) en *The Death of Luigi Trastulli and Other Stories. Form and Meaning in Oral History*, State University of New York Press, Albania.
- Reguillo, R.,** (2004): "Subjetividad, crisis y vida cotidiana. Acción y poder en la cultura" en Grimson, A., (comp) *La cultura en las crisis latinoamericanas*, CLACSO, Buenos Aires.
- Rémond, R.** (2007) [1999]: "Segunda parte. Capítulo primero: La memoria contra el olvido. La transmisión de la memoria", en Barret-Ducrocq, F. (dir.): *¿Por qué recordar? Foro Internacional Memoria e Historia UNESCO 25 de marzo de 1998 – La Sorbonne 26 de marzo de 1998*, Granica, Buenos Aires.
- Ricoeur, P.** (2007) [1999]: "Definición de la memoria desde un punto de vista filosófico", en Barret-Ducrocq, F. (dir.): *¿Por qué recordar? Foro Internacional Memoria e Historia UNESCO 25 de marzo de 1998 – La Sorbonne 26 de marzo de 1998*, Granica, Buenos Aires.
- Rock, D.** (1999) [1989]: "Una nación en punto muerto, 1955-1976" en *Argentina 1516-1987. Desde la colonización española hasta Alfonsín*, Alianza Editorial, Buenos Aires.
- Rodríguez, M. G.** (2003): "Representaciones: el juego incompleto", 1eras. Jornadas sobre Representaciones Sociales: "Representaciones sociales: investigación y prácticas", Ciclo Básico Común, UBA, Buenos Aires, 17 y 18 de octubre.
- (2004): "Medios, protesta y experiencia en Argentina", en *Nómaditas*, N° 20, Departamento de Investigaciones, Universidad Central de Bogotá, Bogotá, abril.

- Rouquié, A.** (1983): *Poder militar y sociedad política en la Argentina II 1943 – 1973*, Emecé Editores, Buenos Aires.
- Rousso, H.** (2007) [1999]: “Segunda parte. Capítulo segundo: La necesidad del olvido. El estatuto del olvido”, en Barret-Ducrocq, F. (dir.): *¿Por qué recordar? Foro Internacional Memoria e Historia UNESCO 25 de marzo de 1998 – La Sorbonne 26 de marzo de 1998*, Granica, Buenos Aires.
- Scatizza, P.** (2005): *Violencia política y conflictos sociales. Representaciones del diario Río Negro durante el onganato (1966-1970)*, Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Nacional del Comahue, Facultad de Humanidades, Neuquén, agosto.
- Schwarzstein, D.** (1991): “Introducción: Algunas reflexiones metodológicas” en *La historia oral*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- Tarrow, S.** (1999): “Estado y oportunidades: la estructuración política de los movimientos sociales”, en McAdam, McCarthy, Zald (edit.) *Movimientos Sociales: perspectivas comparadas*, ISTMO, Madrid.
- Touraine, A.** (2007) [1999]: “Cuarta parte. ¿Sólo puede construirse el futuro sobre la memoria del pasado?. Memoria, historia, futuro”, en Barret-Ducrocq, F. (dir.): *¿Por qué recordar? Foro Internacional Memoria e Historia UNESCO 25 de marzo de 1998 – La Sorbonne 26 de marzo de 1998*, Granica, Buenos Aires.
- Vázquez, M. E.**, (2000): “Escrito para no morir: Memoria desde la exclusión” en Gnecco, C., y Zambrano, M. (editores) *Memorias hegemónicas, memorias disidentes. El pasado como política de la historia*, Instituto Colombiano de Antropología e Historia –ICANH-, Colciencias y Universidad del Cauca, Bogotá.
- Voloshinov, V.**, (1976): “El estudio de las ideologías y las filosofías del lenguaje”, “Problema de la relación entre las bases y las superestructuras”, “Dos corrientes del pensamiento filosófico-lingüístico”, “Lengua, lenguaje y enunciado” e “Interacción discursiva”, en *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- von Thadden, R.** (2007) [1999]: “Primera parte. Capítulo primero: Memoria e historia. Una historia, dos memorias”, en Barret-Ducrocq, F. (dir.): *¿Por qué recordar? Foro Internacional Memoria e Historia UNESCO 25 de marzo de 1998 – La Sorbonne 26 de marzo de 1998*, Granica, Buenos Aires.
- Wiesel, E.** (2007) [1999]: “Prefacio”, en Barret-Ducrocq, F. (dir.): *¿Por qué recordar? Foro Internacional Memoria e Historia UNESCO 25 de marzo de 1998 – La Sorbonne 26 de marzo de 1998*, Granica, Buenos Aires.
- Yavetz, Z.** (2007) [1999]: “Primera parte. Capítulo primero: Memoria e historia. Los ardidés de la historia y la memoria”, en Barret-Ducrocq, F. (dir.): *¿Por qué*

recordar? Foro Internacional Memoria e Historia UNESCO 25 de marzo de 1998 – La Sorbonne 26 de marzo de 1998, Granica, Buenos Aires.

Zald, (1999) [1996]: “Cultura, ideología y creación de marcos estratégicos”, en McAdam, McCarthy, Zald (edit.) *Movimientos Sociales: perspectivas comparadas*, ISTMO, Madrid.

Zambrano, M. (2000): “Introducción: el pasado como política de la historia” en Gnecco, C., y Zambrano, M. (editores) *Memorias hegemónicas, memorias disidentes. El pasado como política de la historia*, Instituto Colombiano de Antropología e Historia –ICANH-, Colciencias y Universidad del Cauca, Bogotá.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS (DIARIOS Y REVISTAS)

Alegre, T., y Stoppini, J. L. (1969): “La paz volvió a Cipolletti”, en *Así 3ra*, Buenos Aires, Año IV, N° 201, 27 de septiembre, p. 10-11.

----- (1969): “Convulsión en Cipolletti”, en *Así 2da*, Buenos Aires, Año VII, N° 333, 25 de septiembre, p. 16-19.

Álvarez, E. (1969): *Ecos neuquinos*, Zapala, Año I, N° 2, 19 de septiembre, p. 1-4.

Autor desconocido, (1969): “¡Guerra a los capaces!” en *Extra*, Buenos Aires, Año 5, N° 51, octubre, p. 12-14

Autor desconocido, (1969): “Rosario-Córdoba. Primavera violenta”, en *Siete días ilustrados*, Buenos Aires, Año 3, N° 124, del 22 al 28 de septiembre, p. 6-12.

Barreiro, N. (1969): “Cipolletti: lo que pasó, cómo y por qué”, en *Gente*, Buenos Aires, Año 5, N° 218, 25 de septiembre, p. 84-88.

Diario *La Nueva Provincia*: “Cipolletti: Celébrase el 66 aniversario de la fundación de la ciudad. 3 de octubre de 1969.

Landívar, J. (1969): “Cipolletti: la manzana de la discordia”, en *Periscopio*, Buenos Aires, Año I, N° 1, 23 de septiembre, p. 4-8.

Monti, J. (1969): “La guerra del pago chico”, en *Extra*, Buenos Aires, Año 5, N° 51, octubre, p. 84-85.

Salto, B. (2003): “El Cipolletazo”, en *Cipolletti. Un siglo. 1903-2003*, Cipolletti, octubre, p. 14-18.